LIBRO dot.com



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Explicación

La mayor parte de los personajes históricos de esta novela existe aún, y ocupa la misma posición política o social que en la época en que ocurrieron los sucesos que van a leerse. Pero el autor, por una ficción calculada, supone que escribe su obra con algunas generaciones de por medio entre él y aquéllos. Y es ésta la razón por que el lector no hallará nunca los tiempos presentes empleados al hablar de Rosas, de su familia, de sus ministros, etc.

El autor ha creído que tal sistema convenía tanto a la mejor claridad de la narración, cuanto al porvenir de la obra, destinada a ser leída, como todo lo que se escriba, bueno o malo, relativo a la época dramática de la dictadura argentina, por las generaciones venideras, con quienes entonces se armonizará perfectamente el sistema, aquí adoptado, de describir bajo una forma retrospectiva personajes que viven en la actualidad.

José Mármol
Montevideo, mayo de 1851

I
Traición

l 4 de mayo de 1840, a las diez y media de la noche, seis hombres atravesaban el patio de una pequeña casa de la calle de Belgrano, en la ciudad de Buenos Aires.

Llegados al zaguán, oscuro como todo el resto de la casa, uno de ellos se detiene, y dice a los otros:

-Todavía una precaución más.

-Y de ese modo no acabaremos de tomar precauciones en toda la noche -contesta otro de ellos, al parecer el más joven de todos, y de cuya cintura pendía una larga espada medio cubierta por los pliegues de una capa de paño azul que colgaba de sus hombros.

-Por muchas que tomemos, serán siempre pocas -replica el primero que había hablado-. Es necesario que no salgamos todos a la vez. Somos seis; saldremos primeramente tres, tomaremos la vereda de enfrente, un momento después saldrán los tres restantes, seguirán esta acera, y nuestro punto de reunión será la calle de Balcarce, donde cruza con la que llevamos.

-Bien pensado.

-Sea, yo saldré delante con Merlo, y el señor -dijo el joven de la espada a la cintura, señalando al que acababa de hacer la indicación.

Y, diciendo esto, tiró el pasador de la puerta, la abrió, se embozó en su capa, y atravesando a la acera opuesta con los personajes que había determinado, enfiló la calle de Belgrano, con dirección al río.

Los tres hombres que quedaban salieron dos minutos después, y luego de haber cerrado la puerta, tomaron la misma dirección que aquéllos, por la acera prefijada.

Después de caminar en silencio algunas cuadras, el compañero del joven que conocemos por la distinción de una espada a la cintura, dijo a éste, mientras aquel otro, a quien habían llamado Merlo, marchaba adelante embozado en su poncho:

-¡Es triste cosa, amigo mío! Esta es la última vez quizá que caminamos por las calles de nuestro país. Emigramos de él para incorporarnos a un ejército que habrá de batirse mucho, y Dios sabe qué será de nosotros en la guerra.

-Demasiado conozco esa verdad, pero es necesario dar el paso que damos... Sin embargo -continuó el joven, después de algunos segundos de silencio-, hay alguien en este mundo de Dios que cree lo contrario que nosotros.

-¿Cómo lo contrario?

-Es decir, que piensa que nuestro deber de argentinos es el de permanecer en Buenos Aires.

-¿A pesar de Rosas?

-A pesar de Rosas.

-¿Y no ir al ejército?

-Eso es.

-¡Bah, ése es un cobarde o un mazorquero!

-Ni lo uno ni lo otro. Al contrario, su valor raya en temeridad y su corazón es el más puro y noble de nuestra generación.

-Pero, ¿qué quiere que hagamos entonces?

-Quiere -contestó el joven de la espada- que todos permanezcamos en Buenos Aires, porque el enemigo a quien hay que combatir está en Buenos Aires, y no en los ejércitos, y hace una hermosísima cuenta para probar que menos número de hombres moriremos en las calles el día de una revolución, que en los campos de batalla en cuatro o seis meses, sin la menor probabilidad de triunfo... Pero dejemos esto, porque en Buenos Aires el aire oye, la luz ve, y las piedras o el polvo repiten luego nuestras palabras a los verdugos de nuestra libertad.

El joven levantó al cielo unos grandes y rasgados ojos negros, cuya expresión melancólica se avenía perfectamente con la palidez de su semblante, iluminado con la hermosa luz de los veintiséis años de la vida.

A medida que la conversación se había animado sobre aquel tema y se aproximaban a las barrancas del río, Merlo acortaba el paso, o parábase un momento para embozarse en el poncho que lo cubría.

Llegados a la calle de Balcarce:

-Aquí debemos esperar a los demás -dijo Merlo.

-¿Está usted seguro del paraje de la costa en que habremos de encontrar la ballenera? -preguntóle el joven.

-Muy seguro -contestó Merlo-. Yo me he comprometido a ponerlos a ustedes en ella, y sabré cumplir mi palabra como han cumplido ustedes la suya, dándome el dinero convenido; no para mí, porque yo soy tan buen patriota como cualquiera otro, sino para pagar los hombres que los han de conducir a la otra banda ¡y ya verán ustedes qué hombres son!

Clavados estaban los ojos penetrantes del joven en los de Merlo, cuando alcanzaron la comitiva los tres hombres que faltaban.

-Ahora es preciso no separarnos más -dijo uno de ellos-. Siga usted adelante, Merlo, y condúzcanos.

Merlo obedeció, en efecto, y siguiendo la calle de Venezuela, dobló por la callejuela de San Lorenzo, y bajó al río, cuyas olas se escurrían tranquilamente sobre el manto de esmeralda que cubre de ese lado las orillas de Buenos Aires.

La noche estaba apacible, alumbrada por el tenue rayo de las estrellas, y una fresca brisa del sur empezaba a dar anuncio de los próximos fríos del invierno.

Al escaso resplandor de las estrellas se descubría el Plata, desierto y salvaje como la Pampa, y el rumor de sus olas, que se desenvolvían sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecía más bien la respiración natural de ese gigante de la América, cuya espalda estaba oprimida por treinta naves francesas en los momentos en que tenían lugar los sucesos que relatamos.

Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche oscura a las orillas del río de la Plata, en lo que se llama el "bajo" en Buenos Aires, habrán podido conocer todo lo que ese paraje tiene de triste, de melancólico y de imponente al mismo tiempo. La mirada se sumerge en la extensión que ocupa el río, y apenas puede divisar a la distancia la incierta luz de alguno que otro buque de la rada interior. La ciudad, a dos o tres cuadras de la orilla, se descubre informe, oscura, inmensa. Ningún ruido humano se percibe, y sólo el rumor monótono y salvaje de las olas anima lúgubremente aquel centro de soledad y de tristeza.

Pero aquellos que hayan llegado a ese paraje, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó a la proscripción centenares de buenos ciudadanos, ésos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar, y en esas horas en que se debía morir al puñal de la Mazorca si eran notados; o decir adiós a la patria, a la familia, al amor, si la fortuna les hacía pisar el débil barco que debía conducirlos a una tierra extraña, en busca de un poco de aire libre, y de un fusil en los ejércitos que operaban contra la dictadura.

En la época a que nos referimos, además, la salud del ánimo empezaba a ser quebrantada por el terror: por esa enfermedad terrible del espíritu, conocida y estudiada por la Inglaterra y por la Francia, mucho tiempo antes que la conociéramos en la América.

A las cárceles, a las "personerías", a los fusilamientos, empezaban a suceder los asesinatos oficiales ejecutados por la Mazorca; por ese club de bandidos, a quien los primeros partidarios de Cromwell habrían mirado con repugnancia, y los amigos de Marat con horror.

El terror, pues, que empezaba a apoderarse de todos los espíritus, no podía dejar de obrar su influencia eficaz en el ánimo de esos hombres que caminaban en silencio por la costa

del río, en dirección a Barracas, a las once de la noche, y con el designio de emigrar de la patria, crimen de lesa tiranía que se castigaba irremediablemente con la muerte .

Nuestros prófugos caminaban sin cambiarse una sola palabra; y es ya tiempo de dar a conocer sus nombres.

Aquel que iba delante de todos era Juan Merlo, hombre del vulgo; de ese vulgo de Buenos Aires que se hermana con la gente civilizada por el vestido, con el gaucho por su antipatía a la civilización, y con el pampa por sus habitudes holgazanas. Merlo, como se sabe, era el conductor de los demás.

A pocos pasos seguíalo el coronel Don Francisco Lynch, veterano desde 1813; hombre de la más culta y escogida sociedad, y de una hermosura remarcable.

En pos de él caminaba el joven Don Eduardo Belgrano, pariente del antiguo general de este nombre, y poseedor de cuantiosos bienes que había heredado de sus padres; corazón valiente y generoso, e inteligencia privilegiada por Dios y enriquecida por el estudio. Este es el joven de los ojos negros y melancólicos, que conocen ya nuestros lectores.

En seguida de él, marchaban Oliden, Riglos y Maisson, argentinos todos.

En este orden habían llegado ya a la parte del Bajo, que está entre la Residencia y la alta barranca que da a Barracas, en la calle de la Reconquista, es decir, se hallaban en paralelo con la casa que habitaba el ministro de Su Majestad Británica, caballero Mandeville.

En ese paraje, Merlo se detiene y les dice:

-Es por aquí donde la ballenera debe atracar.

Las miradas de todos se sumergieron en la oscuridad, buscando en el río la embarcación salvadora, mientras que Merlo parecía que la buscaba en tierra, porque su vista se dirigía hacia Barracas, y no a las aguas donde estaba clavada la de los prófugos.

-No está -dijo Merlo-; no está aquí, es necesario caminar algo más.

La comitiva lo siguió, en efecto; pero no llevaba dos minutos de marcha cuando el coronel Lynch, que iba en pos de Merlo, divisó un gran bulto a treinta o cuarenta varas de distancia, en la misma dirección que llevaban; y en el momento en que se volvía a comunicárselo a sus compañeros, un ¡quién vive! interrumpió el silencio de aquellas soledades, trayendo un repentino pavor al ánimo de todos.

-No respondan; yo voy a adelantarme un poco a ver si distingo el número de hombres que hay -dijo Merlo, que sin esperar respuesta caminó algunos pasos primero, y tomó en seguida una rápida carrera hacia las barrancas, dando al mismo tiempo un agudo silbido.

Un ruido confuso y terrible respondió inmediatamente a aquella señal: el ruido de una estrepitosa carga de caballería, dada por cincuenta jinetes, que en dos segundos cayeron como un torrente sobre los desgraciados prófugos.

El coronel Lynch apenas tuvo tiempo para sacar de sus bolsillos una de las pistolas que llevaba y, antes de poder hacer fuego, rodó por tierra al empuje violento de un caballo.

Maisson y Oliden pudieron disparar un tiro de pistola cada uno, pero caen también como el coronel Lynch.

Riglos opone la punta de un puñal al pecho del caballo que lo atropella, pero rueda también a su empuje irresistible, y caballo y jinete caen sobre él. Este último se levanta al instante, y su cuchillo, hundiéndose tres veces en el pecho de Riglos, hace de este infeliz la primera víctima de aquella noche aciaga.

Lynch, Maisson, Oliden, rodando por el suelo, ensangrentados y aturdidos bajo las herraduras de los caballos, se sienten pronto asidos por los cabellos, y que el filo del cuchillo busca la garganta de cada uno, al influjo de una voz aguda e imperante, que blasfemaba, insultaba y ordenaba allí: ¡los infelices se revuelcan, forcejean, gritan; llevan sus manos, hechas pedazos ya, a su garganta para defenderla!... ¡todo es en vano!... El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto a grandes tajos; y en los borbollones de la sangre se escapa el alma de las víctimas a pedir a Dios la justicia debida a su martirio.

Y, entretanto que los asesinos se desmontan y se apiñan en derredor de los cadáveres para robarles las alhajas y dinero, entretanto que nadie se ve ni se entiende en la oscuridad y

confusión de esta escena espantosa, a cien pasos de ella se encuentra un pequeño grupo de hombres que, cual un solo cuerpo expansivamente elástico, tomaba, en cada segundo de tiempo, formas, extensión y proporciones diferentes: era Eduardo que se batía con cuatro de los asesinos.

En el momento en que cargaron sobre los prófugos; en aquel mismo en que cayó el coronel Lynch, Eduardo, que marchaba tras él, atraviesa, casi de un salto, un espacio de quince pies en dirección a las barrancas. Esto sólo le basta para ponerse en línea con el flanco de la caballería, y evitar su empuje; plan que su rápida imaginación concibió y ejecutó en un segundo; tiempo que le había bastado también para desenvainar su espada, arrancarse la capa, que llevaba prendida al cuello, y recogerla sobre su brazo izquierdo.

Pero, si había librádose del choque de los caballos, no había evitado el ser visto, a pesar de la oscuridad de la noche, que por momentos encubría la débil claridad de las estrellas. El muslo de un jinete roza por su hombro izquierdo; y ese hombre y otro más hacen girar sus caballos con la prontitud del pensamiento, y embisten, sable en mano, sobre Eduardo.

Este no ve, adivina, puede decirse, la acción de los asesinos, y dando un salto hacia ellos, se interpone entre los dos caballos, cubre su cabeza con su brazo izquierdo envuelto entre el colchón que le formaba la capa, y hunde su espada hasta la guarnición en el pecho del hombre que tiene a su derecha. Cadáver ya, aún no ha caído ese hombre de su caballo, cuando Eduardo ha retrocedido diez pasos, siempre en dirección a la ciudad.

En ese momento tres asesinos más se reúnen al que acababa de sentir caer el cuerpo de un compañero a los pies de su caballo, y los cuatro cargan entonces sobre Eduardo.

Este se desliza rápidamente hacia su derecha para evitar el choque, tirando al mismo tiempo un terrible corte que hiere la cabeza del caballo que presenta el flanco de los cuatro. El animal se sacude, se recuesta súbitamente sobre los otros, y el jinete, creyendo que su caballo está herido de muerte, se tira de él para librarse de su caída; y los otros se desmontan al mismo tiempo, siguiendo la acción de su compañero, cuya causa ignoran.

Eduardo entonces tira su capa y retrocede diez o doce pasos más. La idea de emprender la carrera pasa un momento por su imaginación; pero comprende que la carrera no hará sino cansarlo y postrarlo, pues que sus perseguidores montarán de nuevo y lo alcanzarán pronto.

Esta reflexión, súbita como la luz, sim embargo, no había terminádose en su pensamiento, cuando los asesinos estaban ya sobre él, tres de ellos con sables de caballería y el otro armado de un cuchillo de matadero. Tranquilo, valiente, vigoroso y diestro, Eduardo los recibe a los cuatro parando sus primeros golpes, y evitando con ataques parciales que le formasen el círculo que pretendían. Los tres de sable lo acometen con rabia, lo estrechan y dirigen todos los golpes a su cabeza; Eduardo los para con un doble círculo, y haciendo dilatar la rueda que le formaban, con cortes de primera y tercera, comienza a ganar hacia la ciudad largas distancias, conquistando terreno en los cortes con que ofendía, y en los círculos dobles con que paraba.

Los asesinos se ciegan, se encarnizan, no pueden comprender que un hombre solo les resista tanto; y en su vértigo de sangre y de furor no perciben que se hallan ya a doscientos pasos de sus compañeros; cumpliéndose más en cada momento la intención de alejarlos, que desde el principio tuvo Eduardo para perderse con ellos entre la oscuridad de la noche.

Eduardo, sin embargo, sentía que la fuerza le iba faltando, y que era ya difícil la respiración de su pecho. Sus contrarios no se cansan menos, y tratan de estrecharlo por última vez. Uno de ellos incita a los otros con palabras de demonio, pero al momento de descargar sus golpes sobre Eduardo, éste tira dos cortes a derecha e izquierda con toda la extensión de su brazo, amaga a todos, y pasa como un relámpago de acero por el centro de sus asesinos, ganándose algunos pasos más hacia la ciudad.

El hombre del cuchillo acababa de perder éste y parte de su mano al filo de la espada de Eduardo, y otro de los de sable empieza a perder la fuerza en la sangre abundante que se escurría de una honda herida en su cabeza.

Los cuatro lo hostigan con tesón, sin embargo. El hombre mutilado, en un acceso de frenesí y de dolor, se arroja sobre Eduardo y lanza sobre su cabeza el inmenso poncho que tenía en su mano izquierda. Este último, que no había comprendido la intención de su contrario, cree que lo atropella con el puñal en la mano, y lo recibe con la punta de su espada, que le atraviesa el corazón. El poncho había llegado a su destino; la cabeza y el cuerpo de Eduardo quedan cubiertos en él; no se turba su espíritu, sin embargo: da un salto atrás; su mano izquierda, libre de su capa que había arrojado desde el principio del combate, coge el poncho y empieza a desenvolverlo de la cabeza, mientras su diestra describe círculos con su espada en todas direcciones. Pero en el momento en que su vista quedaba libre de aquella nube repentina y densa que la cubrió, la punta de un sable penetra a lo largo de su costado izquierdo, y el filo de otro le abre un honda herida sobre el hombro derecho.

-¡Bárbaros -dice Eduardo-, no conseguiréis llevarle mi cabeza a vuestro amo, sin haber antes hecho pedazos mi cuerpo!

Y recogiendo todas las pocas fuerzas que le quedaban, para en tercia una estocada que le tira su contrario más próximo; y, desenganchando, se va a fondo, en cuarta, con toda la extensión de su cuerpo: dos hombres caen a la vez al suelo: el contrario de Eduardo, atravesado el pecho, y Eduardo, que no ha tenido fuerzas para volver a su primera posición, y que cae sin perder, empero, su conocimiento, ni su valor.

Los dos asesinos que peleaban aún se precipitan sobre él.

-¡Aún estoy vivo! -grita Eduardo, con una voz nerviosa y sonora; la primera voz fuerte que había resonado en ese lugar e interrumpido el silencio de esa terrible escena; y los ecos de esa voz se repitieron en mucha extensión de aquel lugar solitario.

Eduardo se incorpora un poco; fija el codo de su brazo derecho sobre el vientre del cadáver que tenía a su lado y, tomando la espada con la mano izquierda, quiere todavía sostener su desigual combate.

Aun en ese estado, los asesinos se le aproximan con recelo. Uno de ellos se acerca por los pies de Eduardo y descarga un sablazo sobre su muslo izquierdo, que el infeliz no tuvo tiempo, ni posición, ni fuerza para parar. La impresión del golpe le inspira un último esfuerzo para incorporarse; pero a ese tiempo la mano del otro asesino lo toma de los cabellos, da con su cabeza en tierra, e hinca sobre su pecho una rodilla.

-¡Ya estás, unitario, ya estás agarrado! -le dice, y volviéndose al otro que se había abrazado de los pies de Eduardo, le pide su cuchillo para degollarlo. Aquél se lo pasa al momento. Eduardo hace esfuerzos todavía por desasirse de las manos que le oprimen, pero esos esfuerzos no sirven sino para hacerle perder por sus heridas la poca sangre que le quedaba en sus venas.

Un relámpago de risa feroz, infernal, ilumina la fisonomía del bandido cuando empuña el cuchillo que le da su compañero. Sus ojos se dilatan, sus narices se expanden, su boca se entreabre, y tirando con su mano izquierda los cabellos de Eduardo casi exánime, y colocando bien perpendicular su frente con el cielo, lleva el cuchillo a la garganta del joven.

Pero en el momento que su mano iba a hacer correr el cuchillo sobre el cuello, un golpe se escucha, y el asesino cae de boca sobre el cuerpo del que iba a ser su víctima.

-¡A ti también te irá tu parte! -dice la voz fuerte y tranquila de un hombre que, como caído del cielo, se dirige con su brazo levantado hacia el último de los asesinos que, como se ha visto, estaba oprimiendo los pies de Eduardo, porque, aun medio muerto, temía acercarse hasta sus manos. El bandido se pone de pie, retrocede y toma repentinamente la huida en dirección al río.

El hombre, enviado por la Providencia, al parecer, no lo persigue ni un solo paso, se vuelve a aquel grupo de heridos y cadáveres en cuyo centro se encontraba Eduardo.

El nombre de éste es pronunciado luego por el desconocido con toda la expresión del cariño y de la incertidumbre. Toma entre sus brazos el cuerpo del asesino que había caído sobre Eduardo, lo suspende, lo separa de él, e hincando una rodilla en tierra suspende el cuerpo del joven y reclina su cabeza contra su pecho.

Librodot

-¡Todavía vive! -dice, después de haber sentido su respiración; su mano toma la de Eduardo, y una leve presión le hace conocer que vive, y que le ha conocido.

Sin vacilar alza entonces la cabeza, gira sus ojos con inquietud; se levanta luego, toma a Eduardo por la cintura con el brazo izquierdo, y cargándole al hombro, marcha hacia la próxima barranca, en que estaba situada la casa del señor Mandeville.

Su marcha segura y fácil hace conocer que aquellos parajes no eran extraños a su planta.

-¡Ah! -exclama de repente-, apenas faltará media cuadra y... tengo que descansar porque... -y el cuerpo de Eduardo se le escurre de los brazos entre la sangre que a los dos cubría-. ¡Eduardo! -le dice poniéndole sus labios en el oído-; ¡Eduardo! Soy yo, Daniel, tu amigo, tu compañero, tu hermano Daniel.

El herido mueve lentamente la cabeza y entreabre los ojos. Su desmayo, originado por la abundante pérdida de su sangre, empezaba a pasar, y la brisa fría de la noche a reanimarle un poco.

-Huye... ¡Sálvate, Daniel! -fueron las primeras palabras que pronunció.

Daniel lo abraza.

-No se trata de mí, Eduardo; se trata de... A ver... pasa tu brazo izquierdo por mi cuello; oprime lo más fuerte que puedas... pero ¿qué diablos es esto? ¿Te has batido acaso con la mano izquierda que conservas la espada empuñada con ella? ¡Ah, pobre amigo, esos bandidos te habrán herido la derecha!... ¡Y no haber estado contigo yo!

Y mientras hablaba así, queriendo arrancar de los labios de su amigo alguna respuesta, alguna palabra que le hiciese comprender el verdadero estado de sus fuerzas, ya que temblaba de conocer la gravedad de sus heridas. Daniel cargó de nuevo a Eduardo que, vuelto en sí de su primer desmayo, hacía una débil fuerza sobre los hombros de su libertador, y lo llevó en sus brazos segunda vez, en la misma dirección que la anterior.

El movimiento y la brisa vuelven al herido un poco de la vida que le había arrebatado la sangre; y con un acento lleno de cariño:

-Basta, Daniel -dice-; apoyado en tu brazo creo que podré caminar un poco.

-No hay necesidad -le responde éste, poniéndole suavemente en tierra-, ya estamos en el lugar a donde quería conducirte.

Eduardo quedó un momento de pie, pero su muslo izquierdo estaba cortado casi hasta el hueso, y al tomar esa posición todos los músculos heridos se resintieron, y un dolor agudísimo hizo doblar las rodillas del joven...

-Ya me imaginaba que no podrías estar de pie -dijo Daniel, fingiendo naturalidad en su voz, pues que toda su sangre se había helado sospechando entonces que las heridas de Eduardo eran mortales-. Pero felizmente -continuó-, ya estamos aquí, aquí donde podré dejarte en seguridad mientras voy a buscar los medios de conducirte a otra parte.

Y diciendo esto había vuelto a cargar a su amigo, descendiendo con él, a fuerza de gran trabajo, a lo hondo de una zanja de cuatro o cinco pies de profundidad, que dos días antes habían empezado a abrir a distancia de veinte pies del muro lateral de una casa sobre la barranca que acababa de subir Daniel con su pesada pero querida carga; casa que no era otra que la del ministro de Su Majestad Británica, caballero Mandeville.

Daniel sienta a su amigo en el fondo de la zanja, lo recuesta contra uno de los lados de ella, y le pregunta dónde se siente herido.

-No sé; pero aquí, aquí siento dolores terribles -dice Eduardo tomando la mano de Daniel y llevándola a su hombro derecho y a su muslo izquierdo.

Daniel respira entonces con libertad.

-Si solamente estás herido ahí -dice-, no es nada, mi querido Eduardo -oprimiéndolo con sus brazos con toda la efusión de quien acaba de salir felizmente de una incertidumbre penosa; pero a la presión de sus brazos, Eduardo exhala un ¡ay!, agudo y dolorido.

-Debo estar también..., sí..., estoy herido aquí -dice llevando la mano de Daniel a su costado izquierdo-; pero sobre todo, el muslo..., el muslo me hace sufrir horriblemente.

-Espera -dice Daniel, sacando un pañuelo de su bolsillo, con el cual venda fuertemente el muslo herido-. Esto, a lo menos -continúa-, podrá contener algo la hemorragia; ahora venga la cintura: ¿es aquí donde sientes la herida?

-Sí.

-Entonces... aquí está mi corbata -y con ella oprime fuertemente el pecho de su amigo.

Todo esto hace y dice fingiendo una confianza que había empezado a faltarle desde que supo que había una herida en el pecho, que podría haber interesado alguna entraña. Y lo dice y lo hace todo entre la oscuridad de la noche y en el fondo de una zanja estrecha y húmeda. Y como un sarcasmo de esa posición terriblemente poética en que se encontraban los dos jóvenes, porque Daniel lo era también, los sonidos de un piano llegaron en ese momento a sus oídos: el señor Mandeville tenía esa noche una pequeña tertulia en su casa.

-¡Ah! -dice Daniel, acabando de vendar a su amigo-. Su Excelencia inglesa se divierte.

-¡Mientras a sus puertas se asesina a los ciudadanos de este país! -exclama Eduardo.

-Y es precisamente por eso que se divierte. Un ministro inglés no puede ser buen ministro inglés sino en cuanto represente fielmente a la Inglaterra; y esta noble señora baila y canta en derredor de los muertos como las viudas de los hotentotes, con la sola diferencia de que éstas lo hacen de dolor, y aquélla de alegría.

Eduardo se sonrió de esa idea nacida de una cabeza cuya imaginación él conocía y admiraba tanto; e iba a hablar cuando de repente Daniel le pone su mano sobre los labios.

-Siento ruido -le dice al oído, buscando a tientas la espada.

Y, en efecto, no se había equivocado. El ruido de las pisadas de dos caballos se percibía claramente, y un minuto después el eco de voces humanas llegó hasta los dos amigos.

Todo se hacía más perceptible por instantes; entendiéndose al fin clara y distintamente la voz de los que venían conversando.

-Oye-dice uno de ellos, a diez o doce pasos de la zanja-, saquemos fuego y a la luz de un cigarro podremos contar, porque yo no quiero ir hasta la Boca, sino volverme a casa.

-Bajemos entonces -responde aquel a quien se había dirigido; y dos hombres desmontan de sus caballos, sonando la vaina de latón de sus sables al pisar en tierra.

Cada uno de ellos tomó la rienda de su caballo y, caminando hacia la zanja, vinieron a sentarse a cuatro pasos de Daniel y Eduardo.

Uno de los dos recién llegados sacó sus avíos de fumar, encendió la yesca, luego un grueso cigarro de papel, y dijo al otro:

-A ver, dame los papeles uno por uno.

El otro se quitó el sombrero, sacó de él un rollo de billetes de banco, y dio uno de ellos a su compañero, quien, tomándolo con la mano izquierda, lo aproximó a la brasa del cigarro que tenía en la boca y, aspirando con fuerza, iluminó todo el billete con los reflejos de la brasa activada por la aspiración.

-¡Cien! -dice aquel que había entregado el billete, y cuya cara se había juntado con la del otro para ver junto con él el número.

-¡Cien! -dice el del cigarro, arrojando por la boca una gruesa nube de humo.

Y la misma operación que con el primer billete, se hace con treinta de igual valor; y después de repartirse 1.500 pesos cada uno de los dos hombres, mitad de los 3.000 que sumaban los treinta billetes de 100 pesos, dice aquel que alumbraba los papeles:

-¡Yo creía que sería más! ¡Si hubiésemos degollado al otro nos hubiese tocado la bolsa de onzas!

-¿Y adónde se iban esos unitarios? Al ejército de Lavalle, ¿no es verdad?

-¡Pues! ¿Y adónde se habían de ir? Lo que yo siento es que no se quieran ir todos para que tuviéramos de éstas todas las noches.

-¡Pero, y si alguna vez entra Lavalle y alguien nos delata!

-¡Qué! Nosotros somos mandados; y cuando veamos las cosas mal, nos pasaremos; entretanto yo me he de hacer matar por el Restaurador, y por eso soy de la gente de confianza del comandante.

-¡Fíate mucho! ¡Que nos eche de menos luego, y verás tú y yo lo que nos pasa!

-¡Oh! ¿Y él no nos mandó por este lado, y a Morales por el Retiro, y a Diego, con cuatro más, por las calles a buscar al que se escapó? Entonces, le decimos mañana que hemos pasado la noche buscándolo, y no nos dirá nada.

-Pero ¡qué susto llevaba Camilo cuando fue a avisarle al comandante! Le dijo que salieron cuatro a proteger al unitario, pero no le ha de haber creído porque sabe que es flojo.

-Sí, pero los otros no eran flojos, y uno solo no los había de matar. Por mi parte, yo no los busco.

-¡Qué buscarlos! Yo me voy a la Boca -dijo aquel que había traído los billetes en el sombrero, levantándose y montando tranquilamente en su caballo, mientras el otro se dejó estar sentado.

-Bueno -dice éste-, ándate nomás, yo voy a acabar mi cigarro antes de irme a casa; mañana te iré a buscar de madrugada para que nos vayamos al cuartel.

-Entonces, hasta mañana -dice aquél, dando vuelta su caballo, y tomando al trote el camino de la Boca.

Algunos minutos después, el que se había quedado mete la mano al bolsillo, saca una cosa que aproxima a su cigarro en la boca, y la contempla a la claridad que esparcía la brasa.

-¡Y es de oro el reloj! -dice-; éste nadie me lo vio sacar; y la plata que me den por él no la parto con ninguno.

Y examinaba y volvía a examinar el reloj a la luz de su cigarro.

-¡Y está andando! -dice, aplicándoselo al oído-, pero yo no sé... yo no sé cómo se sabe la hora...- Y volvía a iluminar su preciosa alhaja-... ¡Esta es cosa de unitarios!... La hora que yo sé es que serán las doce, y que...

-Esa es la última de tu vida, bribón -dice Daniel dando sobre la cabeza del bandido, que cayó al instante sin un solo grito, el mismo golpe que había dado en la cabeza de aquel que puso el cuchillo sobre la garganta de Eduardo; golpe que produjo el mismo sonido duro y sin vibración, ocasionado por un instrumento que Daniel tenía en sus manos, muy pequeño y que no conocemos todavía, el cual parece que hacía sobre la cabeza humana el mismo efecto que una bala de cañón que se la llevase, pues que los dos que hemos visto caer no habían dado un solo grito.

Daniel, que había salido de la zanja y llegádose como una sombra hasta el bandido, luego que le dio el golpe en la cabeza tomó la brida del caballo, lo trajo hasta la zanja y, sin soltarla, bajó y dio un abrazo a su amigo.

-¡Valor, valor! mi Eduardo ¡ya estás libre..., salvo...; la Providencia te envía un caballo que era lo único que necesitábamos!

-Sí, me siento un poco reanimado, pero es necesario que me sostengas... no puedo estar de pie.

-No hagas fuerza -dice Daniel, que carga otra vez a Eduardo, y lo sube al borde de la zanja.

En seguida salta él, y con esfuerzos indecibles consigue montar a Eduardo sobre el caballo que se inquietaba con las evoluciones que hacían a su lado. En seguida recoge la espada de su amigo, y de un salto se monta en la grupa; pasa sus brazos por la cintura de Eduardo; toma de sus débiles manos las riendas del caballo, y lo hace subir inmediatamente por una barranca inmediata a la casa del señor Mandeville.

-Daniel, no vamos a mi casa porque la encontraríamos cerrada. Mi criado tiene orden de no dormir en ella esta noche.

-No, no, por cierto; no he tenido la idea de querer pasearte por la calle del Cabildo a estas horas, en que veinte serenos alumbrarían nuestros cuerpos federalmente vestidos de sangre.

-Bien, pero tampoco a la tuya.

-Mucho menos, Eduardo; yo creo que nunca he hecho locuras en mi vida; y llevarte a mi casa sería haber hecho una por todas las que he dejado de hacer.

-¿Y adónde, pues?

-Ese es mi secreto por ahora. Pero no me hagas más preguntas. Habla lo menos posible.

Daniel sentía que la cabeza de Eduardo buscaba algo en que reclinarse, y con su pecho le dio un apoyo que bien necesitaba ya, porque en aquel momento un segundo vértigo le nublaba la vista y lo desfallecía; pero, felizmente, le pasó pronto.

Daniel hacía marchar al paso su caballo. Llegó por fin a la calle de la Reconquista, y tomó la dirección a Barracas: atravesó la del Brasil y Patagones, y tomó a la derecha por una calle encajonada, angosta y pantanosa, y en cuyos lados no había edificio alguno sino los fondos de ladrillo o de tunas de aquellas casas con que termina la ciudad sobre las barrancas de Barracas.

Al cabo de seiscientos pasos, la callejuela da salida a la empinada y solitaria barranca de Marcó, cuya pendiente rápida y estrechísimas sendas causan temor de día mismo a los que se dirigen a Barracas, que prefieren la barranca empedrada de Brown, o la de Balcarce, antes que bajar por aquel medio precipicio, especialmente si el terreno está húmedo. A esa barranca llegó Daniel, y las mismas calidades de mala y solitaria fueron para él en ese momento una garantía por la que le daba preferencia. Además, él conocía perfectamente los senderos, y bajó por ella, dirigiendo hábilmente su caballo sin el mínimo contratiempo.

Llegado a la calle traviesa entre Barracas y la Boca, dobló a la derecha, y recostándose a la orilla del camino, llegó al fin a la calle Larga de Barracas sin haber hallado una sola persona en su tránsito. Tomó la derecha de la calle, enfiló los edificios, lo más aproximado a ellos que le fue posible, e hizo tomar el trote largo a su caballo, como que quisiera salir de ese camino frecuentado de noche por algunas patrullas de policía.

Al cabo de pocos minutos de marcha, detiene su caballo, gira sus ojos, y convencido de que no veía ni oía nada, hace tomar el paso a su caballo, y dice a Eduardo:

-Ya estás en salvo, pronto estarás en seguridad y curado.

-¿Dónde? -le pregunta Eduardo con voz sumamente desfallecida.

-Aquí -le responde Daniel, subiendo el caballo a la vereda de una casa por cuyas ventanas, cubiertas con celosías y los vidrios por espesas cortinas de muselina blanca en la parte interior, se trasparentaban las luces que iluminaban las habitaciones; y al decir aquella palabra, arrima el caballo a las rejas, e introduciendo su brazo por ellas y las celosías, tocó suavemente en los cristales. Nadie respondió, sin embargo. Volvió a llamar segunda vez, y entonces una voz de mujer preguntó con un acento de recelo:

-¿Quién es?

-Yo soy, Amalia, yo, tu primo.

-¡Daniel! -dijo la misma voz, aproximándose más a la ventana la persona del interior.

-Sí, Daniel.

Y en el momento, la ventana se abrió, la celosía fue alzada, y una mujer joven y vestida de negro inclinó su cuerpo hasta tocar las rejas con su mano. Pero al ver dos hombres en un mismo caballo retiróse de esa posición, como sorprendida.

-¿No me conoces, Amalia? Oye: abre al momento la puerta de la calle; pero no despiertes a los criados; ábrela tú misma.

-¿Pero, qué hay, Daniel?

-No pierdas un segundo, Amalia, abre en este momento en que está solo el camino; me va la vida, más que la vida ¿lo entiendes ahora?

-¡Dios mío! -exclama la joven, que cierra la ventana, y se precipita a la puerta de la sala, de ésta a la de la calle, que abre sin cuidarse de hacer poco o mucho ruido, y que saliendo hasta la vereda, dice a Daniel:

-¡Entra! -pronunciando esta palabra con ese acento de espontaneidad sublime que sólo las mujeres tienen en su alma sensible y armoniosa cuando ejecutan alguna acción de valor, que siempre es en ellas la obra, no del raciocinio, sino de la inspiración.

-Todavía no -dice Daniel, que ya estaba en tierra con Eduardo sostenido por la cintura; y de ese modo, y sin soltar la brida del caballo, llega a la puerta.

-Ocupa mi lugar, Amalia; sostén a este hombre que no puede andar solo.

Amalia, sin vacilar, toma con sus manos un brazo de Eduardo que, recostado contra el marco de la puerta, hacía esfuerzos indecibles por mover su pierna izquierda que le pesaba enormemente.

-¡Gracias, señorita, gracias! -dice con voz llena de sentimiento y de dulzura.

-¿Está usted herido?

-Un poco.

-¡Dios mío! -exclama Amalia, que sentía en sus manos la humedad de la sangre.

Y mientras se cambiaban estas palabras, Daniel había conducido el caballo al medio del camino y, poniéndolo en dirección al puente, con la rienda al cuello, dióle un fuerte cintarazo en el anca con la espada de Eduardo, que no había abandonado un momento. El caballo no esperó una segunda señal y tomó el galope en aquella dirección.

-¡Ahora -dice Daniel-, adentro! -acercándose a la puerta, levantando a Eduardo por la cintura hasta ponerlo en el zaguán, y cerrando aquélla. De ese mismo modo lo introdujo a la sala, y puso, por fin, sobre un sofá a aquel hombre a quien había salvado y protegido tanto en aquella noche de sangre; aquel hombre lleno de valor moral y de espíritu todavía, y cuyo cuerpo no podía, sin embargo, sostenerse por sí solo un momento.

II
La primera curación

Cuando Daniel colocó a Eduardo sobre el sofá, Amalia, pues ya distinguiremos por su nombre a la joven prima de Daniel, pasó corriendo a un pequeño gabinete contiguo a la sala, separado por un tabique de cristales, y tomó de una mesa de mármol negro una pequeña lámpara de alabastro, a cuya luz la joven leía las Meditaciones de M. Lamartine cuando Daniel llamó a los vidrios de la ventana y, volviendo a la sala, puso la lámpara sobre una mesa redonda de caoba, cubierta de libros y de vasos de flores.

En aquel momento Amalia estaba excesivamente pálida, efecto de las impresiones inesperadas que estaba recibiendo; y los rizos de su cabello castaño claro, echados atrás de la oreja pocos momentos antes, no estorbaron a Eduardo descubrir en una mujer de veinte años una fisonomía encantadora, una frente majestuosa y bella, unos ojos pardos llenos de expresión y sentimiento y una figura hermosa, cuyo traje negro parecería escogido para hacer resaltar la reluciente blancura del seno y de los hombros, si su tela no revelase que era un vestido de duelo.

Daniel se aproximó a la mesa en el acto en que Amalia colocaba la lámpara, y tomando las pequeñas manos de azucena de su hermosa prima, le dijo:

-Amalia, en las pocas veces que nos vemos, te he hablado siempre de un joven con quien me liga la más íntima y fraternal amistad; ese joven, Eduardo, es el que acabas de recibir en tu casa, el que está ahí gravemente herido. Pero sus heridas son "oficiales", son la obra de Rosas, y es necesario curarlo, ocultarlo, y salvarlo.

-¿Pero qué puedo hacer yo, Daniel? -le pregunta Amalia toda conmovida y volviendo sus ojos hacia el sofá donde estaba acostado Eduardo, cuya palidez parecía la de un cadáver, contrastada por sus ojos negros y relucientes como el azabache, y por su barba y cabellos del mismo color.

-Lo que tienes que hacer, mi Amalia, es una sola cosa ¿dudas que yo te haya querido siempre como un hermano?

-¡Oh, no, Daniel; jamás lo he dudado!

-Bien -dice el joven poniendo sus labios sobre la frente de su prima-, entonces lo que tienes que hacer es obedecerme en todo por esta noche; mañana vuelves a quedar dueña de tu casa y de mí como siempre.

-Dispón; ordena lo que quieras; yo no podría tampoco concebir una idea en este momento -dijo Amalia, cuya tez iba volviendo a su rosado natural.

-Lo primero que dispongo es que traigas tú misma, sin despertar a ningún criado todavía, un vaso de vino azucarado.

Amalia no esperó oír concluir la última sílaba y corrió a las piezas interiores.

Daniel se acercó entonces a Eduardo, en quien el momentáneo descanso que había gozado, empezaba a dar expansión a sus pulmones, oprimidos hasta entonces por el dolor y el cansancio, y le dijo:

-Esta es mi prima, la linda viuda, la poética tucumana de que te he hablado tantas veces, y que, después de su regreso de Tucumán, hace cuatro meses que vive solitaria en esta quinta. Creo que, si la hospitalidad no agrada a tus deseos, no les sucederá lo mismo a tus ojos.

Eduardo se sonrió, pero al instante, volviendo su semblante a su gravedad habitual, exclamó:

-¡Pero es un proceder cruel; voy a comprometer la posición de esta criatura!

-¿Su posición?

-Sí, su posición. La policía de Rosas tiene tantos agentes cuantos hombres ha enfermado el miedo. Hombres, mujeres, amos y criados, todos buscan su seguridad en las delaciones. Mañana sabrá Rosas dónde estoy, y el destino de esta joven se confundirá con el mío.

-Eso lo veremos -dijo Daniel arreglando los cabellos desordenados de Eduardo-. Yo estoy en mi elemento cuando me hallo entre las dificultades. Y si, en vez de escribírmelo, me hubieses esta tarde hablado de tu fuga, ciento contra uno a que no tendrías en tu cuerpo un solo arañazo.

-Pero tú ¿cómo has sabido el lugar de mi embarque?

-Eso es para despacio -contestó Daniel sonriéndose.

Amalia entró en ese momento trayendo sobre un plato de porcelana una copa de cristal con vino de Burdeos azucarado.

-¡Oh, mi linda prima -dijo Daniel-. Los dioses habrían despedido a Hebe, y dádote preferencia para servirles su vino, si te hubiesen visto como te veo yo en este momento! Toma, Eduardo; un poco de vino te reanimará mientras viene un médico.

Y en tanto que suspendía la cabeza de su amigo y le daba a beber el vino azucarado, Amalia tuvo tiempo de contemplar por primera vez a Eduardo, cuya palidez y expresión dolorida del semblante le daban un no sé qué de más impresionable, varonil y noble; y, al mismo tiempo, para poder fijarse en que, tanto Eduardo como Daniel, ofrecían dos figuras como no había imaginádose jamás: eran dos hombres completamente cubiertos de barro y sangre.

-Ahora -dice Daniel, tomando el plato de las manos de Amalia-, ¿el viejo Pedro está en casa?

-Sí.

-Entonces ve a su cuarto, despiértalo y dile que venga.

Amalia iba a abrir la puerta de la sala para salir, cuando le dice Daniel:

-Un momento, Amalia: hagamos muchas cosas a la vez para ganar tiempo, ¿dónde hay papel y tintero?

-En aquel gabinete -responde Amalia señalando el que estaba contiguo a la sala.

-Entonces, anda a despertar a Pedro.

Y Daniel pasó al gabinete, tomó una luz de una rinconera, pasó a otra habitación, que era la alcoba de su prima, de aquélla a un pequeño y lindísimo retrete, y allí invadió el tocador, manchando las porcelanas y cristales con la sangre y el lodo de sus manos.

-¡Oh! -exclamó mirándose en el espejo del tocador mientras se lavaba las manos-. Si Florencia me viese así, bien creería me acababa de escapar de los infiernos, y con aquellas carreras que ella sabe dar cuando le quiero robar un beso y está enojada, se me escaparía hasta la Pampa. ¡Bueno! -continuó, secándose sus manos en un riquísimo tejido del Tucumán-. ¡Allí está la botella del vino que ha tomado Eduardo; y también beberé porque el diablo se lleve a Rosas, porque Eduardo sane pronto, y porque mi Florencia haga mañana lo que habré de decirle!

Y diciendo esto, se echó a la garganta media docena de tragos de vino en una magnífica copa que estaba sobre el tocador de Amalia, y cuyas flores arrojó dentro de la palangana.

Volvió inmediatamente al gabinete, sentóse delante de una pequeña escribanía, y tomando su semblante una gravedad que parecía ajena al carácter del joven, escribió dos cartas, las dobló, púsoles el sobre, y entró a la sala donde Eduardo estaba cambiando algunas palabras con Amalia sobre el estado en que se sentía. Al mismo tiempo, la puerta de la sala abrióse y un hombre como de sesenta años de edad, alto, vigoroso todavía, con el cabello completamente encanecido, con barba y bigotes en el mismo estado, vestido con chaqueta y calzón de paño azul, entró con el sombrero en la mano y con un aire respetuoso, que cambió en el de sorpresa al ver a Daniel de pie en medio de la sala, y sobre el sofá un hombre tendido y manchado de sangre.

-Yo creo, Pedro, que no es a usted a quien puede asustarle la sangre. En todo lo que usted ve no hay más que un amigo mío a quien unos bandidos acaban de herir gravemente. Aproxímese usted. ¿Cuánto tiempo sirvió usted con mi tío el coronel Sáenz, padre de Amalia?

-Catorce años, señor; desde la batalla de Salta hasta la de Junín, en que el coronel cayó muerto en mis brazos.

-¿A cuál de los generales que lo han mandado ha tenido usted más cariño y más respeto: a Belgrano, a San Martín o a Bolívar?

-Al general Belgrano, señor -contestó el viejo soldado sin vacilar.

-Bien, Pedro, aquí tiene usted en Amalia y en mí una hija y un sobrino de su coronel, y allí tiene usted un sobrino del general Belgrano, que necesita de sus servicios en este momento.

-Señor, yo no puedo ofrecer más que mi vida, y esa está siempre a la disposición de los que tengan la sangre de mi general y de mi coronel.

-Lo creo, Pedro, pero aquí necesitamos, no sólo valor, sino prudencia y, sobre todo, secreto.

-Está bien, señor.

-Nada más, Pedro. Yo sé que tiene usted un corazón honrado, que es valiente, y, sobre todo, que es patriota.

-Sí, señor; patriota viejo -dijo el soldado alzando la cabeza con cierto aire de orgullo.

-Bien; vaya usted -continuó Daniel-, y sin despertar a ningún criado ensille usted uno de los caballos del coche, sáquelo hasta la puerta con el menor ruido posible, ármese y venga.

El veterano llevó su mano a la sien derecha, como si estuviese delante de su general, y dando media vuelta, marchó a ejecutar las órdenes recibidas.

Cinco minutos después, las herraduras del caballo se sintieron, luego se oyó girar sobre sus goznes el portón de la quinta y en seguida apareció en la sala cubierto con su poncho el viejo soldado de quince años de combates.

-¿Sabe usted, Pedro, la casa del doctor Alcorta?

-¿Tras de San Juan?

-Allí.

-Sí, señor.

-Pues irá usted a ella; llamará hasta que le abran, y entregará esta carta diciendo que, mientras se prepara el doctor, usted va a una diligencia, y volverá a buscarlo. En seguida pasará usted a mi casa, llamará despacio a la puerta, y a mi criado, que ha de estar esperándome, y que abrirá al momento, le dará usted esta otra carta.

-Bien, señor.

-Todo esto lo hará usted a escape.

-Bien, señor.

-Otra cosa más. Le he dado a usted una carta para el doctor Alcorta; mil incidentes pueden sobrevenirle en el camino, y es necesario que se haga usted matar antes que dejarse arrancar esa carta.

-Bien, señor.

-Nada más ahora. Son las doce y tres cuartos de la noche -dijo Daniel mirando un reloj que estaba colocado sobre el marco de una chimenea-, a la una y media usted puede estar de vuelta con el doctor Alcorta.

El soldado hizo la misma venia que anteriormente, y salió. Algunos segundos después sintieron desde la sala la impetuosa carrera de un caballo que conmovía con sus cascos la solitaria calle Larga.

Daniel hizo señal a su prima de pasar al gabinete inmediato, y después de recomendar a Eduardo que hiciese el menor movimiento posible en tanto que llegaba el médico, le dijo:

-Ya sabes cuál ha sido mi elección; ¿a quién otro podría llamar que nos inspirase más confianza?

-¡Pero, Dios mío, comprometer al doctor Alcorta! -exclamó Eduardo-. Esta noche, Daniel, te has empeñado en confundir con mi mala suerte el destino de la belleza y del talento. Mi vida vale muy poco en el mundo para que se expongan por ella una mujer como tu prima y un hombre como nuestro maestro.

-¡Estás sublime esta noche, mi querido Eduardo! Tu sangre se ha escurrido por las heridas, pero tu gravedad y tus desconfianzas se quedaron dueñas de casa. Alcorta no se comprometerá más que mi prima; y aunque no fuera así, hoy estamos todos en un duelo, en que los buenos nos debemos a los buenos, y los pícaros se deben a los pícaros. La sociedad de nuestro país ha empezado a dividirse en asesinos y víctimas, y es necesario que los que no queramos ser asesinos, si no podemos castigarlos, nos conformemos con ser víctimas.

-Pero Alcorta no se ha comprometido, y sin embargo, con hacerlo venir aquí puedes comprometerlo gravemente.

-Eduardo, tu cabeza no está buena. Oye: tú, yo, cada joven de nuestros amigos, cada hombre de la generación a que pertenecemos, y que ha sido educado en la universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del doctor Alcorta. Somos sus ideas en acción; somos la reproducción multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra, él ha encendido en nuestro corazón el entusiasmo por todo lo que es grande: por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han arrojado el guante blanco para tomar la espada, son el doctor Alcorta. Frías es el doctor Alcorta en el ejército; Alberdi, Gutiérrez, Irigoyen son el doctor Alcorta en la prensa de Montevideo. Tú mismo, ahí bañado en tu sangre, que acabas de exponer tu vida por huir de la patria antes que soportar en ella la tiranía que la oprime, no eres otra cosa, Eduardo, que la personificación de las ideas de nuestro catedrático de filosofía, y... pero ¡bah, qué tonterías estoy hablando! -exclamó Daniel al ver dos gruesas lágrimas que corrían sobre el rostro cadavérico de Eduardo-. ¡Vaya! ¡Vaya! No hablemos más de esto. Déjame hacer las cosas a mí solo, que si nos lleva el diablo nos llevará a todos juntos; y a fe, mi querido Eduardo, que no hemos de estar peor en el infierno que en Buenos Aires. Descansa un momento, mientras hablo con Amalia algunas palabras.

Y diciendo esto, se dirigió al gabinete, pestañeando rápidamente para enjugar con los párpados una lágrima que, al ver las de su amigo, había brotado de la exquisita sensibilidad de este joven, que más tarde haremos conocer mejor a nuestros lectores.

-Daniel -le dice Amalia al entrar al gabinete, parada y apoyando su mano de alabastro sobre la mesa de mármol negro-, yo no sé qué hacer, tú y tu amigo estáis cubiertos de sangre, necesitáis mudaros, y yo no tengo más trajes que los míos.

-Que nos sentarían perfectamente, si nos dieses también un poco de la belleza que te sobra, mi hermosa prima. No te aflijas; dentro de un rato tendremos vestidos, tendremos todo. Por ahora, ven acá.

Y llevando a su prima a un pequeño sofá de damasco punzó, la sentó a su lado y continuó:

-Dime, Amalia, ¿cuáles son los criados en que tienes una perfecta confianza?

-Pedro, Teresa, una criada que he traído de Tucumán, y la pequeña Luisa.

-¿Cuáles son los demás?

-El cochero, el cocinero, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.

-¿El cochero y el cocinero son hombres blancos?

-Sí.

-Entonces, a los blancos por blancos, y a los negros por negros, es necesario que los despidas mañana en cuanto se levanten.

-¿Pero crees tú...?

-Si no lo creo, dudo. Oye, Amalia: tus criados deben quererte mucho, porque eres buena, rica y generosa. Pero en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una orden, de un grito, de un momento de mal humor se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. Se les ha abierto la puerta a las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna

y la vida de una familia reciben el anatema de la Mazorca. Venecia, en tiempo del consejo de los Diez, se hubiese condolido de la situación actual de nuestro país. Sólo hay en la clase baja una excepción, y son los mulatos; los negros están ensoberbecidos, los blancos prostituidos, pero los mulatos, por esa propensión que hay en cada raza mezclada a elevarse y dignificarse, son casi todos enemigos de Rosas, porque saben que los unitarios son la gente ilustrada y culta, a que siempre toman ellos por modelo.

-Bien, los despediré mañana.

-La seguridad de Eduardo, la mía, la tuya propia, lo exigen así. Tú no puedes arrepentirte de la hospitalidad que has dado a un desgraciado, y...

-¡Oh, no, Daniel, no me hables de eso! ¡Mi casa, mi fortuna, todo está a la disposición tuya y de tu amigo!

-No puedes arrepentirte -decía-, y debes, sin embargo, poner todos los medios para que tu virtud, tu abnegación, no dé armas contra ti a nuestros opresores. Del sacrificio que haces en despedir a tus criados, te resarcirás pronto. Además, Eduardo no permanecerá en tu casa, sino los días indispensables que determine el médico: dos o tres, a lo más.

-¡Tan pronto! ¡Oh, no es posible! Sus heridas son quizá graves, y sería asesinarlo levantarlo de su cama. Yo soy libre; vivo completamente aislada, porque mi carácter me lo aconseja así; recibo rara vez las visitas de mis pocas amigas, y en las habitaciones de la izquierda podremos disponer un cómodo aposento para Eduardo, y completamente separado de las mías.

-¡Gracias, gracias, mi Amalia! Bien sé que tienes en tus venas la sangre generosa de mi madre. Pero quizá no convenga que Eduardo permanezca aquí. Eso dependerá de muchas cosas que yo sabré mañana. Ahora, es necesario que vayamos a preparar la cama en que se habrá de acostar después de su primera curación.

-Sí.., por acá; ven -y tomando una luz pasó con Daniel a su alcoba, y de ésta a su tocador.

Pero antes de seguir nosotros el paso y el pensamiento de Amalia, echemos una mirada sobre estas dos últimas habitaciones.

Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado, de fondo blanco, matizado con estambres dorados, que representaban caprichos de luz entre nubes ligeramente azuladas. Las dos ventanas que daban al patio de la casa estaban cubiertas por dobles colgaduras, unas de batista hacia la parte interior, y otras de raso azul muy bajo, hacia los vidrios de la ventana, suspendidas sobre lazos de metal dorado, y atravesadas con cintas corredizas que las separaban, o las juntaban con rapidez. El piso estaba cubierto por un tapiz de Italia, cuyo tejido verde y blanco, era tan espeso que el pie parecía acolchonarse sobre algodones al pisar sobre él. Una cama francesa, de caoba labrada, de cuatro pies de ancho y dos de alto, se veía en la extremidad del aposento, en aquella parte que se comunicaba con el tocador, cubierta con una colcha de raso color jacinto, sobre cuya relumbrante seda caían los albos encajes de un riquísimo tapafundas de Cambray. Una pequeña corona de marfil, con sobrepuestos de nácar figurando hojas de jazmines, estaba suspendida del cielo raso por una delgadísima lanza de metal plateado, en línea perpendicular con la cama, y de la corona se desprendían las ondas de una colgadura de gasa de la India con bordaduras de hilo de plata, tan leve, tan vaporosa, que parecía una tenue neblina abrillantada por un rayo del sol. Entre la cama y el muro de la pared había una pequeña mesa cuadrada, cubierta por un terciopelo verde, sobre la que se veían algunos libros, un crucifijo de oro incrustado en ébano, una pequeña caja de música sobre una magnífica copa de cristal, una caja de sándalo, en forma de concha, con algunos algodones empapados en agua de Colonia, y una lámpara de alabastro cubierta por una pantalla de seda verde. Al otro lado de la cama se hallaba una otomana cubierta de terciopelo azul, marcado a fuego, y delante de la cama, estaba extendida una alfombra de pieles de conejo, blancas como el armiño, y con la suavidad de la seda. A los pies de la cama se veía un gran sillón, forrado en terciopelo del mismo color que la otomana. Luego, una papelera con incrustaciones de plata; y en los dos ángulos del aposento, que daban al gabinete contiguo a la

sala, se descubrían dos hermosos veladores de alabastro en forma de piras, que contenían dentro las luces con que se alumbraba aquel pequeño y solitario templo de una belleza. Y, por último, una mesa de palo de naranjo apenas de dos pies de diámetro, colocada a la extremidad de la otomana, contenía, sobre una bandeja de porcelana de la India, un servicio de té para dos personas, todo él de porcelana sobredorada. Otra cosa, la más preciosa de todas, completaba el ajuar de este aposento, y era un par de zapatitos de cabritilla oscura bordados de seda blanca, de seis pulgadas de largo apenas, y de una estrechez proporcionada: eran los zapatos de levantarse Amalia de la cama, colocados sobre las pieles blancas que estaban junto a ésta.

El retrete de vestirse estaba empapelado del mismo modo que la alcoba, y alfombrado de verde. Dos grandes roperos de caoba, cuyas puertas eran de espejos, se veían a un lado y al otro del espléndido tocador, cuyas porcelanas y cristales había desordenado Daniel pocos momentos antes. Frente al tocador, estaba una chimenea de acero bruñido, guarnecida de un marco de mármol blanco completamente liso; y a continuación de ella una bañadera de aquella misma piedra, cuya agua era conducida por caños que pasaban por los bastidores del empapelamiento. Un sillón de paja de la India, y dos taburetes de damasco blanco con flecos de oro, estaban, el primero, al lado de la bañadera; y los otros, frente a los espejos de los guardarropas; y un sofá pequeño, elástico y vestido del mismo modo que los taburetes, se hallaba colocado hacia un ángulo del retrete. Dos grandes jarras de porcelana francesa estaban sobre dos pequeñas mesas de nogal con un ramo de flores cada una; y sobre cuatro rinconeras de caoba brillaban ocho pebeteros de oro cincelado, obra del Perú, de un gusto y de un trabajo admirables. Seis magníficos cuadros de paisaje y cuatro jilgueros dentro de jaulas de alambre dorado, completaban el retrete de Amalia, en el que la luz del día penetraba por los cristales de una gran ventana que daba a un pequeño jardín en el patio principal, y que era moderada por un juego doble de colgaduras de crespón celeste y de batista. Al lado de uno de los roperos había una puerta que se comunicaba con el pequeño aposento en que dormía Luisa, joven destinada por Amalia a su servicio inmediato.

Ahora sigámosla, que entra en el aposento de Luisa, dormida dulce y tranquilamente, y que tomando una llave de sobre una mesa abre la puerta de ese aposento que da al patio, y atravesándolo con Daniel, llega al frente opuesto a sus habitaciones, y abriendo con el menor ruido posible una puerta en un corredor que cuadraba a aquél, entra, siempre con la luz en la mano y con Daniel al lado suyo, a un aposento amueblado.

-Aquí ha estado habitando cierto individuo de la familia de mi esposo que vino del Tucumán y partió de regreso hace tres días. Este aposento tiene todo cuanto puede necesitar Eduardo.

Y diciendo esto, Amalia abrió un ropero, sacó mantas de cama, y ella misma desdobló los colchones, y arregló todo en la habitación, mientras Daniel se ocupaba de examinar con esmero un cuarto contiguo, y el comedor que le seguía, cuya puerta al zaguán estaba enfrente de aquélla de la sala, por donde una hora antes había entrado él con Eduardo en los brazos.

-¿A dónde mira esta ventana? -preguntó a su prima, señalando una que estaba en el aposento que iba a ocupar Eduardo.

-Al corredor por donde se entra de la calle a la quinta, por el gran portón. Sabes que todo el edificio está separado, hacia el fondo, por una verja de hierro; y cerrada, los criados pueden entrar y salir por el portón, sin pasar al interior de la casa. Es por ahí que ha salido Pedro.

-Es verdad, lo recuerdo... pero... ¿no oyes ruido?

-Sí... Son...

-Son caballos a galope... -y el corazón de Amalia le batía en el pecho con violencia.

-Es probable que... Se han parado en el portón -dijo Daniel súbitamente, llevando la luz al cuarto inmediato, volviendo como un relámpago, y abriendo un postigo de la ventana que daba al corredor de la quinta.

-¡Quién será, Dios mío! -exclamó Amalia, pálida y bella como una azucena en la tarde.

-Ellos -dice Daniel, que había pegado su cara a los vidrios de la ventana.

-¿Quiénes?

-Alcorta y Pedro.., ¡oh! ¡el bueno, el noble, el generoso Alcorta! -y corrió a traer la luz que había ocultado.

En efecto, era el viejo veterano de la Independencia, y el sabio catedrático de filosofía, médico y cirujano al mismo tiempo. Pedro hízole entrar por el portón, llevó los caballos a la caballeriza, y luego lo condujo por la verja de hierro, de cuya puerta él tenía la llave.

-¡Gracias, señor! -dice Daniel, saliendo a encontrar al doctor Alcorta en el medio del patio, y oprimiéndole fuertemente la mano.

-Veamos a Belgrano, amigo mío -dijo Alcorta, apresurándose a cortar los agradecimientos de Daniel.

-Un momento -dijo éste, conduciéndole de la mano al aposento donde permanecía Amalia, mientras el viejo Pedro los seguía con una caja de jacarandá debajo del brazo-. ¿Ha traído usted, señor, cuanto cree necesario para la primera curación, como se lo supliqué en mi carta?

-Creo que sí -respondió Alcorta, haciendo una reverencia a Amalia-, lo único que necesitaré son vendajes.

Daniel miró a Amalia, y ésta partió volando a sus habitaciones.

-Este es el aposento que ha de ocupar Eduardo. ¿Cree usted que lo debemos traer aquí antes del reconocimiento?

-Es necesario -respondió Alcorta, tomando la caja de instrumentos de las manos de Pedro, y colocándola sobre una mesa.

-Pedro -dijo Daniel-, espere usted en el patio; o más bien, vaya usted a enseñar a Amalia cómo se cortan vendas para heridas: usted debe saber esto perfectamente. Ahora, señor, ya debo decir a usted lo que no le he dicho en mi carta: las heridas de Eduardo son "oficiales".

Una triste sonrisa vagó por el rostro noble, pálido y melancólico de Alcorta, hombre de treinta y ocho años apenas.

-¿Cree usted que no lo he comprendido ya? -respondió, y una nube de tristeza empañó ligeramente su semblante...- Veamos a Belgrano, Daniel -dijo después de algunos segundos de silencio.

Y Daniel atravesó con él el patio y entró a la sala por la puerta que daba al zaguán.

En este momento, Eduardo estaba al parecer dormido, aunque propiamente no era el sueño, sino el abatimiento de sus fuerzas, lo que le cerraba sus párpados.

Al ruido de los que entraban, Eduardo vuelve penosamente la cabeza y, al ver a Alcorta de pie junto al sofá, hace un esfuerzo para incorporarse.

-Quieto, Belgrano -dijo Alcorta con voz conmovida y llena de cariño-; quieto, aquí no hay otro que el médico.

Y sentándose a la orilla del sofá examinó el pulso de Eduardo por algunos segundos.

-¡Bueno! -dijo al fin-, vamos a llevarlo a su aposento.

A ese tiempo, entraban a la sala por el gabinete Amalia y Pedro. La joven traía en sus manos una porción de vendas de género de hilo no usado todavía, que habla cortado según las indicaciones del veterano.

-¿Le parecen a usted bien de este ancho, doctor? -preguntó Amalia.

-Sí, señora. Necesitaré una palangana con agua fría y una esponja.

-Todo hay en el aposento.

-Nada más, señora -dijo tomando las vendas de las manos de Amalia, cuyos ojos vieron en los de Eduardo la expresión del reconocimiento a sus oficiosos cuidados.

Inmediatamente Alcorta y Daniel colocaron a Eduardo en una silla de brazos, y ellos y Pedro lo condujeron a la habitación que se le había destinado, mientras Amalia quedó de pie en la sala sin atreverse a seguirlos.

Pálida, bella, oprimida por las sensaciones que habían invadido su espíritu esa noche, se echó en un sillón y empezó a separar con sus pequeñas manos los rizos de sus sienes, cual si

quisiese de ese modo despejar su cabeza de la multitud de ideas que habían puesto en confusión su pensamiento. Hospitalidad, peligros, sangre, abnegación, trabajo, compasión, admiración, todo esto había pasado por su espíritu en el espacio de una hora; y era demasiado para quien no había sentido en toda su vida impresiones tan imprevistas y violentas; y a quien la naturaleza, sin embargo, había dado una sensibilidad exquisita, y una imaginación poéticamente impresionable, en la cual las emociones y los acontecimientos de la vida podían ejercer, en el curso de un minuto, la misma influencia que en el espacio de un año, sobre otros temperamentos.

Y mientras ella comienza a darse cuenta de cuanto acaba de pasar por su espíritu, pasemos nosotros al aposento de Eduardo.

Desnudado con gran trabajo, porque la sangre había pegado al cuerpo sus vestidos, Alcorta pudo al fin reconocer las heridas.

-No es nada -dijo después de sondar la que encontró sobre el costado izquierdo-; la espada ha resbalado por las costillas sin interesar el pecho.

-Tampoco es de gravedad -continuó después de inspeccionar la que tenía sobre el hombro derecho-, el arma era bastante filosa y no ha destrozado.

-Veamos el muslo -prosiguió.

Y a su primera mirada sobre la herida, de diez pulgadas de extensión, la expresión del disgusto se marcó sobre la fisonomía elocuente del doctor Alcorta. Por cinco minutos a lo menos examinó con la mayor prolijidad los músculos partidos en lo interior de la herida, que corría a lo largo del muslo.

-¡Es un hachazo horrible! -exclamó-, pero ni un solo vaso ha sido interesado; hay gran destrozo solamente.

Y en seguida lavó él mismo las heridas, e hizo en ellas la curación que se llama de primera intención, no haciendo uso del cerato simple, ni de las hilas que había traído en su caja de instrumentos, sino simplemente de las vendas.

En este momento sintióse detenerse caballos frente al portón, y la atención de todos, a excepción de Alcorta, que siguió imperturbable el vendaje que hacía sobre el hombro de Eduardo, quedó suspendida.

-¿A él mismo entregó usted la carta? -preguntó Daniel dirigiéndose a Pedro.

-Sí, señor, a él mismo.

-Entonces salga usted a ver. Es imposible que sea otro que mi criado.

Un minuto después, volvió Pedro acompañado de un joven de diez y ocho a veinte años, blanco, de cabellos y ojos negros, de una fisonomía inteligente y picaresca, y que, a pesar de sus botas y corbata negra, estaba revelando cándidamente ser un hijo legítimo de nuestra campaña; es decir, un perfecto gauchito, sin chiripá ni calzoncillos.

-¿Has traído todo, Fermín? -le preguntó Daniel.

-No ha de faltar nada, señor -le contestó, poniendo sobre una silla un grueso atado de ropa.

Daniel se apresuró entonces a sacar del lío la ropa interior que necesitaba Eduardo y a vestirle con ella, pues en aquel momento el doctor Alcorta terminaba la primera curación. Y en seguida, entre los dos, colocaron a Eduardo sobre su lecho.

Daniel pasó al cuarto inmediato con Pedro y Fermín y en pocos momentos se lavó y mudó de pies a cabeza, con las ropas que le acababan de traer, sin dejar un minuto de dar a Pedro disposiciones sobre cuanto debía de hacer, relativas a los demás criados, a limpiar la sangre de la sala, a quemar las ropas ensangrentadas, etc.

Eduardo, entretanto, comunicaba a Alcorta en breves palabras los acontecimientos de tres horas antes, y Alcorta, reclinada su cabeza sobre su mano, apoyando su codo en la almohada, oía la horrible relación que le auguraba el principio de una época de sangre y de crímenes, que debía traer el duelo y el espanto a la infeliz Buenos Aires.

-¿Cree usted que ese Merlo ignore su nombre? -le preguntó a Eduardo.

-No sé si alguno de mis compañeros me nombró delante de él; no lo recuerdo. Pero si no es así, él no puede saberlo porque Oliden fue el único que se entendió con él.

-Eso me inquieta un poco -dijo Daniel, que acababa de oír la relación que hacía Eduardo-, pero todo lo aclararemos mañana.

-Es preciso mucha circunspección, amigos míos -dijo Alcorta-, y sobre todo, la menor confianza posible con los criados. A este acontecimiento pueden sobrevenir muchos otros.

-Nada sobrevendrá, señor. Sólo Dios ha podido conducirme al lugar en que Eduardo iba a perder la vida; y Dios no hace las cosas a medias. El acabará su obra tan felizmente como la ha empezado.

-¡Sí, creamos en Dios y en el porvenir! -dijo Alcorta paseando sus miradas de Eduardo Belgrano a Daniel Bello, dos de sus más queridos discípulos de filosofía, tres años antes, y en quienes veía en ese momento brotar los frutos de virtud y de abnegación, que en el espíritu de ellos habían sembrado sus lecciones.

-Es necesario que Belgrano descanse -continuó-. Antes del día sentirá la fiebre natural en estos casos. Mañana, al mediodía, volveré -dijo pasando su mano por la frente de Eduardo, como pudiera hacerlo un padre con un hijo, y tomando y oprimiendo su mano izquierda.

Después de esto, salió al patio acompañado de Daniel.

-¿Cree usted, señor, que no corre peligro la vida de Eduardo?

-Ninguno absolutamente; pero su curación podrá ser larga.

Y cambiando estas palabras llegaron a la sala, donde Alcorta había dejado su sombrero.

Amalia estaba en el mismo sillón en que la dejamos, apoyada su cabeza en su pequeña mano, cuyos dedos de rosa se perdían entre los rizos de su cabello castaño claro.

-Señor, esta señora es una prima hermana mía, Amalia Sáenz de Olabarrieta.

-En efecto -dijo Alcorta, después de cambiar con Amalia algunos cumplimientos, y sentándose al lado de ella-, en la fisonomía de entrambos hay muchos rasgos de familia; y creo no equivocarme al asegurar que entre ustedes hay también mucha afinidad de alma, pues observo, señora, que usted sufre en este momento porque ve sufrir; y esta impresionabilidad del alma, esta propensión simpática, es especial en Daniel.

Amalia se puso colorada sin comprender la causa, y respondió con palabras entrecortadas.

Daniel aprovechó el momento en que aquélla recibía de Alcorta las instrucciones higiénicas relativas al enfermo para ir de un salto al aposento de éste.

-Eduardo, yo necesito retirarme, y voy a acompañar a Alcorta. Pedro va a quedarse en este mismo aposento, por si algo necesitas. No podré volver hasta mañana a la noche. Es forzoso que me halle en la ciudad todo el día; pero mandaré a mi criado a saber de ti. ¿Me permites que dé al tuyo todas las instrucciones que yo considere necesarias?

-Haz cuanto quieras, Daniel, con tal que no comprometas a nadie en mi mala fortuna.

-¿Volvemos? Tú tienes más talento que yo, Eduardo, pero hay ciertas cosas en que yo valgo cien veces más que tú. Déjame hacer. ¿Tienes algo especial que recomendarme?

-Nada, ¿has hecho que tu prima se recoja?

-¡Adiós! ¿Ya empezamos a tener cuidados por mi prima?

-¡Loco! -dijo Eduardo sonriendo. Vete y consérvate para mi cariño.

-¡Hasta mañana!

-¡Hasta mañana!

Y los dos amigos se dieron un beso como dos hermanos.

Daniel hizo señas a Pedro y a Fermín, que permanecían en un rincón del aposento, y salió al patio con ellos.

-Fermín: toma esa caja de madera del doctor, y ten listos los caballos. Pedro: dejo al cuidado de mi prima la asistencia de Eduardo, y dejo confiada al valor de usted la defensa de su vida si sobreviniese algún accidente. Puede ser que los que asaltaron a Eduardo sean miembros de la Sociedad Popular, y puede ser también que algunos de ellos quieran vengar a los que ha muerto Eduardo, si por desgracia supiesen su paradero.

-Puede ser, señor, pero a la casa de la hija de mi coronel no se entra a degollar a nadie, sin matar primero al viejo Pedro, y para eso es necesario pelear un poco.

-¡Bravo! Así me gustan los hombres -dijo Daniel apretando la mano del soldado-. Cien como usted, y yo respondería de todo. Hasta mañana, pues. Cierre usted la verja y el portón cuando hayamos salido; ¡hasta mañana!

-¡Hasta mañana, señor!

Alcorta estaba ya de pie despidiéndose de Amalia, cuando volvió Daniel.

-¿Nos vamos ya, señor?

-Me voy yo; pero usted, Daniel, debe quedarse.

-Perdón, señor, tengo necesidad de ir a la ciudad y aprovecho esta circunstancia para que vayamos juntos.

-¡Bien, vamos, pues! -dijo Alcorta.

-Un momento, señor. Amalia: todo queda dispuesto; Fermín vendrá a mediodía a saber de Eduardo y yo estaré aquí a las siete de la noche. Ahora recógete. Muy temprano haz lo que te he prevenido, y nada temas.

-¡Oh! ¡Yo no temo sino por ti y por tu amigo! -le contestó Amalia, llena de animación.

-Lo creo, pero nada sucederá.

-¡Oh! ¡El señor Daniel Bello tiene grande influencia! -dijo Alcorta con una graciosa ironía, fijos sus ojos dulces y expresivos en la fisonomía de su discípulo, chispeante de imaginación y de talento.

-¡Protegido de los señores Anchorena, consejero de Su Excelencia el señor ministro Don Felipe y miembro corresponsal de la Sociedad Popular Restauradora! -dijo Daniel con tan afectada gravedad que no pudieron menos de soltar la risa Amalia y el doctor Alcorta.

-Ríanse ustedes -continuó Daniel-, pero yo no, pues sé prácticamente lo que esas condecoraciones sirven en mí para...

-Vamos, Daniel.

-Vamos, señor. Amalia, ¡hasta mañana!

E imprimió un beso en la mano que le extendió su prima.

-Buenas noches, doctor -dijo Amalia acompañándolos hasta el zaguán, de donde atravesaron el patio, y salieron por la puerta de hierro que daba a la quinta, doblando luego a la izquierda, y llegando al corredor del portón donde Fermín los esperaba con los caballos. Al pasar Daniel por la ventana del aposento de Eduardo que daba a la quinta, como se sabe, paróse y vio al viejo veterano de la Independencia sentado a la cabecera del herido.

Amalia, entretanto, no pudo volver a la sala sin echar desde el zaguán una mirada hacia el aposento en que reposaba su huésped. En seguida, volvióse paso a paso a sus habitaciones a esconder, entre la batista de su lecho, aquel cuerpo cuyas formas hubieran podido servir de modelo al Ticiano, y cuyo cutis, luciente como el raso, tenía el colorido de las rosas y parecía tener la suavidad de los jazmines.

Entretanto, maestro, discípulo y criado habían enfilado, a gran galope, la oscura y desierta calle Larga, y subiendo a la ciudad por aquella barranca de Balcarce que, doce años antes, había visto descender los escuadrones del general Lavalle para ir a sellar con sangre el origen de los males futuros de la patria, tiraron las riendas de sus caballos a la puerta de la casa del señor Alcorta, tras de San Juan, en la calle del Restaurador.

Allí, maestro y discípulo se despidieron, cambiando algunas palabras al oído: y Daniel, seguido de Fermín, tomó por el Mercado, salió a la calle de la Victoria, dobló a la izquierda, y, a poco andar, Fermín bajó de su caballo y abrió la puerta de una casa donde entró Daniel sin desmontarse. Era su casa.

Librodot

III
Las cartas

En el patio de su casa, Daniel dio su caballo a Fermín, y orden de no acostarse, y esperar hasta que le llamase. En seguida, alzó el picaporte de una puerta que daba al patio, y entró en un vasto aposento alumbrado por una lámpara de bronce y, tomándola, pasó a un gabinete inmediato, cuyas paredes estaban casi cubiertas por los estantes de una riquísima librería: eran el aposento y el gabinete de estudio de Daniel Bello.

Este joven, de veinte y cinco años de edad, de mediana estatura, pero perfectamente bien formado, de tez morena y habitualmente sonrosada, de cabello castaño y ojos pardos, frente espaciosa, nariz aguileña, labios un poco gruesos, pero de un carmín reluciente que hacía resaltar la blancura de unos lindísimos dientes; este joven, de una fisonomía en que estaba el sello elocuente de la inteligencia, como en sus ojos la expresión de la sensibilidad de su alma, era el hijo único de Don Antonio Bello, rico hacendado del Sur, cuyos intereses giraban en sociedad con los señores Anchorena, quienes por su inmensa fortuna y por sus relaciones de parentesco y de política con Rosas, gozaban, a esa época, de una alta reputación en el partido federal.

Don Antonio Bello era un hombre de campo, en la acepción que tiene entre nosotros esa palabra, y al mismo tiempo hombre honrado y sincero. Sus opiniones eran, desde mucho antes que Rosas, opiniones de federal; y, por la Federación, había sido partidario de López primeramente, de Dorrego después, y últimamente de Rosas; sin que por esto él pudiese explicarse la razón de sus antiguas opiniones; mal común a las nueve décimas partes de los federalistas, desde 1811, en que el coronel Artigas pronunció la palabra federación para rebelarse contra el gobierno general, hasta 1829, en que se valió de ella Don Juan Manuel Rosas para rebelarse contra Dios y contra el diablo.

Don Antonio Bello, sin embargo, tenía un amor más profundo que el de la Federación; y era el amor por su hijo. Su hijo era su orgullo, su ídolo; y, desde niño, empezó a prepararlo para la carrera de las letras, para hacerlo doctor, como decía el buen padre.

A la edad en que lo conocemos, Daniel había llegado de sus estudios al segundo año de jurisprudencia. Pero, por motivos que más tarde trataremos de conocer, hacía ya algunos meses que no asistía a la Universidad.

Vivía completamente solo en su casa, a excepción de aquellos días en que, como al presente, tenía huéspedes de la campaña que le recomendaba su padre.

Es probable que los sucesos nos vayan dando a conocer en adelante la vida y las relaciones de este joven, que después de entrar a su gabinete y colocar la lámpara sobre un escritorio, se dejó caer en un sillón volteriano, echó atrás su cabeza y quedó sumergido en una profunda meditación por espacio de un cuarto de hora.

-¡Sí! -dijo de repente, poniéndose de pie y separando con su mano los cabellos lacios de su frente. ¡No hay remedio, de este modo les tomo todos los caminos!

Y sin precipitación, pero como ajeno a la mínima duda, sin vacilación, sentóse a su escritorio y escribió las siguientes cartas, que leía con atención después de concluir cada una.

"5 de mayo, a las dos y media de la mañana.

Hoy tengo necesidad de tu talento, Florencia mía, como tengo siempre necesidad de tu amor, de tus caprichos, de tus enojos y reconciliaciones para conocer una felicidad suprema en mi existencia. Tú me has dicho, en algunos momentos en que sueles hablar con seriedad, que yo he educado tu corazón y tu cabeza: vamos a ver qué tal ha salido la discípula.

Necesito saber, cómo se explica en lo de Doña Agustina Rosas y en lo de Doña María Ezcurra un suceso ocurrido anoche por el Bajo de la Residencia: qué nombres se mezclan a él; de qué incidentes lo rodean; todo, en fin, cuanto sea relativo a ese acontecimiento.

A las dos de la tarde yo estaré en tu casa, donde espero encontrarte de vuelta de tu misión diplomática.

Librodot

Ten cuidado de Doña María Josefa; especialmente, no dejes delante de ella asomar el menor interés en conocer lo que deseas y que harás que te revele ella misma: he ahí tu talento.

Tú comprendes ya, alma de mi alma, que algo muy serio envuelve este asunto para mí; y tus enojos de anoche, tus caprichos de niña, no deben hacer parte en lo que importa al destino de - Daniel" . -¡Mi pobre Florencia! -exclamó el joven después de leer esta carta-. ¡Oh, pero ella es viva como la luz, y nadie penetra en su pensamiento cuando ella no lo quiere! Vamos a otra carta -continuó-, pero para ésta es necesario que el reloj esté adelantado algunas horas.Y escribió y leyó lo que sigue:

"5 de mayo de 1840, a las nueve de la mañana.

Señor Don Felipe Arana, etc., etc.

Mi distinguido amigo y señor: Mientras usted se desvela, y arrostra, con la energía propia de su carácter, todos los peligros de que está rodeado el gobierno, por la imposición y la intriga de sus enemigos, ciertas autoridades que, estando bajo la dependencia de usted, no dejan sin embargo de hacerle una guerra disfrazada, descuidan el cumplimiento de sus deberes.

La policía, por ejemplo, tiene más empeño en ostentar independencia de usted, que en velar aquello que únicamente la compete.

Sabe usted que en la semana anterior han emigrado cuarenta y tantos individuos, sin que la policía lo haya estorbado a pesar de sus poderosos medios; y que S.E. el Restaurador lo ha sabido por avisos de usted, a quien tuve el honor de comunicarle tal suceso. Pero basta que fuese usted quien lo comunicó a S.E. para que el señor Victorica se manifieste indolente.

Anoche, a las diez y media, me retiraba de la Boca para la ciudad, por el camino del Bajo, y a la altura de la casa del señor Mandeville, he visto una numerosa reunión de hombres que, por su inmediación a la orilla del río, creo que tenían el pensamiento de embarcarse, y que lo habrán efectuado. Y es el momento en que usted tome su desquite del señor Victorica, informando de esto a S.E. que, casi me atrevería a asegurarlo, si tiene conocimiento del hecho, no lo ha de tener del nombre de los prófugos, que a estas horas debería saberlo, si la policía imitase a usted en su actividad y celo.

Después de mediodía tendré el honor de hablar a usted personalmente, y me asiste la esperanza de poder ratificarme más en la alta idea que tengo de su talento y de su actividad, al ver que a esas horas ya sabrá usted, sin necesidad de la policía, todo cuanto ha ocurrido anoche, con detalles y nombres, si, como lo creo, mi presunción no es equivocada.

Y hasta entonces, saluda a usted con su acostumbrado respeto su atento y seguro servidor Q. B. S. M.- Daniel Bello" . -¡Ah, mi buen Don Felipe! -exclamó Daniel, riéndose como un niño después de la lectura de esta carta-. ¡Quién te diría alguna vez que, ni en chanza, te hablarían de actividad y de talento! Pero no hay nadie inútil en este mundo, y tú me has de servir para grandes cosas todavía. Vamos a la otra.

"5 de mayo 1840.

Señor Coronel Salomón.

Paisano y amigo: A mí me consta, como al que más, que la Federación no tiene una columna más robusta que usted, ni el heroico Restaurador de las Leyes, un amigo más fiel y decidido. Y es por eso que me disgusta oír entre algunas de las relaciones que frecuento, y que usted sabe poco más o menos quiénes son, que la Sociedad Popular, de que usted es digno presidente, no ayuda a la policía con toda la actividad que debiera, en perseguir los unitarios, que fugan todas las noches para ir a incorporarse al ejército de Lavalle.

El Restaurador debe estar disgustadísimo de esto; y yo, como amigo de usted, quisiera aconsejarle que hoy mismo reuniese en su casa los mejores federales que tiene la Sociedad, tanto para que le diesen cuenta de cuanto sepan respecto de los que se han ido últimamente, cuanto para acordar los medios de perseguir y escarmentar a los que quieran irse en adelante.

Yo mismo tendría mucho gusto en asistir a la reunión y en prepararle a usted un discurso federal para que entusiasmase a los defensores del Restaurador, como lo he hecho

otras veces, aun cuando usted es muy capaz de desempeñarse por sí solo, toda vez que se trate de nuestra santa causa de la Federación, y de la vida del ilustre Restaurador de las Leyes.

Si usted dispone la reunión federal, sírvase contestarme antes de las doce, y disponga de éste su atento servidor que lo saluda federalmente - Daniel Bello" . -Este hombre hará cuanto le digo -dijo Daniel después de escribir la carta, con un acento de completa confianza-. Este hombre y todos los demás de su especie, devorarían a Rosas sin saberlo ellos, si solamente hubiera tres hombres como yo que me ayudasen a conducirlos: uno en la campaña, otro en el ejército, otro cerca de Rosas, y yo en todas partes como Dios, o como el diablo... Me falta otra carta todavía -continuó, abriendo un secreto de su escritorio y sacando un papel lleno de signos convencionales, que consultaba a medida que escribía con ellos lo siguiente:

Buenos Aires, 5 de mayo de 1840.

Anoche han sido sorprendidos cinco de nuestros amigos a tiempo de embarcarse: Lynch, Riglos, Oliden, Maisson han sido víctimas, a lo menos así lo creo hasta este momento; uno ha escapado milagrosamente. Si por algún otro conducto tienen ustedes conocimiento de este suceso, no hagan uso absolutamente de ningún otro nombre que no sea de los que dejo escrito".

Y firmando con un signo especial, cerró esta carta y escribió en el sobre: "A. de G3-Montevideo".

Y poniendo esta carta bajo otro sobre, la colocó bajo su tintero de bronce, y tiró del cordón de una campanilla.

-Las cosas no andan buenas, Fermín -dijo Daniel fingiendo cierto aire de distracción y de indolencia mientras hablaba-. El enrolamiento es general, y voy a tener que empeñarme otra vez con el general Pinedo por tu papeleta de excepción, a no ser que tú quieras servir.

-¡Y cómo he de querer, señor! -dijo el criado, con esa entonación perezosa, habitual de los hijos del campo.

-Y sobre todo -continuó Daniel-, el servicio va a ser terrible. Es probable que el ejército tenga que andar por toda la República; y tú no estás acostumbrado a tales fatigas. Has nacido en la estancia de mi padre y te has criado a mi lado con todas las comodidades posibles. Yo creo que nunca te he dado que sentir.

-¡Que sentir, señor! -dijo Fermín con lágrimas en los ojos.

-Te tengo a mi servicio inmediato, porque deposito en ti una completa confianza. Tú eres en mi casa el amo de mis criados, gastas cuanto dinero quieres; y yo creo que nunca te he reconvenido ¿no es verdad?

-Es verdad, señor.

-Nunca hago venir un caballo para mí, sin pedir a mi padre otro para Fermín y hay pocos hombres en Buenos Aires que no tengan envidia de los caballos que montas. Así es que tendrías que sufrir mucho si te separasen de mi lado.

-Yo no sirvo, señor. Primero me hago matar que dejar a usted.

-¿Y te harías matar por mí en cualquier trance apurado en que yo me encontrase?

-¿Y cómo no, señor? -contestó Fermín con el acento más cándido y sincero de un joven de diez y ocho años, y que tiene en su pecho esa conciencia de su valor que parece innata a los que han respirado con la vida el aire de la pampa.

-Así lo creo -dijo Daniel-, y si yo no hubiese penetrado en el fondo de tu corazón hace mucho tiempo, sería bien digno de una mala fortuna, porque los tontos no deben conspirar.

Y pronunciando Daniel como para sí mismo esas últimas palabras, tomó las tres primeras cartas que había escrito, y continuó:

-Bien, Fermín, no te llevarán al servicio. Oye lo que voy a decirte: mañana a las nueve llevarás un ramo de flores a Florencia, y cuando salga a recibirlo le pondrás en la mano esta carta. Pasarás en seguida a casa del señor Don Felipe Arana, y le entregarás esta otra. Irás después a casa del coronel Salomón, y le entregarás esta otra carta. Ten mucho cuidado de leer los sobres al entregar las cartas.

-No hay cuidado, señor.

-Oye más.

-Diga usted, señor.

-De vuelta de tus diligencias, pasarás por lo de Marcelina.

-Aquella de...

-Aquella, sí; aquella a quien prohibiste que entrase de día a mi casa, y que tuviste razón para ello: le dirás, sin embargo, que venga inmediatamente a verme.

-Está muy bien.

-A las diez de la mañana estarás de vuelta y, si no me he levantado aún, me despertarás tú mismo.

-Sí, señor.

-Antes de salir, da orden que se me despierte si viene alguien a buscarme, cualquiera que sea.

-Muy bien, señor.

-Ahora, una sola palabra más, y vete a acostar. ¿No adivinas qué palabra será esa?

-Ya sé, señor -dijo Fermín con una marcada expresión de inteligencia en su fisonomía.

-Me alegro mucho de que lo sepas y que no lo olvides jamás. Para merecer mi confianza y mi generosidad, se necesita no tener boca, o tener una cabeza de hierro para libertarse de un momento de mal humor, debido a alguna indiscreción.

-No hay cuidado, señor.

-Bien, vete ahora.

Y Daniel cerró la puerta de su aposento que daba al patio, a las tres y cuarto de la mañana, de esa noche en que su espíritu y su cuerpo habían trabajado más que algunos otros hombres de gran nombre en el espacio de algunos años.

IV
La hora de comer

A la vez que ocurrían los sucesos que se acaban de conocer, en la noche del 4 de mayo, otros de mayor importancia tenían lugar en una célebre casa en la calle del Restaurador. Pero, para su más completa inteligencia, es necesario hacer revivir en la memoria del lector el cuadro político que representaba la República en esos momentos.

Era la época de crisis para la dictadura del general Rosas; y de ella debía bajar a su tumba, o levantarse más robusta y sanguinaria que nunca, según el desenlace futuro de los acontecimientos.

De tres fuentes surgían los peligros que rodeaban a Rosas: de la guerra civil, de la guerra oriental, de la cuestión francesa.

La Revolución del Sur, acaecida seis meses antes de la época con que da principio esta historia, había conducido repentinamente a Rosas al más eminente peligro de que se ha visto amenazado en su vida política. Pero el desgraciado suceso de esa revolución espontánea, sin plan y sin dirección, había, como sucede en tales casos, dado más vigor y petulancia al vencedor Rosas, a ese hijo predilecto de las casualidades, que debe su poder y su fortuna a las aberraciones de sus contrarios.

Dos fuertes golpes, sin embargo, hacían temblar desde su base el edificio de su poder: la derrota de su ejército en el Estado Oriental, y la empresa del general Lavalle sobre la provincia de Entre Ríos.

La victoria del Yeruá lleva al general libertador a imprimir el movimiento revolucionario en Corrientes; y, en efecto, el 6 de octubre de 1839, Corrientes se alza como un solo hombre, y proclama la revolución contra Rosas.

Los derrotados en Cagancha se refugian, entretanto, en la provincia de Entre Ríos, hacia la parte del Paraná y, con los refuerzos precipitados que les envía Rosas, un nuevo ejército se organiza, donde se encontraba con sus orientales el ex presidente Don Manuel Oribe.

El general Lavalle vuelve de la provincia de Corrientes y, con su ejército aumentado en número, en disciplina y en entusiasmo, da y gana la batalla de Don Cristóbal el 10 de abril de 1840; y arrincona en la Bajada los restos de ese segundo ejército, a quien una tempestad de dos días, que sobrevino en la noche de la batalla, salvó de una total derrota sobre el campo mismo del combate.

De otra parte, la tempestad revolucionaria centelleaba en Tucumán, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy.

La Sala de representantes de Tucumán, en ley de 7 de abril de ese año 1840, había cesado de reconocer en el carácter de gobernador de Buenos Aires al dictador don Juan Manuel de Rosas; y retirádole la autorización que por parte de esa provincia se le había conferido para el ejercicio de las relaciones exteriores.

El 13 de abril el pueblo salteño depone a su antiguo gobernador, elige otro provisionalmente, y desconoce a Rosas en el carácter de gobernador de Buenos Aires.

La Rioja, Catamarca y Jujuy, de un momento a otro, debían hacer igual declaración que las provincias de Tucumán y Salta.

Así, pues, de las catorce provincias que integran la República, siete de ellas estaban contra Rosas.

La provincia de Buenos Aires presentaba otro aspecto.

El sur de la campaña estaba debilitado por la copiosa emigración que sucedió al desastre de la revolución, y por las sangrientas venganzas de que acababa de ser víctima.

Al norte, la campaña estaba intacta, y rebosaba de descontentos. Rosas lo conocía, y no podía, sin embargo, dar un golpe sobre ella; porque no tenía allí caudillos ni campeones conocidos; había ese rumor sordo, ese malestar sensible que indica siempre la cercanía de las

grandes conmociones publicas, que tienen su origen en alguna situación común que pesa sobre todos.

Rosas quería atender a todas partes, pero en todas partes era más pequeño que los sucesos que afrontaba, y sólo su audacia le inspiraba confianza.

En los últimos días de marzo, el general Lamadrid había sido enviado por Rosas a consolidar su quebrantado poder en las provincias revolucionadas. Pero, casi solo, el valor personal del antiguo contendor de Quiroga no era suficiente para la empresa que se le confiaba, y tuvo que demorarse en Córdoba para reclutar algunos soldados.

Para auxiliar a Echagüe y a Oribe en la provincia de Entre Ríos, acaba Rosas por arrojar el guante a la paciencia del pueblo de Buenos Aires; y en los meses de marzo y abril hace ejecutar esa escandalosa leva de ciudadanos de todas clases, de todas las edades, de todas las profesiones, que no fuesen federales conocidos; y que debían elegir entre marchar al ejército como soldados veteranos, o a dar en dinero el valor de dos, diez y hasta cuarenta personeros, debiendo, entre tanto, permanecer en las cárceles o en los cuarteles.

Este primer anuncio de la época del terror que comenzaba, por una parte; y por otra el entusiasmo, la fiebre patria que agitaba el espíritu de la juventud, al ruido de las victorias del ejército libertador, y la propaganda de la prensa de Montevideo, daban origen a la numerosa y distinguida emigración que dejaba las playas de Buenos Aires por entre los puñales de la Mazorca.

La ciudad estaba desierta. Los que huían de los personeros se ocultaban; los que tenían valor y medios, emigraban.

Para resistir a Lavalle, vencedor en dos batallas, Rosas tenía apenas unos restos de ejército encajonados contra el Paraná, en la provincia de Entre Ríos.

Para contener las provincias, sólo podía enviar en auxilio de sus partidarios en ellas al general Lamadrid en el estado en que se ha visto.

Para la provincia de Buenos Aires sólo contaba con su hermano Prudencio, Granada, González, Ramírez, al frente de pequeñas divisiones sin moral y sin disciplina.

Y para aterrorizar la capital, sólo contaba con la Mazorca.

Otros peligros todavía mayores le amenazaban aún, hasta la época en que nos encontramos.

El general Rivera, embelesado con su victoria de Cagancha, no hacía sino pasearse con su ejército de un punto al otro en la República Uruguaya, sin ir a buscar sobre el territorio de su enemigo los resultados provechosos de aquella acción. Pequeñeces de carácter quizá, que la historia sabrá revelar más tarde, estorbaban la unidad de acción entre los dos generales a quienes la victoria acababa de favorecer. Pero el pronunciamiento del pueblo oriental era inequívoco. Desde el primer hombre de Estado hasta el último ciudadano, comprendían la necesidad de obrar enérgicamente contra Rosas; y el noble deseo de contribuir a la libertad argentina, no entusiasmaba menos a los orientales en esos momentos, que a los mismos hijos de la República. Era sólo el general Rivera el responsable de su inacción. Pero aquella opinión tan pronunciada hacía esperar que de un momento a otro se diese principio a la simultaneidad de las operaciones militares, y Rosas no podía menos de creerlo así. Ultimamente, estaba el poder de la Francia delante del dictador.

Desde la ascensión del general Rivera a la presidencia de la República, una alianza de hecho se había establecido entre ese general y las autoridades francesas en el Plata, para resistir y hostilizar al enemigo común.

Las concesiones más importantes habían tenido lugar recíprocamente entre ambos; y hasta ese momento la buena fe y la lealtad eran los distintivos del gobierno de la República y de aquellas autoridades en sus operaciones contra Rosas.

La susceptibilidad nacional de los emigrados argentinos habíase alarmado al principio de la cuestión francesa. Creían de su deber, los más moderados, mantenerse neutrales en una cuestión internacional que se discutía con el gobierno de su país, fuese cual fuese el sistema

Librodot

interior de ese gobierno, y los más celosos de su nacionalidad, como el cantor de Ituzaingó, por ejemplo, hablaban sin reserva de la audacia extranjera.

Las repetidas y francas declaraciones del gobierno y los agentes de la Francia en el Plata, no tardaron, sin embargo, en traer el convencimiento a los emigrados, de que no se trataba de ofender a la dignidad de la nación argentina; ni de querer atentar a ninguno de sus derechos permanentes; que se trataba solamente de obligar a un déspota a respetar principios universalmente reconocidos; y empezó a establecerse entonces, primero la amistad, y después una verdadera alianza de hecho, entre las autoridades francesas y los emigrados, contra el enemigo común.

La República Oriental, pues, la emigración argentina y el poder francés en el Plata obraban de acuerdo en sus operaciones contra Rosas.

Pero a la época en que presentamos los sucesos de esta obra, la política francesa en el Plata empezaba a sufrir ciertas variaciones alarmantes.

Al señor Roger había reemplazado el señor Bouchet de Martigny, y al almirante Le Blanc, el contraalmirante Dupotet.

Bajo el mando de este último, el bloqueo había sido levantado de todo el litoral de Buenos Aires, fuera del Río de la Plata, y limitádose a lo que quedaba dentro de su embocadura en el Océano.

Esta medida debilitaba prodigiosamente los efectos del bloqueo. Y durante el mando de aquel jefe se sintieron los primeros síntomas de desconfianza en los enemigos de Rosas.

Desde la mediación del comodoro americano Nicholson, en abril de 1839, no se había hablado de proposiciones de arreglo. Pero a bordo del buque de Su Majestad Británica, la Acteon tuvo lugar una entrevista, el 28 de febrero de 1840, del señor Mandeville, Don Felipe Arana y el contraalmirante francés. Y de este triunvirato nacieron alarmantes sospechas. Sin embargo, el señor Bouchet de Martigny era el encargado de entenderse diplomáticamente con Rosas, y él no tenía instrucciones que pudieran hacer declinar las proposiciones del ultimatum de Mr. Roger. Y así se le vio, un mes después de la entrevista en la Acteon , desechar las proposiciones atrevidas del dictador de Buenos Aires sobre una transacción. Y era el señor Martigny quien, a la vez que sabía defender intransigentemente en estas regiones los derechos y el crédito de su país, cuyo gobierno les prestaba tan débil atención, cooperaba y fomentaba, con indecible actividad y entusiasmo, las empresas de los aliados de la Francia contra Rosas.

Y él, poniendo en acción los elementos de la Francia en el Plata; la República Oriental, amenazando con la invasión de sus armas; el general Lavalle, sobre el Paraná, precedido de dos victorias; al norte de la República, Tucumán, Salta y Jujuy; al oeste, hasta la falda de la cordillera, Catamarca y La Rioja en pie, proclamando y sosteniendo la revolución; el norte de la provincia de Buenos Aires, pronto a conmoverse a la aparición del primer apoyo que se le presentase; la ciudad, hostigada por la opresión y desbordándose sobre el Plata para emigrar a la ribera opuesta, eran todos estos los rasgos de ese inmenso cuadro de peligros que se ofrecía a los ojos del dictador. Todo el horizonte de su gobierno se encapotaba. Y sólo alguna que otra palabra consoladora recibía de la Inglaterra, por boca del caballero Mandeville, en lo que hacía relación con el bloqueo francés. Pero la Inglaterra, a pesar de los mejores deseos hacia Rosas que animaban a su representante en Buenos Aires, no podía desconocer el derecho de la Francia para mantener su bloqueo en el Plata, aun cuando el comercio inglés se resentía de esa larga interdicción que sufría uno de los más ricos mercados de la América Meridional.

De una situación semejante sólo la fortuna podía libertar a Rosas; pues de aquélla no se podía deducir lógica y naturalmente sino su ruina próxima.

El trabajaba, sin embargo; acudía a todas partes con los elementos y los hombres de que podía disponer. Pero se puede repetir que sólo esa reunión de circunstancias prósperas e inesperadas que se llama fortuna era lo único con que podía contar Rosas en los momentos que describimos: tal era pues su situación en la noche en que acaecieron los sucesos que se conocen ya. Y es durante ellos, es decir, a las doce de la noche del 4 de mayo de 1840, que nos introducimos con el lector a una casa, en la calle del Restaurador.

Librodot

En el zaguán de esa casa, completamente oscuro, había, tendidos en el suelo, y envueltos en su poncho, dos gauchos y ocho indios de la Pampa, armados de tercerola y sable, como otros tantos perros de presa que estuviesen velando la mal cerrada puerta de la calle.

Un inmenso patio cuadrado y sin ningún farol que le diese luz, dejaba ver la que se proyectaba por la rendija de una puerta a la izquierda, que daba a un cuarto con una mesa en el medio, que contenía solamente un candelero con una vela de sebo, y unas cuantas sillas ordinarias, donde estaban, más bien tendidos que sentados, tres hombres de espeso bigote, con el poncho puesto y el sable a la cintura, y con esa cierta expresión en la fisonomía que dan los primeros indicios a los agentes de la policía secreta de París o Londres, cuando andan a caza de los que se escapan de galeras, o de forajidos que han de entrar en ellas.

Del zaguán doblando a la derecha, se abría el muro que cuadraba el patio, por un angosto pasadizo con una puerta a la derecha, otra al fondo, y otra a la izquierda. Esta última daba entrada a un cuarto sin comunicación, donde estaba sentado un hombre vestido de negro, y en una posición meditabunda. La puerta del fondo del pasadizo daba entrada a una cocina estrecha y ennegrecida; y la puerta de la derecha, por fin, conducía a una especie de antecámara que se comunicaba con otra habitación de mayores dimensiones, en la que se veía una mesa cuadrada, cubierta con una carpeta de bayeta grana, unas cuantas sillas arrimadas a la pared, una montura completa en un rincón; y algo más que describiremos dentro de un momento. Esta habitación recibía las luces por dos ventanas cubiertas por celosías, que daban a la calle; y por el tabique de la izquierda se comunicaba con un dormitorio, como éste a su vez con varias otras habitaciones que cuadraban el patio a la derecha. En una de ellas, alumbrada, como todas las otras, por algunas velas de sebo, se veía una mujer dormida sobre una cama, pero completamente vestida, y cuyo traje abrochado hacía dificultosa su respiración.

En el cuarto de la mesa cuadrada había cuatro hombres en derredor de ella.

El primero era un hombre grueso, como de cuarenta y ocho años de edad, sus mejillas carnudas y rosadas, labios contraídos, frente alta pero angosta, ojos pequeños y encapotados por el párpado superior, y de un conjunto, sin embargo, más bien agradable pero chocante a la vista. Este hombre estaba vestido con un calzón de paño negro, muy ancho, una chapona color pasa, una corbata negra con una sola vuelta al cuello, y un sombrero de paja cuyas anchas alas le cubrirían el rostro, a no estar en aquel momento enroscada hacia arriba la parte que daba sobre su frente.

Los otros tres hombres eran jóvenes de veinticinco a treinta años, vestidos modestamente, y dos de ellos excesivamente pálidos y ojerosos.

El hombre de sombrero de paja leía un montón de cartas que tenía delante, y los jóvenes escribían.

En un ángulo de esta habitación se veía otra figura humana, y al parecer con vida. Era ella la de un viejecito de sesenta a sesenta y dos años de edad, de fisonomía enjuta, escuálida, sobre la que caían los guedejas de un desordenado cabello, casi blanco todo él, y cuyo cuerpo flaco, y algo contrahecho, por la elevación del hombro izquierdo sobre el derecho, estaba vestido con una casaca militar de paño grana, cuyas charreteras cobrizas, con sus canelones más decrépitos que el portador de ellas, caían de los hombros, la una hacia el pecho y la otra hacia la espalda. Una faja de seda roja, rala y mugrienta como la casaca, le ataba a la cintura un espadín, que parecía heredado de los primeros cabildantes del virreinato; y un pantalón de color indefinible, y unas botas lustradas con barro, completaban la parte ostensible del vestido de aquel hombre, que sólo mostraba señales de vida por las cabezadas que daba, en la terrible lucha que había emprendido con el sueño.

En el ángulo opuesto, hacia espaldas del hombre del sombrero de paja, había en el suelo el cuerpo de un hombre, enroscado como una boa. Era ese hombre un mulato gordo y bajo al parecer, pero indudablemente vestido con el manteo de un sacerdote, y que dormía, tendido y pegando sus rodillas contra el pecho, un sueño profundísimo y tranquilo.

El silencio era sepulcral. Pero de repente uno de los escribientes levanta la cabeza y pone la pluma en el tintero.

-¿Acabó usted? -dice el hombre del sombrero de paja, dirigiéndose al joven.

-Sí, Excelentísimo señor.

-A ver, lea usted.

-"En la provincia de Tucumán: Marco M. de Avellaneda, José Toribio del Corro, Piedrabuena (Bernabé),José Colombres. Por la provincia de Salta: Toribio Tedín, Juan Francisco Valdez, Bernabé López Sola".

-¿No hay más?

-No, Excelentísimo Señor. Esos son los nombres de los salvajes unitarios que firman los documentos de 7 y 10 de abril, de la provincia de Tucumán; y 13 del mismo, de la provincia de Salta.

-¡En que se me desconoce por gobernador de Buenos Aires, y se me despoja del ejercicio de las relaciones exteriores! -dijo con una sonrisa indefinible ese hombre a quien daban el título de Excelentísimo, y que no era otro que el general Don Juan Manuel Rosas, dictador argentino.

-Lea usted los extractos de las comunicaciones recibidas hoy -continuó.

-"De La Rioja, con fecha 15 de abril, se comunica que los traidores Brizuela, titulado gobernador, y Francisco Ersilbengoa, titulado secretario, en logia con Juan Antonio Carmona, y Lorenzo Antonio Blanco, titulados presidente y secretario de la Sala, se preparan a sancionar una titulada ley, en la cual se desconocerá en el carácter de gobernador de Buenos Aires, encargado de las Relaciones Exteriores, al Ilustre Restaurador de las Leyes, gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, brigadier don Juan Manuel de Rosas; y todo esto por sugestiones del cabecilla unitario Marco Avellaneda, titulado jefe de la Liga del Norte". -¡Brizuela! ¡Ersilbengoa! ¡Carmona! ¡Blanco! -repitió Rosas con los ojos clavados en la carpeta colorada, como si quisiera grabar con fierro en su memoria los nombres que acababa de oír y repetía...-. Continúe usted -dijo después de un momento de silencio.

-"De Catamarca, con fecha 16 de abril, comunican que el salvaje unitario Antonio Dulce, titulado presidente de la Sala, y José Cubas, titulado gobernador, se proponen publicar una titulada ley en la que se llamará tirano al Ilustre Restaurador de las Leyes, gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, brigadier Don Juan Manuel de Rosas.

-¡Yo les daré dulces ! -exclamó Rosas, contrayendo sus labios, y dilatándose las ventanas de su nariz-. A ver -continuó dirigiéndose a otro de los escribientes que acababa de poner la pluma sobre el tintero-; a ver, déme usted la acta de Jujuy, de 13 del abril. Muy bien; lea usted ahora la copia de los nombres que la firman.

Y el escribiente leyó los siguientes nombres, mientras Rosas hacía el cotejo con los que estaban en la acta que tenía en su mano: "Roque Alvarado, Rufino Valle, Francisco N. Carrillo, Pedro José de Sarverri, Pedro Sáenz, Benito S. de Bustamante, José Ignacio de Guerrico, Ignacio Segurola, Isidro Graña, José Tello, Pedro Ferreira, Juan Arroyo, José Rodríguez, Pedro Jerez, Pascual Blas, Juan Bautista Pérez, Manuel Sagardia, Mariano Fernández, Manuel J. de Moral, José L. Villar, Hilarión Echenique, Blas Agudo, Pedro Antonio Gogénola, Pedro Alberto Puch, Restituto Zenarruza, Juan Manuel Gogénola, Tomás Games, Estanislao Echavarría, Gabino Pérez, Policarpo del Moral, Jacinto Guerrero, Rafael Alvarado, doctor Andrés Zenarruza, Gabriel Marquierguy, José Cuevas Aguirre, Antonio Valle, Sandalio Ferreira, Prudencio Estrada, Natalio Herrera, José Pío Ramos, Pedro Antonio de Aguirre, Carlos Aguirre, secretario".

-Está bien -dijo Rosas volviendo el acta al escribiente-. ¿Bajo qué rótulo va usted a poner esto?

-"Comunicaciones de las provincias dominadas por los unitarios", como Vuecelencia lo ha dispuesto...

-Yo no he dispuesto eso; vuelva usted a repetirlo.

-"Comunicaciones de las provincias dominadas por los traidores unitarios" -dijo el joven empalideciendo hasta los ojos.

-Yo no he dicho eso; vuelva usted a repetirlo.

-Pero, señor.

-¡Qué señor! A ver, diga usted fuerte para que no se le olvide más: "Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios".

-"Comunicaciones de las provincias dominadas por los salvajes unitarios" -repitió el joven con un acento nervioso y metálico que hizo abrir los ojos al viejecito de la casaca colorada, que en aquel momento se había dormido profundamente.

-Así quiero que se llamen en adelante; así lo he mandado ya. "Salvajes", ¿oye usted?

-Sí, Excelentísirno señor, salvajes.

-¿Concluyó usted? -preguntó Rosas dirigiéndose al tercer escribiente.

-Ya está, Excelentísimo señor.

-Lea usted.

Y el escribiente leyó:

"¡Viva la Confederación Argentina!

¡Mueran los salvajes unitarios!

Buenos Aires, 4 del mes de América de 1840, año 31 de la Libertad, 25 de la Independencia, y 11 de la Confederación Argentina.

El General Edecán de Su Excelencia al Comandante en jefe del número 2, coronel Don Antonio Ramírez.

El infrascripto ha recibido orden del Excelentísimo Gobernador de la Provincia, nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier Don Juan Manuel de Rosas, para avisar a Usía que Su Excelencia ha dispuesto que, al comunicar Usía el número de tropas de que se compone la división, diga siempre el doble, debiendo informar que la mitad es de línea, y que toda se halla animada de un santo entusiasmo federal.

Lo que deberá Usía tener muy presente en adelante.

Dios guarde a Usía muchos años".

-Eso es -dijo Rosas tomando el oficio que le presentaba el escribiente. ¡Eh! -gritó en seguida dirigiendo sus ojos y su voz al lugar donde cabeceaba el viejo de la casaca grana, que, como tocado por una barra eléctrica, se puso de pie y se encaminó a la mesa, con el espadín hacia el espinazo, y una charretera sobre el pecho y la otra sobre la espalda-. Ya se había dormido, viejo flojo, ¿no es verdad?

-Su Excelencia, perdone...

-Déjese de perdón, y firme acá.

Y tomando el viejo la pluma que le presentaba Rosas, escribió al pie del oficio, y con una letra trémula: Manuel Corvalán.

-Bien pudo aprender a escribir mejor cuando estuvo en Mendoza -dijo Rosas, riéndose de la letra de Corvalán, quien no le contestó una sola palabra, quedándose de pie como una estatua al lado de la mesa-. Dígame, señor general Corvalán -continuó Rosas todavía sonriéndose-, ¿qué le contestó Simón Pereira?

-Que los paños de tropa no se podían conseguir hoy al mismo precio que los anteriores, sino a un treinta por ciento más.

-¡Mire! -dijo Rosas dándose vuelta en la silla y poniéndose cara a cara con Corvalán-. Mañana a las doce vaya usted a verlo, y, delante de todos los que están con él, hágale así de mi parte, repitiéndole en cada vez, que yo se lo mando. ¿Ha oído?

-Sí, Excelentísimo señor.

-¿A ver, cómo lo va a hacer?

-El Señor Gobernador le manda a usted esto... El Señor Gobernador le manda a usted esto... El Señor Gobernador le manda a usted esto...

Y al fin de la oración, Corvalán daba un golpe con la mano abierta sobre la mitad del brazo opuesto. Rosas soltó una carcajada; los escribientes sonrieron, pero el edecán de Su Excelencia permaneció con una fisonomía inconmovible.

-Dígame, general, ¿a qué hora vino el médico que está ahí?

-A las doce del día, Excelentísimo señor.

-¿Ha pedido algo?

-Un vaso de agua una vez, y fuego dos veces.

-¿Ha dicho algo?

-Nada, señor.

-Bueno; llévele este oficio que me pasó ayer, y dígale que lo rehaga y ponga la raya marginal que le falta, y que otra vez no se olvide de las disposiciones del gobierno.

-¿Y lo dejo retirarse?

-Sí, ya ha estado doce horas sin comer, y con miedo, para que aprenda a respetar otra vez lo que yo mando.

Y Corvalán salió a cumplir las órdenes recibidas con aquel hombre vestido de negro que encontramos en el cuarto a la izquierda del pasadizo.

-¿Las comunicaciones de Montevideo están extractadas? -preguntó Rosas a uno de los escribientes.

-Sí, Excelentísimo Señor.

-¿Los avisos recibidos por la policía?

-Están apuntados.

-¿A qué hora debía ser el embarco esta noche?

-A las diez.

-¡Son las doce y cuarto! -dijo Rosas mirando su reloj y levantándose-. Habrán tenido miedo. Pueden ustedes retirarse. Pero ¿qué diablos es esto? -exclamó reparando en el hombre que dormía enroscado en un rincón del cuarto envuelto en un manteo-. ¡Ah, Padre Viguá! Recuérdese Su Reverencia -dijo, dando una fortísima patada sobre los lomos del hombre a quien llamaban Su Reverencia, que, dando un chillido espantoso, se puso de pie enredado en el manteo. Y los escribientes salieron uno en pos de otro, festejando con un semblante risueño la gracia de Su Excelencia el gobernador.

Rosas quedó cara a cara con un mulato de baja estatura, gordo, ancho de espaldas, de cabeza enorme, frente plana y estrecha, carrillos carnudos, nariz corta, y en cuyo conjunto de facciones informes estaba pintada la degeneración de la inteligencia humana, y el sello de la imbecilidad.

Este hombre, tal como se acaba de describir, estaba vestido de clérigo, y era uno de los dos estúpidos con que Rosas se divertía.

Dolorido y estupefacto, el pobre mulato, miraba a su amo y se rascaba la espalda, y Rosas se reía al contemplarlo, cuando entró de vuelta el general Corvalán.

-Qué le parece a usted, Su Paternidad estaba durmiendo mientras yo trabajaba.

-Muy mal hecho -contestó el edecán con su siempre inamovible fisonomía.

-Y porque lo he despertado se ha puesto serio.

-Me pegó -dijo el mulato con voz ronca y quejumbrosa, y abriendo dos labios color de hígado, dentro los cuales se veían unos dientes chiquitos y puntiagudos.

-Eso no es nada, Padre Viguá, ahora con lo que comamos se ha de mejorar Su Paternidad. ¿Se fue el médico, Corvalán?

-Sí, señor.

-¿No dijo nada?

-Nada.

-¿Cómo está la casa?

-Hay ocho hombres en el zaguán, tres ayudantes en la oficina, y cincuenta hombres en el corralón.

-Está bueno; retírese a la oficina.

-¿Si viene el jefe de policía?

-Que le diga a usted lo que quiere.

-Si viene...

-Si viene el diablo, que le diga a usted lo que quiere -le interrumpió Rosas bruscamente.

-Está muy bien, Excelentísimo señor.

-Oiga usted.

-¿Señor?

-Si viene Cuitiño, avíseme.

-Está muy bien.

-Retírese... ¿Quiere comer?

-Doy las gracias a Su Excelencia; ya he cenado.

-Mejor para usted.

Y Corvalán fuese con sus charreteras y su espadín a reunir con los hombres que estaban tendidos sobre las sillas, en aquel cuarto de la izquierda del patio, que ya el lector conoce, y al que el edecán de Su Excelencia acababa de dar el nombre de oficina; tal vez porque al principio de su administración, Rosas había instalado en ese cuarto la comisaría de campaña, aun cuando al presente sólo servía para fumar y dormitar los ayudantes de ese hombre que, como invertía los principios políticos y civiles de una sociedad, invertía el tiempo, haciendo de la noche día para su trabajo, su comida y sus placeres.

-¡Manuela! -gritó Rosas luego que salió Corvalán, entrando al cuarto contiguo, donde ardía una vela de sebo cuyo pabilo carbonizado dejaba esparcir apenas una débil y amarillenta claridad.

-¡Tatita! -contestó una voz que venía de una pieza interior. Un segundo después apareció aquella mujer que encontramos durmiendo sobre una cama, sin desvestirse.

Era esa mujer una joven de veintidós a veintitrés años, alta, algo delgada, de un talle y de unas formas graciosas, y con una fisonomía que podría llamarse bella, si la palabra "interesante" no fuese más análoga para clasificarla.

El color de su tez era ese pálido oscuro que distingue comúnmente a las personas de temperamento nervioso, y en cuyos seres la vida vive más en el espíritu que en el cuerpo. Su frente, poco espaciosa, era, sin embargo, fina, descarnada y redonda; y su cabello, castaño oscuro, tirado tras de la oreja, dejaba descubrir los perfiles de una cabeza inteligente y bella. Sus ojos, algo más oscuros que su cabello, eran pequeños pero animados e inquietos. Su nariz, recta y perfilada, su boca, grande, pero fresca y bien rasgada, y, por último, una expresión picante en la animada fisonomía de esta joven, hacía de ella una de esas mujeres a cuyo lado los hombres tienen menos prudencia que amor, y más placer que entusiasmo. Se ha observado generalmente, que las mujeres delgadas, pálidas, de formas ligeramente pronunciadas y de temperamento nervioso, poseen cierto secreto de voluptuosidad instintiva que impresiona fácilmente la sangre y la imaginación de los hombres; en contrario de esa impresión puramente espiritual, que reciben de las mujeres en quienes su tez blanca y rosada, sus ojos tranquilos y su fisonomía cándida revelan cierta lasitud de espíritu, por la cual los profanos las llaman indiferentes, y los poetas, ángeles.

Su vestido de merino color guinda, perfectamente ceñido al cuerpo, le delineaba un talle redondo y fino, y le dejaba descubiertos unos hombros, que sin ser los hombros poetizados de María Stuart, bien pudieran pasar por hombros tan suaves y redondos, que la sien del más altivo unitario no dejaría de aceptarlos para reclinarse en ellos un momento, en horas de aquel tiempo en que la vida era fatigada por tantas y tan diversas impresiones.

Y fue así que se le presentó a Rosas esa mujer; esa mujer que era su hija y a quien saludó diciéndole:

-Ya estabas durmiendo, ¿no? Todavía te he de casar con Viguá para que duerman hasta que se mueran. ¿Estuvo María Josefa?

-Sí, tatita, estuvo hasta las diez y media.

-¿Y quién más?

-Doña Pascuala y Pascualita.

-¿Con quién se fueron?

-Mansilla las acompañó.

-¿Nadie más ha venido?

-Picolet.

-¡Ah! El carcamán te hace la corte.

-A usted, tatita.

-¿Y el gringo no ha venido?

-No, señor. Esta noche tiene una pequeña reunión en su casa para oír tocar el piano no sé a quien.

-¿Y quiénes han ido?

-Creo, que son ingleses todos.

-¡Bonitos han de estar a estas horas!

-¿Quiere usted comer, tatita?

-Sí, pide la comida.

Y Manuela volvió a las piezas interiores, mientras Rosas se sentó a la orilla de una cama, que era la suya, y con las manos se sacó las botas, poniendo en el suelo sus pies sin medias, tales como habían estado dentro de aquéllas; se agachó, sacó un par de zapatos de debajo la cama, volvió a sentarse, y, después de acariciar con sus manos sus pies desnudos, se calzó los zapatos. Metió luego la mano por entre la pretina de los calzones, y levantando una finísima cota de malla que le cubría el cuerpo hasta el vientre, llevó la mano hasta el costado izquierdo, y se entretuvo en rascarse esa parte del pecho, por cuatro o cinco minutos a lo menos; sintiendo con ello un verdadero placer, esa organización en quien predominan admirablemente todos los instintos animales.

No tardó en aparecer la joven hija de Rosas, a prevenir a su padre que la comida estaba en la mesa.

En efecto, estaba servida en la pieza inmediata, y se componía de un grande asado de vaca, un pato asado, una fuente de natas y un plato de dulce. En cuanto a vinos, había dos botellas de Burdeos delante de uno de los cubiertos. Y una mulata vieja, que no era otra que la antigua y única cocinera de Rosas, estaba de pie para servir a la mesa.

Rosas llamó con un fuerte grito a Viguá, que había quedado durmiéndose contra la pared del gabinete de Su Excelencia, y fue a sentarse con su hija a la mesa de su comida nocturna.

-¿Quieres asado? -dijo a Manuela cortando una enorme tajada que colocó en su plato.

-No, tatita.

-Entonces come pato.

Y mientras la joven cortó un alón del ave y lo descarnaba más bien por entretenimiento que otra cosa, su padre comía tajada sobre tajada de carne, rociando los bocados con repetidos tragos.

-Siéntese Su Paternidad -dijo a Viguá, que con los ojos devoraba las viandas, y que no esperó segunda vez la invitación que se le hacía-. Sírvelo, Manuela.

Y ésta puso en un plato una costilla de asado, que pasó al mulato, quien al tomarla miró a Manuela con una expresión de enojo salvaje, que no pasó inadvertida a Rosas.

-¿Qué tiene, Padre Viguá? ¿Por qué mira a mi hija con esa cara tan fea?

-Me da un hueso -contestó el mulato, metiéndose a la boca un enorme pedazo de pan.

-¡Cómo es eso! ¿Tú no cuidas al que te ha de echar la bendición cuando te cases con el ilustrísimo señor Gómez de Castro, fidalgo portugués, que le dio ayer dos reales a Su Paternidad? Has hecho muy mal, Manuela; levántate y bésale la mano para desenojarlo.

-Bueno, mañana le besaré la mano a Su Paternidad -dijo Manuela sonriendo.

-No, ahora mismo.

-¡Qué ocurrencia, tatita! -replicó la joven entre seria y risueña, como dudando de la verdadera intención de su padre.

-Manuela, dale un beso en la mano a Su Paternidad.

-Yo, no.

-Tú, sí.

-¡Tatita!

-Padre Viguá, levántese Su Reverencia y déle un beso en la boca.

El mulato se levantó, arrancando con los dientes un pedazo de carne de la costilla que tenía en sus manos, y Manuela clavó en él sus ojos chispeantes de altanería, de despecho, de rabia; ojos que habrían fascinado aquella máquina de estupidez y abyección, sin la presencia alentadora de Rosas. El mulato se acercó a la joven, y ella, pasando de la primera inspiración del orgullo al abatimiento de la impotencia, escondió su rostro entre sus manos para defenderlo con ellas de la profanación a que le condenaba su padre. Pero esta débil y pequeña defensa de su rostro no alcanzaba hasta su cabeza, y el mulato, que tenía más ganas de comer que de besar, se contentó con poner sus labios grasientos sobre el fino y lustroso cabello de la joven.

-¡Qué bruto es Su Reverencia! -exclamó Rosas riéndose a carcajada suelta-. Así no se besa a las mujeres. ¿Y tú? ¡Bah, la mojigata! Si fuera un buen mozo no le tendrías asco.

Y se echó un vaso de vino a la garganta, mientras su hija, colorada hasta las orejas, enjugaba con los párpados una lágrima que el despecho le hacía brotar por sus claros y vivísimos ojos.

Rosas comía entretanto con un apetito tal, que revelaba bien las fibras vigorosas de su estómago, y la buena salud de aquella organización privilegiada, en quien las tareas del espíritu suplían la actividad que le faltaba al presente.

Luego del asado comióse el pato, la fuente de nata y el dulce.

Y siempre cambiando palabras con Viguá, a quien de vez en cuando tiraba una tajada, acabó por dirigirse a su hija, que guardaba silencio con los labios, mientras bien claro se descubría en las alteraciones fugitivas de su semblante, la sostenida conversación que sostenía consigo misma.

-¿Te ha disgustado el beso, no?

-¿Y cómo podrá ser de otro modo? Parece que usted se complace en humillarme con la canalla más inmunda. ¿Qué importa que sea un loco? Loco es también Eusebio, y por él he sido el objeto de la risa pública, empeñado que estuvo, como lo sabe usted, en abrazarme en la calle; sin que nadie se atreviese a tocarlo porque era el loco favorito del gobernador -dijo Manuela con un acento tan nervioso y con una tal animación de semblante y de voz, que ponía en evidencia el esfuerzo que había hecho en sufrir sin quejarse la humillación por que acababa de pasar.

-Sí, pero has visto ya que le he hecho dar veinticinco azotes, y que le tendré en Santos Lugares hasta la semana que viene.

-¿Y qué importa? ¿Es por ese castigo que se olvidarán del ridículo en que me puso ese imbécil? ¿Porque usted le mande dar veinticinco azotes, dejarán, y con razón, de hacerme el objeto de las conversaciones y la burla? Yo bien comprendo que usted se divierte con sus locos, que son, puede decirse, las únicas distracciones que usted tiene; pero la libertad que usted les consiente conmigo en su presencia, les da la idea de que están autorizados para desmandarse donde quiera que me hallen. Yo consentiría en que me dijesen cuanto quisieran, pero ¿qué diversión halla usted en que me toquen y me irriten?

-Son tus perros que te acarician.

-¡Mis perros! -exclamó Manuela, en quien la animación se aumentaba a medida que se desprendían las palabras de sus labios rojos como el carmín- los perros me obedecerían; un perro le sería a usted más útil que ese estúpido, porque siquiera un perro cuidaría de la persona de usted, y la defendería si llegase ese caso horrible que todos se empeñan en profetizarme con palabras ambiguas, pero cuyo sentido yo comprendo sin dificultad.

Manuela cesó de hablar, y una nube sombría cubrió la frente de Rosas, con las últimas palabras de su hija.

-¿Y quiénes te lo dicen? -preguntó con calma después de algunos instantes de silencio.

-Todos, señor -contestó Manuela volviendo su espíritu a su natural estado-, todos cuantos vienen a esta casa parece que complotan para infundirme temores sobre los peligros que rodean a usted.

-¿De qué clase?

-¡Oh! Nadie me habla, nadie se atreve a hablar de peligros de guerra, ni de política, pero todos pintan a los unitarios como capaces de atentar en cada momento contra la vida de usted... todos me recomiendan que le vele, que no le deje solo, que haga cerrar las puertas: acabando siempre por ofrecerme sus servicios que, sin embargo, nadie tiene quizá la sinceridad de ofrecérmelos con lealtad, pues sus comedimientos son más una jactancia que un buen deseo.

-¿Y por qué lo crees?

-¿Por qué lo creo? ¿Piensa usted que Garrigós, que Torres, que Arana, que García, que todos esos hombres que el deseo de ponerse bien con usted trae a esta casa, son capaces de exponer su vida por ninguna persona de este mundo? Si temen que suceda una desgracia, no es por usted, sino por ellos mismos.

-Puede ser que no te equivoques -dijo Rosas con calma, y haciendo girar sobre la mesa el plato que tenía por delante-, pero si los unitarios no me matan en este año, no me han de matar en los que vienen. Entretanto, tú has cambiado la conversación. Te has enojado porque Su Paternidad te quiso dar un beso, y yo quiero que hagas las paces con él. Fray Viguá -continuó dirigiéndose al mulato que tenía pegado el plato de dulce contra la cara, entreteniéndose en limpiarlo con la lengua- Fray Viguá, déle un abrazo y dos besos a mi hija para desenojarla.

-¡No, tatita! -exclamó Manuela levantándose, y con un acento de temor y de irresolución, difícil de definir, porque era la expresión de la multitud de sentimientos que en aquel momento se agitaban en su alma de mujer, de joven, de señorita, a la presencia de aquel objeto repugnante a cuya monstruosa boca quería su padre unir los labios delicados de su hija, sólo por el sistema de no ver torcido un deseo suyo por la voluntad de nadie.

-Bésela, Padre.

-Déme un beso -dijo el mulato dirigiéndose a Manuela.

-No -dice Manuela, corriendo.

-Déme un beso -repite el mulato.

-Agárrela, Padre -le grita Rosas.

-¡No, no! -exclamaba Manuela con un acento lleno de indignación.

Pero en medio de las carreras de la hija, de las carcajadas del padre, y de la persecución que hacía el mulato a su presa, que siempre se le escapaba de entre las manos, pálida, despechada, impotente para defenderse de otro modo que con la huida, el rumor trepitoso que hacían sobre las piedras de la calle las herraduras de un crecido número de caballos, suspendió de improviso la acción y la atención de todos.

V
El comandante Cuitiño

Los caballos pararon a la puerta de la casa de Rosas, y después de un momento de silencio, Rosas hizo una seña con la cabeza a su hija, que comprendió al momento que su padre la mandaba a saber qué gente había llegado. Y salió, en efecto, por el cuarto de escribir, alisando con sus manos el cabello de sus sienes, cual si quisiese con esa acción despejar su cabeza de cuanto acababa de pasar, para entregarse, como era su costumbre, a cuidar y velar por los intereses y la persona de su padre.

-¿Quién es, Corvalán? -le dijo al encontrarse con el edecán en el pasadizo oscuro que daba al patio.

-El comandante Cuitiño, señorita.

Y volvió Manuela con Corvalán adonde estaba su padre.

-El comandante Cuitiño -dijo Corvalán luego que pisó la puerta del comedor.

-¿Con quién viene?

-Con una escolta.

-No le pregunto eso. ¿Cree usted que soy sordo para no haber oído los caballos?

-Viene solo, Excelentísimo Señor.

-Hágalo entrar.

Rosas permaneció sentado en una cabecera de la mesa; Manuela se sentó a su derecha en uno de los costados de aquélla, dando la espalda a la puerta por donde había salido Corvalán; Viguá frente a Rosas, en la cabecera opuesta; y la criada, poniendo otra botella de vino sobre la mesa a una señal que le hizo Rosas, se retiró para las habitaciones interiores.

La rodaja de las espuelas de Cuitiño se sintió bien pronto sobre el suelo desnudo del gabinete y de la alcoba de Rosas; y este célebre personaje de la Federación apareció luego en la puerta del comedor, trayendo en la mano su sombrero de paisano con una cinta roja de dos pulgadas de ancho, luto oficial que hacía vestir el gobernador por su finada esposa; y cubierto con un poncho de paño azul, que no permitía descubrir su vestido sino de la rodilla al pie. Su cabello desgreñado caía sobre su tostado semblante, haciendo más horrible aquella cara redonda y carnuda, donde se veían dibujadas todas las líneas con que la mano de Dios distingue las propensiones criminales sobre las facciones humanas.

-Entre, amigo -le dijo Rosas examinándolo con una mirada fugitiva como un relámpago.

-Muy buenas noches. Con permiso de Vuecelencia.

-Entre. Manuela, ponle una silla al comandante. Retírese, Corvalán.

Y Manuela puso una silla en el ángulo de la mesa, quedando así Cuitiño entre Rosas y su hija.

-¿Quiere tomar alguna cosa?

-Muchas gracias, Su Excelencia.

-Manuela, sírvele un poco de vino.

A tiempo que Manuela extendía su brazo para tomar la botella, Cuitiño sacó su mano derecha, doblando la falda del poncho sobre el hombro, y tomando un vaso, sin soltarlo se lo presentó a Manuela para que le echase el vino, pero al poner sus ojos en el vaso, un movimiento nervioso le hizo temblar el brazo, y temblando hasta hacer golpear la botella contra el vaso, echó una parte de vino en éste, y otra en la mesa: la mano y el brazo de Cuitiño estaban enrojecidos de sangre. Rosas lo echó de ver inmediatamente y un relámpago de alegría animó súbito aquella fisonomía encapotada siempre bajo la noche eterna y misteriosa de la conciencia. Manuela estaba pálida como un cadáver; y maquinalmente retiró su sillón del lado de Cuitiño cuando acabó de derramar el vino.

-¡A la salud de Vuecelencia y de Doña Manuelita! -dijo Cuitiño haciendo una profunda reverencia y tomándose el vino, mientras Viguá se desesperaba haciendo señas a Manuela para que se fijase en la mano de Cuitiño.

-¿Qué anda haciendo? -preguntó Rosas con una calma estudiada, y con los ojos fijos en el mantel.

-Como Vuecelencia me dijo que volviese a verlo después de cumplir mi comisión...

-¿Qué comisión?

-¡Pues!, como Vuecelencia me encargó...

-¡Ah! Sí, que se diese una vuelta por el Bajo. Es verdad, Merlo le contó a Victorica no sé qué cosas de unos que se iban al ejército del salvaje unitario Lavalle, y ahora recuerdo que le dije a usted que vigilase un poco, porque este Victorica es buen federal, pero no puede negar que es gallego, y a lo mejor se echa a dormir.

-¡Pues!

-¿Y usted anduvo por el Bajo?

-Fui por ese lado de la Boca, después de haber convenido con Merlo lo que teníamos que hacer.

-¿Y los halló?

-¡Sí, fueron con Merlo, y, a la seña que me hizo, los cargué!

-¿Y los trae presos?

-¡Y que los traía! ¿No se acuerda Vuecelencia lo que me dijo?

-¡Ah, es verdad! Como estos salvajes me tienen la cabeza como un horno...

-¡Pues!

-Yo estoy ya cansado; no sé ya qué hacer con ellos. Hasta ahora no he hecho más que arrestarlos, y tratarlos como un padre trata a sus hijos calaveras. Pero no escarmientan; y yo dije a usted que era preciso que los buenos federales los tomasen por su cuenta, porque, al fin, es a ustedes a los que han de perseguir si triunfa Lavalle.

-¡Qué ha de triunfar!

-A mí no me harán sino un favor en sacarme del mundo. Yo estoy en él porque ustedes me obligan.

-Su Excelencia es el padre de la Federación.

-Y como le decía, a ustedes es a quienes toca ayudarme. Hagan lo que quieran con esos salvajes que no los asusta la cárcel. ¡Ellos han de fusilar a ustedes si triunfan!

-¡Qué han de triunfar, señor!

-¡Y ya le he dicho que esto mismo les diga, como cosa suya, a los demás amigos!

-En cuanto nos reunamos, Excelencia.

-¿Y eran muchos?

-Eran cinco.

-¿Y los ha dejado con ganas de volver a embarcarse?

-Ya los llevaron en una carreta a la policía, pues Merlo me dijo que así se lo había encargado el jefe.

-A eso se exponen. Yo bien lo siento; pero ustedes tienen razón: ustedes no hacen sino defenderse, porque si ellos triunfan los han de fusilar a ustedes.

-Estos no, Excelencia -dijo Cuitiño, vagando una satisfacción feroz sobre su repulsiva fisonomía.

-¿Los ha lastimado?

-En el pescuezo.

-¿Y vio si tenían papeles? -preguntó Rosas, en cuyo semblante no pudo conservarse por más tiempo la careta de la hipocresía, brillando en él la alegría de la venganza satisfecha, al haber arrancado con maña la horrible verdad que no le convenía preguntar de frente.

-Ninguno de los cuatro tenía cartas -respondió Cuitiño.

-¿De los cuatro? ¿Pues no me dijo que eran cinco?

-Sí, señor, pero como uno se escapó...

Librodot

-¡Se escapó! -exclamó Rosas hinchando el pecho, irguiendo la cabeza, y haciendo irradiar en sus ojos todo el rayo magnético de su poderosa voluntad, que dejó fascinados, como el influjo de una potestad divina o infernal los ojos y el espíritu del bandido.

-Se escapó, Excelentísimo -contestó inclinando su cabeza, porque sus ojos no pudieron soportar más de un segundo la mirada de Rosas.

-¿Y quién se escapó?

-Yo no sé quien era, Excelencia.

-¿Y quién lo sabe?

-Merlo lo ha de saber, señor.

-¿Y dónde está Merlo?

-Yo no lo he visto después que hizo la seña.

-¿Pero cómo se escapó el unitario?

-Yo no sé... Yo le diré a Su Excelencia... Cuando cargamos, uno corrió hacia la barranca..., algunos soldados lo siguieron..., echaron pie a tierra para atarlo; pero dicen que él tenía espada y mató a tres...; después, dicen que lo vinieron a proteger... y fue por ahí cerca de la casa del cónsul inglés.

-¿Del cónsul?

-Allá por la Residencia.

-Sí; bien ¿y después?

-Después vino un soldado a dar aviso, y yo mandé en su persecución por todas partes...; pero yo no lo vi cuando se escapó.

-¿Y por qué no vio? -dijo Rosas con un acento de trueno, y dominando con el rayo de sus ojos la fisonomía de Cuitiño, en que estaba dibujada la abyección de la bestia feroz en presencia de su domador.

-Yo estaba degollando a los otros -contestó sin levantar los ojos.

Y Viguá, que durante este diálogo había ido poco a poco retirando su silla de la mesa, no bien escuchó esas últimas palabras, cuando dio tal salto para atrás, con silla y todo, que hizo dar silla y cabeza contra la pared. En tanto que Manuela, pálida y trémula, no hacía el menor movimiento, ni alzaba su vista por no encontrarse con la mano de Cuitiño, o con la mirada aterradora de su padre.

El golpe que dio la silla de Viguá hizo volver hacia aquel lado la cabeza de Rosas, y esta fugitiva distracción bastó, sin embargo, para que él imprimiese un nuevo giro a sus ideas, y una nueva naturaleza a su espíritu, que cambiaba, según las circunstancias, de ser, de animación y de expresión en el espacio de un segundo.

-Yo le preguntaba todo esto -dijo, volviendo a su anterior calma-, porque ese unitario es el que ha de tener las comunicaciones para Lavalle, y no porque me pese que no haya muerto.

-¡Ah, si yo lo hubiera agarrado!

-¡Si yo lo hubiera agarrado! Es preciso ser vivo para agarrar a los unitarios. ¿A que no encuentra al que se escapó?

-Yo lo he de buscar aunque esté en los infiernos, con perdón de Vuecelencia y de doña Manuelita.

-¡Qué lo ha de hallar!

-Puede que lo encuentre.

-Sí, yo quiero que me encuentren ese hombre, porque las comunicaciones han de ser de importancia.

-No tenga cuidado Su Excelencia; yo lo he de hallar, y hemos de ver si se me escapa a mí.

-Manuela, llama a Corvalán.

-Merlo ha de saber cómo se llama; si Su Excelencia quiere...

-Váyase a ver a Merlo. ¿Necesita algo?

-Por ahora, nada, señor. Yo le sirvo a Vuecelencia con mi vida, y me he de hacer matar dondequiera. Demasiado nos da a todos Su Excelencia con defendernos de los unitarios.

-Tome, Cuitiño, lleve esto para la familia -y Rosas sacó del bolsillo de su chapona un rollo de billetes de banco, que Cuitiño tomó, ya de pie.

-Los tomo porque Vuecelencia me los da.

-Sirva a la Federación, amigo.

-Yo sirvo a Vuecelencia, porque Vuecelencia es la Federación, y también su hija doña Manuelita.

-Vaya, busque a Merlo ¿no quiere más vino?

-Ya he tomado suficiente.

-Entonces, vaya con Dios -y extendió el brazo para dar la mano a Cuitiño.

-Está sucia -dijo el bandido vacilando en dar su mano ensangrentada a Rosas.

-Traiga, amigo; es sangre de unitarios.

Y como si se deleitase en el contacto de ella, Rosas tuvo estrechada entre la suya, por espacio de algunos segundos, la mano de su federal Cuitiño.

-Me he de hacer matar por Su Excelencia.

-Vaya con Dios, Cuitiño.

Y mientras salía del cuarto, con una mirada llena de vivacidad e inteligencia, midió Rosas aquella guillotina humana que se movía al influjo de su voluntad terrible, y cuyo puñal, levantado siempre sobre el cuello del virtuoso y el sabio, del anciano y el niño, del guerrero y la virgen, caía, sin embargo, a sus plantas, al golpe fascinador y eléctrico de su mirada. Porque esa multitud oscura y prostituida que él había levantado del lodo de la sociedad para sofocar con su aliento pestífero la libertad y la justicia, la virtud y el talento, había adquirido desde temprano el hábito de la obediencia irreflexiva y ciega, que presta la materia bruta en la humanidad al poder físico y a la inteligencia dominatriz cuando se emplean en lisonjearla por una parte y en avasallarla por otra.

Ciencia infernal cuyos primeros rudimentos los enseña la naturaleza, y que las propensiones, el cálculo y el estudio de los hombres, complementan más tarde. Ciencia única y exclusiva de Rosas, cuyo poder fue basado siempre en la explotación de las malas pasiones de los hombres, haciendo con los unos perseguir y anonadar a los otros, sin hacer otra cosa que azuzar los instintos y lisonjear las ambiciones de ese pueblo ignorante por educación, vengativo por raza y entusiasta por clima.

Y si hubiera sido posible que en medio de la epopeya dramática de nuestra revolución, las utopías no hubiesen herido la imaginación de nuestros mayores, el porvenir les habría debido grandes bienes, si en vez de sus sueños constitucionales, y de su quimérica república, hubiesen consultado la índole y la educación de nuestro pueblo para la aceptación de su forma política de gobierno; y su ignorancia y sus instintos de raza para la educación de moral y de hábitos que era necesario comenzar a darle. Español puro y neto, sólo la religión y el trono habían echado raíces en su conciencia oscura; y las lanzas tumbando el trono, y la demagogia sellando el descrédito y el desprecio en los pórticos de nuestros templos católicos, dejaron sin freno ese potro salvaje de América, a quien llamaron pueblo libre, porque había roto a patadas, no el cetro sino la cadena del rey de España; no la tradición de la Metrópoli, sino las imposiciones inmediatas de sus opresores; no por respirar el aire de libertad que da la civilización y la justicia, sino por respirar el viento libre que da la naturaleza salvaje.

Y así, ese mismo pueblo, ese mismo potro que se revuelca desde la Patagonia a Bolivia, dio de patadas a la civilización y a la justicia, desde que ellas quisieron poner un límite a sus instintos naturales. Rosas lo comprendió, y sin la corona de oro en su cabeza, puso su persona de caudillo donde faltaba el monarca, y un ídolo imaginario con el nombre "Federación", donde faltaban el predicador y el franciscano.

Pasar del siglo XVI de la España, a los primeros días del siglo XIX de la Francia, era más bien un sueño de poetas pastoriles, que una concepción de hombres de Estado; y los resultados de ese sueño están ahí vivos y palpitantes en la reacción que representa Rosas: ese Mesías de sangre que esperaba la plebe argentina, hija fanática de la superstición española, para entonar himnos de muerte en alabanza del absolutismo y la ignorancia: ¡ahí está Cuitiño,

la mejor expresión de esa plebe, y ahí está su mano ensangrentada, el mejor canto en loor de su rey, y en homenaje de su fanatismo!

Librodot

VI
Victorica

-¡Buenas noches, Doña Manuelita! -dijo Cuitiño a la hija de Rosas, encontrándola que entraba con Corvalán en el gabinete de su padre.

-¡Buenas noches! -dijo la joven refugiándose al lado de Corvalán, cual si temiese el contacto de aquel demonio de sangre que pasaba junto a ella.

-Corvalán -dijo Rosas viéndole entrar con Manuela-, vaya usted a llamar a Victorica.

-Acaba de entrar, y está en la oficina. En este momento me preguntaba si podría hablar con Vuecelencia.

-Que entre.

-Voy a llamarlo.

-Oiga usted.

-¿Señor?

-Monte usted a caballo, vaya a lo del ministro inglés, hable con él, y dígale que lo necesito ahora mismo.

-¿Si está durmiendo?

-Que se despierte.

Corvalán saludó; y fue a cumplir sus comisiones, levantándose la faja de seda punzó que en aquel momento se le había resbalado a la barriga, al peso del espadín que ya tocaba en tierra.

-¿Qué miedo le ha tenido Su Paternidad a Cuitiño? Acérquese a la mesa, que está allí pegado a la pared como una araña. ¿De qué se asustó?

-De la mano -contestó Viguá acercándose con su silla a la mesa, y con aire de contentamiento al verse libre de Cuitiño, que tan mal momento le había dado.

-No te has portado bien, Manuela.

-¿Por qué, tatita?

-Porque has tenido repugnancia de Cuitiño.

-¿Pero usted vio?

-Todo lo vi.

-¿Y entonces?

-¡Entonces! Tú debes disimular. Oye: a los hombres como el que acaba de salir, es necesario darles muy fuerte, o no tocarlos: un golpe recio los anonada; un alfilerazo los hace saltar como víboras.

-Pero tuve miedo, señor.

-¡Miedo!... A ese hombre lo mataría yo con sólo mirarlo.

-Miedo de lo que había hecho.

-Lo que había hecho era por mi conservación y por la tuya; y nunca te expliques de otro modo cuanto veas y oigas en derredor de mí. Yo les hago comprender una parte de mi pensamiento, aquella que únicamente quiero; ellos la ejecutan, y tú debes manifestarte contenta, y popularizarte con ellos; primero, porque así te conviene; y segundo, porque yo te lo mando. Entre usted, Victorica -continuó Rosas, dando vuelta su cabeza hacia la puerta, al ruido que hacían las pisadas del que entraba.

Victorica era un hombre de cincuenta a cincuenta y dos años de edad, de estatura mediana, y regularmente formado. La tez quebrantada era algo cobriza; su cabello negro, empezando a pintar en canas; su frente ancha pero carnuda hacia la parte de sus espesas cejas; sus ojos oscuros, pequeños y de una mirada encapotada y fuerte; dos líneas profundas le quebraban el rostro desde las ventanas de la nariz hasta las extremidades del labio superior; y una expresión dura y repulsiva estaba sellada en su rostro, donde se notaba más el estrago que

hacen las pasiones fuertes, que el que habían hecho los años; y se cuenta que sobre ese rostro se vio rara vez una sonrisa. El jefe de la policía de Rosas estaba vestido de pantalón negro, chaleco grana y una chaqueta de paño azul con alamares negros de seda; y de uno de los ojales de ella, colgaba una divisa federal de doce pulgadas de largo. En la mano derecha traía colgado, en la muñeca, un rebenque de cabo de plata, y en la izquierda su sombrero de paisano, con el luto punzó por la finada esposa del Restaurador de las Leyes.

Después de una reverencia profunda, pero sin afectación, ocupó, a invitación de Rosas, la misma silla en que había estado Cuitiño.

-¿Viene usted de la casa de policía? -le preguntó Rosas.

-En este momento.

-¿Ha ocurrido algo?

-Han traído los cadáveres de los que iban a embarcarse esta noche; es decir, tres cadáveres y un hombre expirando.

-¡Y ése!

-Ya no existe. Me pareció que debía sufrir la suerte de sus compañeros.

-¿Quién era?

-Lynch.

-¿Tiene usted los nombres de los otros?

-Sí, señor.

-¿Y eran?

-Además de Lynch, se ha reconocido a un tal Oliden, a Juan Riglos, y al joven Maisson.

-¿Papeles?

-Ninguno.

-¿Hizo usted firmar a Merlo la delación?

-Sí, señor, todas se firman, como Vuecelencia lo ha ordenado.

-¿La trae usted?

-Aquí está -contestó el jefe de policía sacando del bolsillo exterior de su chaqueta una cartera de cuero de Rusia, conteniendo multitud de papeles, y sacando de entre ellos uno que desdobló sobre la mesa.

-Léala usted -dijo Rosas.

Y Victorica leyó lo siguiente:

"Juan Merlo, natural de Buenos Aires, de oficio carnicero, miembro de la Sociedad Popular Restauradora, enrolado en los abastecedores, con licencia temporal por recomendación de Su Excelencia el Ilustre Restaurador de las Leyes, se presentó al jefe de Policía en la tarde de 2 del corriente, y declaró: Que, sabiendo por una criada del salvaje unitario Oliden, con quien él tenía relaciones secretas, que aquél se preparaba a fugar para Montevideo, se presentó en la mañana siguiente al mismo salvaje unitario Oliden, a quien conocía desde muchos años, diciéndole que venía a pedirle quinientos pesos prestados porque quería desertar y pasar a Montevideo, no pudiendo efectuarlo sin tener aquella cantidad para pagar su pasaje en un bote de un conocido suyo, que hacía el negocio de conducir emigrados. Que con este motivo, Oliden le hizo muchas preguntas, acabando por convencerse que realmente quería fugar el declarante, comunicándole entonces el pensamiento que él y cuatro amigos más tenían de emigrar, pero que no conocían ninguno de los hombres dueños de las balleneras que conducían emigrados; que entonces le ofreció el declarante a arreglar la fuga de todos, mediante la cantidad de ocho mil pesos, en lo que convino aquél inmediatamente; que fingió muchas idas y venidas, acabando por citarlos para el día 4 a las diez de la noche; debiendo ir el mismo día 4, a las seis de la tarde, a saber de Oliden el paraje o la casa en que se habían de reunir todos a la hora indicada.

Lo que ponía en conocimiento de la policía para que se lo comunicase a Su Excelencia, como un fiel cumplimiento de sus deberes de defensor de la sagrada causa de la Federación; agregando, que en todo este asunto, había tenido el cuidado escrupuloso de consultarlo con don Juancito Rosas, el hijo de Su Excelencia, y aconsejádose de él.

Y lo firmó en Buenos Aires a 3 de mayo de 1840 - Juan Merlo ".

-Fue en virtud de esta declaración, por lo que recibí anoche de Vuecelencia las órdenes que debía dar a Merlo para que se entendiese con el comandante Cuitiño.

-¿Cuándo volvió usted a hablar con Merlo?

-Hoy a las ocho de la mañana.

-¿Y no le dijo a usted si sabía algunos de los nombres de los compañeros de Oliden?

-Hasta esta mañana no conocía a ninguno.

-¿Y hay algo de particular en el suceso de esta noche?

-Uno de los unitarios ha logrado escaparse, según me han referido los que escoltaban la carreta.

-Sí, señor, uno se ha escapado, y es forzoso hallarlo.

-Espero que lo hallaremos, Excelentísimo señor.

-Sí, señor; es preciso hallarlo, porque una vez que la mano del gobierno toque la ropa de un unitario, es necesario que el unitario no pueda decir que la mano del gobierno no sabe apretar. En estos casos, la cantidad de hombres poco importa; tanto mal hace a mi gobierno un hombre solo que se burle de él, como doscientos, como mil.

-Vuecelencia tiene mucha razón.

-Sé bien que la tengo. Además, según la relación que se me ha hecho, el unitario que se ha escapado ha peleado, y lo que es más, ha recibido protección de alguien; la una como la otra cosa no deben suceder, no quiero absolutamente que sucedan. ¿Sabe usted por qué ha estado el país siempre en anarquía? Porque cada uno sacaba el sable para pelear con el gobierno el día que se le antojaba. ¡Pobre de usted, y pobres de todos los federales, si yo doy lugar a que los unitarios los peleen cuando van a cumplir una orden mía!

-¡Es un caso nuevo! -dijo Victorica que, en realidad, comprendía bien toda la importancia futura de las reflexiones de Rosas, y del suceso acaecido esa noche.

-Es nuevo; y es por eso necesario prestarle atención, porque en el estado actual yo no quiero que haya más novedades que las mías. Es nuevo, pero antes de mucho tiempo podrá ser viejo, si no se hace pronto un ejemplar.

-Pero Merlo debe haber ido con ellos, y ha de conocer al que se ha escapado.

-Eso falta saber.

-Lo haré buscar ahora mismo.

-No hay necesidad. Otro ha ido en su busca.

-Está bien, señor.

-Otro se ha encargado de Merlo: y usted sabrá mañana si se conoce o no el nombre que deseo saber. En uno u otro caso tomará usted el camino que deba.

-Sin pérdida de tiempo.

-Vamos a ver, y si Merlo no sabe el nombre, ¿qué hará usted?

-¿Yo?...

-Usted, sí, mi jefe de policía.

-Daré órdenes a los comisarios, y a los principales agentes de la policía secreta, para que ellos multipliquen entre sus subalternos la disposición de encontrar un hombre que...

-¡Un hombre unitario en Buenos Aires! -dijo Rosas interrumpiendo a Victorica, con una sonrisa sardónica y despreciativa, que puso en confusión al pobre hombre, que creía estar desenvolviendo el más perfecto plan inquisitorial para la persecución de un hereje.

-¡Y va usted fresco! -continuó Rosas-; ¿todavía no sabe usted cuántos unitarios hay en Buenos Aires?

-Debe de haber...

-Los que bastan para colgar a usted y a todos los federales, si no estuviera yo para trabajar por todos, haciendo hasta de jefe de policía.

-Señor, yo hago por Vuecelencia cuanto puedo.

-Puede ser que haga usted cuanto puede, pero no cuanto conviene hacer; y si no, véalo usted en este caso: quiere usted echarse a buscar un unitario por la ciudad, como si dijésemos

un grano de trigo en una parva, y tiene en su bolsillo, si no el nombre del unitario, el camino más corto de encontrarlo.

-¡Yo! -exclamó Victorica cada vez más turbado, pero dominándose fuertemente para conservar la serenidad de su semblante.

-Usted, sí, señor.

-Aseguro a Vuecelencia que no comprendo.

-Y es por eso que me quejo de tener que enseñarle todo. ¿Por quién supo Merlo la proyectada fuga del salvaje unitario Oliden?

-Por una criada.

-¿En dónde servía esa negra, mulata, o lo que sea?

-En la familia de Oliden, según la declaración.

-En la familia del salvaje unitario Oliden, señor don Bernardo Victorica.

-Perdone Vuecelencia.

-¿Con quién se iba a embarcar el que se ha escapado?

-Con el salvaje unitario Oliden, y con los demás salvajes que lo acompañaban.

-Y usted cree que Oliden salió a la calle a recoger los primeros salvajes que encontró, para embarcarse con ellos.

-No, Excelentísimo señor.

-Entonces, ¿esos salvajes eran amigos de Oliden?

-Es muy natural-dijo Victorica, que empezaba a comprender el punto a donde se dirigía Rosas.

-Entonces, ¿si eran amigos se debían visitar?

-Sin duda.

-Entonces, la criada que delató a Oliden debe saber quiénes lo visitaban con más frecuencia.

-Es muy cierto.

-Quienes estuvieron con él, hoy, ayer y antes de ayer.

-Así es, debe saberlo.

-Estuvieron, tal y tal y tal; han muerto Maisson, Lynch y Riglos; entonces, rastree por los nombres que no sean ésos, y si por ahí no da con lo que busca, no pierda el tiempo en incomodarse más.

-El genio de Vuecelencia no tiene igual. Haré exactamente lo que Vuecelencia me indica.

-Mejor fuera que lo hiciese sin necesidad de indicaciones; que por no tener nadie que me ayude, tengo que trabajar por todos - le respondió Rosas.

Victorica bajó los ojos, en cuya pupila se había clavado como una flecha de fuego la mirada imperatriz, y en ese momento despreciativa de Rosas.

-¿Y sabe usted, pues, lo que ha de hacer?

-Sí, Excelentísimo señor.

-¿Ha ocurrido alguna cosa particular esta noche?

-Una señora, doña Catalina Cueto, viuda, y de ejercicio costurera, ha ido a quejarse de haber dado Gaitán de rebencazos a un hijo de esa señora, que paseaba a caballo por la plaza del Retiro.

-¿Quién es el hijo?

-Un estudiante de matemáticas.

-¿Y qué motivos le dio a Gaitán?

-Gaitán se acercó a preguntarle por qué no usaba la testera federal en su caballo. El muchacho, de diez y seis o diez y siete años, le respondió que no la usaba porque su caballo era un buen federal que no necesitaba divisa y Gaitán, entonces, le dio de rebencazos hasta voltearlo del caballo.

-¡Hoy son peores los unitarios muchachos! -dijo Rosas reflexionando un momento.

-Ya se lo he dicho a Vuecelencia muchas veces: la Universidad y las mujeres son incorregibles. No hay forma de que los estudiantes usen la divisa con letrero; me ven venir por una calle y, casi a mi vista, desatan la cintita que llevan al ojal, y se la guardan en el bolsillo. Tampoco hay medio para que las mujeres usen el moño fuera de la gorra y, aun sin gorra, la mayor parte de las unitarias, especialmente las jóvenes, se presentan en todas partes sin la divisa federal. Yo en lugar de Vuecelencia haría prohibir las gorras en las mujeres.

-Han de obedecer -dijo Rosas, con cierto acento de reticencia, cuya reserva sólo él podía comprender-; han de obedecer, pero no es tiempo todavía de hacer uso de ese medio que usted echa de menos, y que yo sé cuál es. Gaitán ha hecho muy bien. Despache usted a la viuda, y dígale que se ocupe en curar a su hijo. ¿Hay alguna otra cosa?

-Nada absolutamente, señor. ¡Ah! He recibido una presentación de tres federales conocidos, pidiendo el permiso para la rifa de cedulillas en las fiestas Mayas.

-Que la rifa sea por cuenta de la policía.

-¿Vuecelencia dispone algunas funciones particulares?

-Póngales los caballitos y la cucaña.

-¿Nada más?

-No me pregunte tonterías. ¿Usted no sabe que ese 25 de Mayo es el día de los unitarios? ¡Es verdad que como usted es de España!

-Vuecelencia se equivoca, yo soy oriental ¿Dispone Vuecelencia alguna cosa particular esta noche?

-Nada, puede usted retirarse.

-Mañana cumpliré las órdenes de Vuecelencia relativas a la criada.

-Yo no le he dado órdenes: yo le he enseñado lo que no sabe.

-Doy las gracias a Vuecelencia.

-No hay de qué.

Y Victorica, haciendo una profunda reverencia al padre y a la hija, salió de aquel lugar después de haber pagado, como todos los que entraban a él, su competente tributo de humillación, de miedo, de servilismo; sin saber positivamente si dejaba contento o disgustado a Rosas; incertidumbre fatigosa y terrible en que el sistemático dictador tenía constantemente el espíritu de sus servidores, porque el temor podría hacerlos huir de él, y la confianza podría engreírlos demasiado.

Un largo rato de silencio sucedió a la salida del jefe de policía, pues mientras Rosas y su hija lo guardaban despiertos, absorto cada uno en bien distintas ideas, el repleto Viguá lo guardaba durmiendo profundamente, cruzados los brazos sobre la mesa, y metida entre ellos su cabeza.

-Vete a acostar -dijo Rosas a su hija.

-No tengo sueño, señor.

-No importa, es muy tarde ya.

-¡Pero usted va a quedarse solo!

-Yo nunca estoy solo. Va a venir Mandeville y no quiero que pierda el tiempo en cumplimientos contigo; anda.

-Bien, tatita, llámeme usted si algo necesita.

Y Manuela se le acercó, le dio un beso en la frente, y tomando una vela de sobre la mesa, entró a las habitaciones interiores.

Rosas se paró entonces y, cruzando sus manos a la espalda, empezó a pasearse al largo de su habitación, desde la puerta que conducía a su alcoba, por donde habían entrado y salido los personajes que hemos visto, hasta aquella por donde se había ido Manuela.

Diez minutos habrían durado los paseos, en cuyo tiempo Rosas parecía sumergido en una profunda meditación, cuando se sintió el ruido de caballos que se aproximaban a la casa. Rosas paróse un momento, precisamente al lado de Viguá, y luego que conoció que los caballos habían parado en la puerta de la calle, dio tan fuerte palmada sobre la nuca del

Librodot

mulato, que a no tener en aquel momento posada la frente sobre sus carnudos brazos, se habrían roto sus narices contra la mesa.

-¡Ay! -exclamó el pobre diablo parándose lo más pronto posible.

-No es nada; despiértese Su Paternidad que viene gente, y oiga: cuidado como se vuelva a dormir; siéntese al lado del hombre que entre, y cuando se levante, déle un abrazo.

El mulato miró a Rosas un instante e hizo luego lo que se le había ordenado, con muestras inequívocas de disgusto.

Rosas sentóse en la silla que ocupaba antes, a tiempo que Corvalán entraba.

Librodot

VII. El caballero Juan Enrique Mandeville

-¿Vino el inglés? -preguntó Rosas a su edecán, viéndole entrar.

-Ahí está, Excelentísimo señor.

-¿Qué hacía cuando llegó usted?

-Iba a acostarse.

-¿La puerta de la calle estaba abierta?

-No, señor.

-¿Abrieron en cuanto se dio usted a conocer?

-Al momento.

-¿Se sorprendió el gringo?

-Me parece que sí.

-¡Me parece! ¿Para qué diablos le sirven a usted los ojos?... ¿Preguntó algo?

-Nada. Oyó el recado de Vuestra Excelencia y mandó aprontar su caballo.

-Que entre.

El personaje que va a ser conocido del lector es uno de esos que, en cuanto a su egoísmo inglés, presenta con frecuencia la diplomacia británica en todas partes, pero que, respecto al olvido de su representación pública y de su dignidad de hombre, sólo se pueden encontrar en una sociedad cuyo gobierno sea parecido al de Rosas, y como esto último no es posible, se puede decir entonces, que sólo se encuentran en Buenos Aires.

El caballero Juan Enrique Mandeville, plenipotenciario inglés cerca del gobierno argentino, había conseguido de Rosas lo que éste mismo negó a su predecesor míster Hamilton: es decir, la conclusión de un tratado sobre la abolición del tráfico de esclavos. Y de este triunfo sobre míster Hamilton, nacieron las primeras simpatías de míster Mandeville hacia la persona de Rosas.

El no podía desconocer, sin embargo, que quien arrastraba al dictador a la celebración de aquel pacto el 24 de mayo de 1839, era la necesidad de buscar en la amistad y protección del gobierno de Su Majestad Británica un apoyo que le era necesario desde el 23 de setiembre de 1838. Pero cualesquiera que fuesen las causas, era ese tratado un triunfo para aquel plenipotenciario, recogido de las manos de Rosas.

Pero los hombres como Rosas, esas excepciones de la especie que no reconocen iguales en la tierra, jamás quieren amigos, ni lo son de nadie; para ellos la humanidad se divide en enemigos y siervos, sean éstos de la nación que sean, e invistan una alta posición cerca de ellos, o se les acerquen con la posición humilde de un simple ciudadano.

El prestigio moral de los tiranos, esa fuerza secreta que fascina y enferma el espíritu de los hombres, en unión con la voluntad intransigible del dictador argentino, empezaron por insinuarse, y acabaron por dominar el espíritu del enviado británico, que, fiado en sus buenas disposiciones personales hacia Rosas, no temió de cultivar y estrechar su relación individual con él, sin alcanzar a prever que hay ciertos contactos en la vida de que no se sale jamás sino postrado el ánimo y avasallada la voluntad.

Una vez dominado moralmente, todo lo demás era lo menos; y las humillaciones personales vinieron luego a complementar la obra, haciendo del representante de la poderosa Inglaterra el más sumiso federal, si no de la Mazorca, a lo menos de la clase tribunicia de Rosas, cuya misión era propagar sus virtudes cívicas, dentro y fuera del país.

Instrumento ciego, pero al mismo tiempo poderoso y con medios eficaces, Rosas vio en él su primer caballo de batalla en la cuestión francesa; y, en obsequio de la verdad histórica, es preciso decir que si Rosas no sacó de él todo el provecho que esperaba sacar, no fue por omisión del señor Mandeville sino por la naturaleza de la cuestión, que no permitía al gabinete de Saint James obrar según las insinuaciones de su ministro en Buenos Aires, a pesar de sus comunicaciones informativas sobre la preponderancia que adquiría la Francia en el Plata, y sobre los perjuicios que infería al comercio isleño la clausura de los puertos de la república por el bloqueo francés.

Librodot

La Europa tenía fija su atención política en una cuestión actual que afectaba el sistema de equilibrio de sus grandes naciones; y ella era la cuestión de Oriente. La Rusia, la Prusia, el Austria, la Inglaterra y la Francia, atendían a esa cuestión, no queriendo, por otra parte, en sus más altas miras, sino la continuación de la paz europea.

Esa cuestión era simplemente una querella hereditaria entre el sultán y el pachá de Egipto.

La Francia insistía en que se accediese a las pretensiones de Mehemet-Alí; y la Inglaterra resistía al pensamiento de la Francia, conviniendo solamente en que se agregase al bajalato de Egipto una parte de la Siria hasta el monte Carmelo. Pero, entretanto, la Rusia se declaraba protectora natural de Constantinopla contra todo enemigo que avanzase por el Asia Menor. "Obren la Francia y la Inglaterra contra Mehemet-Alí, y dejen a la Rusia que guarde a Constantinopla" -decía el Emperador. Pero la Inglaterra, cuyo gabinete era dirigido por lord Palmerston, tenía la suficiente perspicacia política para no comprender todo el peligro que se corría en dejar el tulipán del Bósforo bajo la planta del Oso del Norte. Y entonces, velando con todos los adornos de la más hábil diplomacia su negativa a las proposiciones del gabinete de San Petersburgo, lord Palmerston procuró convencerle, y logró reducirlo a que la protección que necesitaba Constantinopla se le diese por medio de una escuadra rusa en el Bósforo, y de otra escuadra combinada anglo-francesa en los Dardanelos.

Así pues, el estado de la cuestión de Oriente, en los primeros meses del año 40, era el siguiente: la Rusia, la Inglaterra, el Austria y la Prusia habían convenido en que Mehemet-Alí quedase reducido a la posesión hereditaria del Egipto; pero la Francia se negaba a consentir en esta resolución.

Todas las potencias, no obstante, estaban convenidas en proteger en combinación a Constantinopla, sin dejar de observarse unas a otras, con esa desconfianza que marca siempre el carácter de la política internacional de la Europa, de que los americanos no podemos aprender sino lecciones que, si enseñan la virtud de la circunspección, enseñan también el vicio de la mala fe, porque aquélla no existiría en tan alto grado, si en tan alto grado no se temiesen los efectos de ésta.

En tal estado de cosas, fácil es ahora comprender que la Inglaterra no estaba en disposición de prestar grande atención a sus mercaderes del Río de la Plata, cuando tenía, por temor de la Rusia, que estrechar su alianza con la Francia, en presencia de la más grave cuestión de la actualidad.

El señor Mandeville, sin embargo, no desmayaba por eso. Y, decididamente, en favor de los intereses personales de Rosas, trabajaba cuanto le era posible en una posición como la suya, por imprimir un movimiento contrario a los negocios del Plata; y obra suya fueron las proposiciones de Rosas a M. Martigny, y obra exclusivamente suya la entrevista en la Acteon .

Rosas tenía en él una completa confianza; es decir, conocía que Mandeville sentía, como todos, la enfermedad del miedo; y contaba con su inteligencia cuando necesitaba de un enredo político, como contaba con el puñal de sus mazorqueros cuando había una víctima que sacrificar a su sistema.

Tal es el personaje que atraviesa el gabinete y la alcoba de Rosas, y que entra al comedor donde éste le espera. Era un hombre todo vestido de negro, de sesenta años de edad, de baja estatura, de frente espaciosa y calva, de fisonomía distinguida, y de ojos pequeños, azules, pero inteligentes y penetrantes, y en ese momento algo encendidos, como lo estaba también el color blanquísimo de su rostro. Esto era natural, pues habían dado ya las tres de la mañana, hora demasiado avanzada para un hombre de aquella edad; y que poco antes se había irritado al calor de una hirviente ponchera, con algunos de sus amigos.

-¡Adelante, señor Mandeville! -dijo Rosas levantándose de su silla, pero sin dar un solo paso a recibir al ministro inglés, que en ese momento entraba al comedor.

-Tengo el honor de ponerme a las órdenes de Vuestra Excelencia-dijo el señor Mandeville haciendo un saludo elegante y sin afectación, y acercándose a Rosas para darle la mano.

-¡He incomodado a usted, señor Mandeville! -le dijo Rosas con un acento suave e insinuante e indicándole con un movimiento de mano, que un francés llamaría comme il faut , la silla a su derecha en que debía sentarse.

-¡Incomodarme!¡Oh no, señor general! Vuestra Excelencia me da, por el contrario, una verdadera satisfacción cuando me hace el honor de llamarme a su presencia. ¿La señora Manuelita lo pasa bien?

-Muy buena.

-No lo pensé así, desgraciadamente

. -¿Y por qué, señor Mandeville?

-Porque siempre acompaña a Vuestra Excelencia a la hora de su comida.

-Cierto.

-Y no tengo en este momento el placer de verla.

-Acaba de retirarse.

-¡Ah! ¡Soy bastante desgraciado en no haber llegado unos minutos antes!

-Ella lo sentirá también.

-¡Oh, ella es la más amable de las argentinas!

-A lo menos hace cuanto es posible por ser amable.

-Y lo consigue.

-Doy a usted las gracias por ella. Sin embargo, no tiene usted por qué quejarse de esta noche.

-¿Por qué no, general?

-Porque usted la ha pasado agradablemente en su casa.

-Vuestra Excelencia tiene razón, hasta cierto punto.

-¿Cómo?

-Que Vuestra Excelencia tiene razón en decir que he pasado agradablemente algunas horas, pero yo no soy completamente feliz, sino cuando estoy en sociedad con las personas de la familia de Vuestra Excelencia.

-Es usted muy amable, señor Mandeville -dijo Rosas con una sonrisa tan sutil y tan maliciosa que no habría podido ser distinguida de otro hombre menos perspicaz y acostumbrado al lenguaje de la acentuación y de la fisonomía que el señor Mandeville.

-Si usted lo permite -continuó Rosas-, daremos por concluidos los cumplimientos, y hablaremos de algo más serio.

-Nada puede serme más satisfactorio que ponerme en armonía con los deseos de Vuestra Excelencia -contestó el diplomático aproximando su silla a la mesa, y acariciando, más bien por costumbre que por ocasión, los cuellos de batista de su camisa, no más blancos que la mano que los tocaba, prolijamente cuidada, y cuyas uñas rosadas y perfiladas eran el mejor testimonio de la raza a que pertenecía el señor Mandeville: esa raza sajona que se distingue especialmente por los ojos, por los cabellos y por las uñas.

-¿Para qué día piensa usted despachar el paquete? -le preguntó Rosas cruzando su brazo sobre el respaldo de una silla.

-Por la legación quedará despachado para mañana; pero si Vuestra Excelencia desea que se demore por más tiempo...

-Precisamente lo deseo.

-Entonces yo daré mis órdenes para que se demore todo el tiempo que necesite Vuestra Excelencia para concluir sus comunicaciones.

-¡Oh, mis comunicaciones han quedado concluidas desde ayer!

-¿Vuestra Excelencia me permitirá hacerle una pregunta?

-Cuantas usted quiera.

-¿Podría saber qué motivo hay para detener el paquete, no siendo para esperar comunicaciones de Vuestra Excelencia?

-Es bien sencillo, señor Mandeville.

-¿Vuestra Excelencia despacha algún ministro?

-No hay para qué.

-Entonces no alcanzo a comprender.

-Mis comunicaciones están prontas, pero las de usted no lo están.

-¿Las mías?

-Ya lo ha oído usted.

-Creo haber dicho a Vuestra Excelencia que están terminadas, hasta cerradas, desde ayer, y sólo me faltan algunas cartas particulares.

-No hablo de cartas.

-Si Vuestra Excelencia se dignase explicarme...

-Yo creo que la obligación de usted es informar fielmente y con datos verdaderos al gobierno de Su Majestad, sobre la situación en que quedan los negocios del Río de la Plata a la salida del paquete para Europa. ¿No es así?

-Exactamente, Excelentísimo señor.

-Pero usted no ha podido hacerlo porque carece de aquellos datos.

-Yo hablo a mi gobierno de las cuestiones generales de los sucesos públicos, pero no puedo informarle de actos que pertenezcan a la política interior del gabinete argentino, porque me son totalmente desconocidos.

-Eso es muy cierto, ¿pero sabe usted bien lo que valen esas cuestiones generales, señor Mandeville?

-¿Lo que valen? -dijo el ministro repitiendo la frase para dar un poco de tiempo a sus ideas y no aventurar una respuesta, pues Rosas iba ya pisando su terreno habitual, es decir, el campo de las ideas sólidas y desnudas de palabreo, con quienes se iba a fondo sobre el espíritu de los otros, cuando discutía alguna materia grave, o cuando quería domeñar su inteligencia con golpes súbitos y recios.

-Lo que valen, sí, señor; lo que valen para ilustrar al gobierno a quien tales generalidades se escriben.

-Valen...

-Nada, señor ministro.

-¡Oh!

-Nada. Ustedes los europeos abundan siempre en generalidades cuando quieren aparentar que conocen a fondo una cosa que totalmente ignoran. Pero ese sistema les da un resultado contrario del que se proponen, porque habitualmente generalizan sobre principios falsos.

-Vuestra Excelencia quiere decir...

-Quiero decir, señor ministro, que habitualmente hablan ustedes de lo que no entienden, a lo menos en mi país.

-Pero un ministro extranjero no puede saber las individualidades de una política en que no toma parte.

-Y es por eso que el ministro extranjero, si quiere informar con verdad a su gobierno, debe acercarse al jefe de aquella política y escuchar y apreciar sus explicaciones.

-Esa es mi conducta.

-No siempre.

-A pesar mío.

-Puede ser... Vamos: ¿conoce usted el verdadero estado de los negocios actualmente? O más bien, y hablando en las generalidades que gustan a usted tanto, ¿cuál es el espíritu de las comunicaciones que dirige a su gobierno, respecto del mío?

-¿El espíritu?

-Justamente; o, con más claridad, ¿en esas comunicaciones me determina usted en buena o mala situación?; ¿espera usted el triunfo de mi gobierno, o el triunfo de la anarquía?

-Oh, señor.

-Eso no es contestar.

-Ya lo veo.

-¿Luego?

-Luego ¿qué?, Excelentísimo señor.

-Luego ¿qué me responde usted?

-¿Sobre la situación en que se encuentra el gobierno de Vuestra Excelencia en la actualidad?

-Precisamente.

-Me parece...

-Hable usted con franqueza.

-Me parece que todas las probabilidades están por el triunfo de Vuestra Excelencia.

-¿Pero ese parecer lo funda usted en algo?

-Sin duda.

-¿Y es en qué, señor ministro?

-En el poder de Vuestra Excelencia.

-¡Bah! ¡Esa es una frase muy vaga en el caso de que nos ocupamos!

-¡Vaga, señor!

-Indudablemente, pues si yo en efecto tengo poder y medios, también poder y medios tienen los anarquistas. ¿No es verdad?

-¡Oh, señor!

-Por ejemplo: ¿sabe usted el estado de Lavalle en el Entre Ríos?

-Sí, señor: está imposibilitado para moverse después de la batalla de Don Cristóbal, en que las armas de la Confederación obtuvieron tan completo triunfo.

-Sin embargo, el general Echagüe está en inacción por falta de caballos.

-Pero Vuestra Excelencia, que todo lo puede, hará que el general tenga los caballos que le faltan.

-¿Sabe usted el estado de Corrientes?

-Creo que, derrotado Lavalle, la provincia de Corrientes volverá a la liga federal.

-Entretanto, Corrientes está en armas contra mi gobierno, y ya son dos provincias.

-En efecto, son dos provincias, pero...

-¿Pero qué?

-Pero la Confederación tiene catorce.

-¡Oh, no tantas!

-¿Decía Vuestra Excelencia?

-Que hoy no son catorce; porque no pueden contarse como provincias federales las que están en sublevación con los unitarios.

-Cierto, cierto, Excelentísimo señor, pero el movimiento de esas provincias no es de importancia, en mi opinión a lo menos.

-¿No dije a usted que sus generalidades habían de estar fundadas sobre datos falsos?

-¿Lo cree Vuestra Excelencia?

-Yo creo lo que digo, señor ministro. Tucumán, Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy son provincias de la mayor importancia; y ese movimiento de que usted ha hablado, no es otra cosa que una verdadera revolución con muchos medios y con muchos hombres.

-¡Sería una cosa lamentable!

-Como usted lo dice. Tucumán, Salta y Jujuy me amenazan por el norte hasta la frontera de Bolivia; Catamarca y La Rioja, por el oeste hasta la falda de la Cordillera; Corrientes y Entre Ríos por el litoral, y todavía ¿quién más, señor ministro?

-¿Quién más?

Librodot

-Sí, señor, eso pregunto; pero yo lo diré, ya que usted tiene miedo de nombrar a mis enemigos: además de aquellos, me amenaza Rivera.

-¡Bah!

-No vale tan poco como usted piensa, pues hoy tiene un ejército sobre el Uruguay.

-Que no pasará.

-Es probable, pero es preciso creer que ha de pasar; y entonces me verá usted rodeado por todas partes de enemigos, alentados, favorecidos y protegidos por la Francia.

-¡En efecto, la situación es grave! -dijo el señor Mandeville, soltando palabra por palabra, en una verdadera perplejidad de ánimo, no pudiendo explicarse el objeto que se proponía Rosas con descubrir él mismo los peligros que lo amenazaban, cosa que en la astucia del dictador no podía menos que tener alguna segunda intención muy importante.

-¡Es muy grave! -repitió Rosas, con un aplomo y una sangre fría que acabó de intrigar el espíritu del diplomático-. Y después que conoce usted los elementos de ese peligro -continuó Rosas-, querrá usted decirme ¿en qué fundará ante su gobierno la esperanza de mi completo triunfo sobre los unitarios? Porque no dude usted que yo habré de obtener ese completo triunfo.

-¿Pero en qué más, Excelentísimo Señor, que en el poder, en el prestigio, en la popularidad de Vuestra Excelencia que le han dado su renombre y su gloria?

-¡Bah, bah, bah! -exclamó Rosas riéndose naturalmente como hombre que compadece o que desprecia a otro por su ignorancia.

-¡Yo no sé, señor general -dijo Mandeville, descompuesto al ver el inesperado resultado de su cortesana lisonja, o más bien, de la expresión de sus creencias-, en cuál de las palabras que acabo de tener el honor de pronunciar está el origen desgraciado de la risa de Vuestra Excelencia!

-En todas, señor diplomático de Europa -respondió Rosas con ironía descubierta.

-¡Pero, señor!

-Oigame usted, señor Mandeville: todo cuanto acaba usted de decir está muy bueno para repetirlo entre el pueblo, pero muy malo para escribírselo a lord Palmerston, a quien llaman los unitarios de Montevideo el eminente ministro.

-¿Me haría el honor Vuestra Excelencia de explicarme el porqué?

-A eso voy. He detallado a usted todos los peligros que en la actualidad rodean a mi gobierno, es decir, al orden y a la paz de la Confederación Argentina. ¿No es cierto?

-Muy cierto, Excelentísimo señor.

-¿Y sabe usted por qué acabo de enumerarle esos peligros? ¡Oh! ¡Usted no lo ha comprendido, no se ha dado cuenta de la causa de mi franqueza, que lo ha dejado vacilante y perplejo! Pero yo se la explicaré. He dicho a usted lo que ha oído, porque sé bien que de esta entrevista extenderá un protocolo que enviará luego a su gobierno; y esto es precisamente lo que yo más deseo.

-¡Vuestra Excelencia quiere eso! -dijo el señor Mandeville más admirado ahora, que intrigado antes.

-Lo quiero, y la razón es que me conviene que el gobierno inglés sepa aquellos detalles por mí mismo, antes que por los órganos de mis enemigos, o a lo menos, que lo sepa al mismo tiempo por ambos. ¿Entiende usted ahora mi pensamiento? ¿Qué haría, qué ganaría yo con ocultar al gobierno inglés una situación que él habrá de saber pública y oficialmente por mil distintos conductos? Ocultarla sería descubrir temores de mi parte, y no temo, absolutamente no temo a mis actuales enemigos.

-Es por eso que dije a Vuestra Excelencia que con su poder...

-¡Dale con el poder, señor Mandeville!

-Pero si no es con el poder.., si Vuestra Excelencia no tiene poder...

-Tengo poder, señor ministro -le interrumpió Rosas bruscamente, con lo que acabó el señor Mandeville de perder la última esperanza de comprender en aquella noche a Rosas; y sin saber qué le convenía decir, pronunció la palabra:

-¡Entonces!...

-¡Entonces, entonces! Una cosa es tener poder, y otra es contar con el poder para libertarse de una mala situación. ¿Cree usted que lord Palmerston no sabe sumar y restar? ¿Cree usted que si suma el número de enemigos y elementos que, con el poderoso auxilio de la Francia amenazan el gobierno y el sistema federal del país, el ministro eminente tenga mucha confianza en el triunfo mío, aun cuando le presente usted una igual suma de poder a mis órdenes? ¿Y cree usted, entonces, que se tomase mucho empeño en apoyar a un gobierno cuya situación no le ofrecía probabilidades de existencia más allá de algunos meses, de algunas semanas? ¿Piensa usted que se anda más pronto, dado el caso que su gobierno quisiera protegerme contra mis enemigos auxiliados por la Francia, de Londres a París, y de París a Buenos Aires, que de Entre Ríos al Retiro, y de Tucumán a Santa Fe, y que esto no lo conocería lord Palmerston? ¡Bah, señor Mandeville, yo nunca he esperado gran cosa del gobierno inglés en mi cuestión con la Francia, pero ahora espero menos, desde que las informaciones que van a ese gobierno son escritas por usted sobre los cálculos de mi poder!

-Pero, señor general -dijo Mandeville, desesperado, porque cada vez comprendía menos el pensamiento de Rosas, oculto entre aquella nube de ideas que, al parecer, la daba vida el mismo Rosas para anunciar con ella la tempestad que lo rodeaba y que debía quebrantarlo y postrarlo-, si no es con el poder, con los ejércitos, con los federales, en fin, ¿con quien piensa Vuestra Excelencia vencer a los unitarios?

-Con ellos mismos, señor Mandeville -dijo Rosas con una flema alemana, fijando su mirada escudriñadora en la fisonomía de aquél, para observar la impresión causada al levantar de súbito el telón de boca que cubría el misterioso escenario de su pensamiento.

-¡Ah! -exclamó el ministro, dilatándosele los ojos cual acababa de expandirse su imaginación en el inmenso círculo que la habían trazado aquellas tres palabras en las que veía la explicación de todas las reticencias y paradojas que un momento antes no podía explicarse, a pesar de su experiencia y talento de gabinete con que de vez en cuando solía adivinar las reservas de Rosas.

-Con ellos mismos -continuó éste tranquilamente. -Y ése es hoy mi principal ejército, mi poder más irresistible, o mejor dicho, más destructor de mis enemigos.

-En efecto, Vuestra Excelencia me conduce a un terreno en el que, francamente, yo no había pisado.

-Ya lo sé -le contestó Rosas, que no perdonaba ocasión de hacer sentir a los otros sus errores o su ignorancia-. Los unitarios -continuó- no han tenido hasta hoy, ni tendrán nunca, lo que les falta para ser fuertes y poderosos, por más que sean muchos y con tan buen apoyo. Tienen hombres de gran capacidad, tienen los mejores militares de la república, pero les falta un centro de acción común: todos mandan y, por lo mismo, ninguno obedece. Todos van a un mismo punto, pero todos marchan por distinto camino, y no llegarán nunca. Ferré no obedece a Lavalle, porque es el gobernador de una provincia, y Lavalle no obedece a Ferré, porque es el general de los unitarios, el general Libertador , como ellos le llaman. Lavalle necesita de la cooperación de Rivera, porque Rivera entiende nuestras guerras, pero su amor propio le hace creer que él solo se basta, y desprecia a Rivera. Rivera necesita obrar en combinación con Lavalle, porque Lavalle es un jefe del país, y sobre todo, porque la oficialidad de éste no la tiene Rivera, pero Rivera desprecia a Lavalle porque no es montonero, y lo aborrece porque es porteño. Los hombres de pluma, los hombres de gabinete, como ellos se llaman, aconsejan a Lavalle; Lavalle quiere seguir esos consejos, pero los hombres de espada que le acompañan desprecian a los que no están en el ejército, y Lavalle, que no sabe mandar, da oídos a la gritería, a sus subalternos, y por no disgustarlos, se pone en anarquía con los hombres de saber que hay en su partido. Todos los nuevos unitarios de las provincias, por lo mismo que son unitarios, están enfermos del mismo mal que aquéllos, es decir, cada uno se cree un jefe, un ministro, un gobernador, y nadie quiere creerse ni soldado, ni empleado, ni ciudadano. Entonces, señor ministro de Su Majestad la reina inglesa, cuando se tienen tales enemigos, el

Librodot

modo de destruirlos es darles tiempo a que se destruyan ellos mismos, y eso es lo que hago yo.

-¡Oh, muy bien! ¡Es un magnífico plan! -dijo alborozado el señor Mandeville.

-Permítame usted, que no he concluido -dijo Rosas con la misma flema-. Cuando se tiene tales enemigos, decía, no se les cuenta por el número, sino por el valor que representa cada fracción, cada círculo, cada hombre; y comparando esas fracciones luego con el poder contrario, sólido, organizado, donde nadie manda sino uno solo, y donde todos los demás obedecen como los brazos a la voluntad, se deduce entonces que el triunfo de este último poder es seguro, infalible aun cuando aparezca más pequeño comparado con el total de sus enemigos en masa. ¿Está usted enterado ahora del modo como se debe apreciar la situación de mis enemigos y la mía? -preguntó Rosas, que no había perdido ni un momento el aplomo con que había empezado a desenvolver su original plan de campaña que era el resultado de ese estudio prolijo que, en su vida pública, había hecho de los enemigos que lo habían combatido, que, queriendo destruirlo, le dieron esa grandeza de poder y de medios que lo hicieron tan respetable a los ojos del mundo, y que él por sí solo no tuvo nunca ni el talento ni el valor de conquistar.

-¡Oh, lo comprendo, lo comprendo, Excelentísimo Señor! -dijo el ministro frotándose sus blancas y cuidadas manos, con esa satisfacción viva que tiene todo hombre que acaba de salir venturosamente de una incertidumbre o de un conflicto-. Reformaré mis comunicaciones y haré que el pensamiento de lord Palmerston se fije ilustradamente en la situación de los negocios, bajo el punto de vista que tan hábil, tan acertadamente acaba de determinar Vuestra Excelencia.

-Haga usted lo que quiera. Lo único que yo deseo es que se escriba la verdad -dijo Rosas con cierto aire de indiferencia, a través del cual el señor Mandeville, si hubiese estado con menos entusiasmo en ese momento, habría descubierto que la escena del disimulo comenzaba.

-El saber la verdad importa hoy tanto al gabinete inglés como a Vuestra Excelencia, que se haga saber esa verdad.

-¿A mí?

-¡Cómo! ¿Vuestra Excelencia no miraría como el mas grande apoyo posible el auxilio de la Inglaterra?

-¿En qué sentido?

-Por ejemplo, si la Inglaterra obligase a la Francia a la terminación de su cuestión en el Plata, ¿no sería para Vuestra Excelencia la mitad del triunfo sobre todos sus enemigos?

-Pero esa interposición de la Inglaterra, ¿no me la ha ofrecido usted desde el comenzamiento del bloqueo?

-Es muy cierto, Excelentísimo señor.

-Y de paquete a paquete, ¿no se ha pasado el tiempo sin recibir usted las instrucciones que siempre pide y que nunca le llegan?

-Cierto, Excelentísimo señor, pero esta vez, a la menor insinuación del gobierno inglés, el gobierno de Su Majestad el rey de los franceses despachará un plenipotenciario que arregle con Vuestra Excelencia esta malhadada cuestión. Hoy no puedo ponerlo en duda.

-¿Y por qué?

-El gobierno francés se encuentra hoy en una posición terrible, Excelentísimo señor. En la Argelia, la guerra se ha encendido con más vigor que nunca; Abd-el-Kader se presenta hoy como un enemigo formidable. En la cuestión de Oriente, la Francia sola tiene pretensiones diferentes y contrarias a las otras cuatro grandes potencias que se interponen entre el sultán y el pachá de Egipto; quince navíos, cuatro fragatas, y otros buques menores han sido enviados por el gobierno francés a los Dardanelos, y si él insiste en sus pretensiones, o si la Rusia se sostiene en proteger Constantinopla, dentro de poco el Rey Luis Felipe tendrá necesidad de enviar todas sus escuadras al Bósforo y a los Dardanelos. En el interior, la Francia no está más tranquila, ni más segura. La tentativa de Estrasburgo ha puesto en acción a todos los

napoleonistas, y los antiguos partidos empiezan a levantar su bandera parlamentaria. El ministerio Soult, si no ha caído ya, caerá pronto, y la oposición mina y trabaja por colocar en la presidencia del consejo a alguno de sus miembros eminentes. En tal situación, la Francia necesita consolidar más que nunca su alianza con la Inglaterra, y por una cuestión para ella de tan poco interés, como es la del Plata, el gabinete francés no querrá hacer a lord Palmerston un desaire bien peligroso en estas circunstancias.

-Hágalo o no lo haga, para mí es indiferente, señor ministro. Yo no corro peligro en Constantinopla, ni en Africa, y por lo que hace al bloqueo, no es a mí a quien más perjudica, como usted lo sabe.

-Ya lo sé, ya lo sé, Excelentísimo señor: es el comercio británico el que sufre por este prolongado bloqueo.

-¿Sabe usted qué capital inglés está encerrado en Buenos Aires porque la escuadra francesa no lo deja salir?

-Dos millones de libras en frutos del país que se deterioran cada día.

-¿Sabe usted cuánto es el gasto mensual que se hace por el cuidado de esos frutos?

-Veinte mil libras, Excelentísimo señor.

-Exactamente.

-Todo eso acabo de comunicarlo a mi gobierno.

-Me alegro que lo sepa, ya que quiere sufrir esos perjuicios. Son ustedes los interesados. Por lo que hace a mí yo sé cómo defenderme del bloqueo.

-Yo he repetido muchas veces que Vuestra Excelencia lo puede todo -dijo el ministro con una sonrisa, la más insinuante y cortesana, pero al mismo tiempo con la expresión de una verdad sentida.

-No todo, señor Mandeville -dijo Rosas echándose para atrás en su silla y fijando sus ojos como dos flechas sobre la fisonomía de aquel en quien al parecer iba a estudiar el fondo de su conciencia-, no todo, por ejemplo, cuando algún ministro extranjero abre las puertas de su casa a un unitario perseguido por la justicia y me lo oculta, yo no puedo contar con la franqueza de él para que venga a darme cuenta de tal suceso, y pedirme una gracia que yo concedería sin esfuerzo.

-¡Cómo! ¿Ha sucedido tal cosa? Por mi parte yo no sé a qué ministro se refiere Vuestra Excelencia.

-¿Usted no lo sabe, señor Mandeville? -dijo Rosas acentuando una por una sus palabras, con sus ojos clavados, sin pestañear, en la fisonomía de Mandeville.

-Doy a Vuestra Excelencia mi palabra de...

-Basta -le interrumpió Rosas, que antes de que hablase Mandeville se había convencido de que en efecto ignoraba aquello que a él le interesaba saber, y por lo que únicamente lo había llamado a su presencia-. Basta - repitió, y se levantó para no descubrir en su rostro el sentimiento de rabia que en aquel momento le conmovía.

Mandeville había vuelto a sus perplejidades anteriores acerca de aquel hombre de quien jamás otro alguno podía estar ni retirarse satisfecho y tranquilo.

Rosas acababa de dar un paseo por la habitación cuando de repente se paró, y poniendo su mano sobre el respaldo de la silla de Viguá, que había estado batallando horriblemente con el sueño durante esta larga conversación de que no había entendido una sola palabra, quedó en la actitud de un hombre que reconcentra en su oído toda la sensibilidad de su alma. El motivo era ya perceptible: un caballo a todo galope se sentía venir del Oeste por la calle del Restaurador, y en un minuto, el ruido de sus cascos vibraba en la cuadra de la casa de Rosas.

-Algún parte de la policía -dijo el señor Mandeville, que quería de algún modo anudar la conversación tan bruscamente rota, y que comprendía la atención de Rosas.

Rosas lo cubrió con una mirada de desprecio, y le dijo:

-No, señor ministro inglés: ese caballo viene de la campaña y el hombre que lo ha sentado contra la puerta de mi casa, no es celador, ni comisario de policía, sino un buen gaucho.

El ministro hizo un ligero movimiento de hombros y se levantó.

A este tiempo, el general Corvalán entró al comedor con un pliego en la mano.

Rosas lo abrió, y no bien hubo leído las primeras líneas, cuando una expresión de furor salvaje inundó su rostro, pero tan súbita que el señor Mandeville, que la había percibido con facilidad, quedó en duda si había sido acaso una ilusión de óptica o una realidad.

-Conque, señor Mandeville, usted se retira -dijo Rosas interrumpiendo la lectura del pliego y extendiendo la mano al señor Mandeville que ya estaba con el sombrero en la suya.

-Vuestra Excelencia descanse en sus amigos.

-¿Cuándo piensa usted despachar el paquete? -preguntó Rosas sin haber oído siquiera las palabras del ministro.

-Pasado mañana, Excelentísimo Señor.

-Es mucho tiempo. Haga usted trabajar bien a su secretario, y que el paquete salga mañana a la tarde, o más bien, hoy a la tarde, porque ya son las cuatro de la mañana.

-Saldrá a las seis de la tarde, Excelentísimo señor.

-Buenas noches, señor Mandeville.

Y se retiró este ministro después de tres o cuatro profundas reverencias.

-Corvalán, que acompañen al señor, y vuelva usted.

-¡Señor, señor! ¿Qué le hago al gringo? -dijo Viguá.

Pero Rosas sin oírle se sentó, extendió el pliego sobre la mesa, y apoyando la frente sobre sus dos manos, continuó leyendo, mientras a cada palabra sus ojos se inyectaban de sangre, y pasaban por su frente todas las medias tintas de la grana, del fuego y de la palidez.

Un cuarto de hora después, él mismo había cerrado la puerta exterior de su gabinete y se paseaba por él a pasos agitados, impelido por la tormenta de sus pasiones, que se hubieran podido definir y contar en los visibles cambios de su fisonomía.

VIII. El amanecer

El alba del 5 de mayo había despedido al fin aquella triste noche, testigo de la ejecución de un crimen horrible y de la combinación de otros mayores.

La blanca luz de esa beldad pudorosa de los cielos que asoma tierna y sonrosada en ellos para anunciar la venida del poderoso rey de la Naturaleza, no podía secar, con el tiernísimo rayo de sus ojos, la sangre inocente que manchaba la orilla esmaltada de ese río, de cuyas ondas se levantaba, cubierta con su velo de rosas, su bellísima frente de jazmines. Pero argentaba con él las torres y los capiteles de esa ciudad a quien los poetas han llamado "La Emperatriz del Plata", la "Atenas", o la "Roma del Nuevo Mundo".

Dormida sobre esa planicie inmensa en que reposa Buenos Aires, la ciudad de las propensiones aristocráticas por naturaleza, parecía que quisiera resistir las horas del movimiento y la vigilia que le anunciaba el día, y conservar su noche y su molicie por largo tiempo todavía. En sus calles espaciosas y rectas, se escondía aún, bajo los cuadrados edificios, alguna de esas medias tintas del claroscuro de los crepúsculos, que ponen en vacilación a los ojos, y en cierto no sé qué de disgustamiento al espíritu.

Una de esas brisas del sur, siempre tan frescas y puras en las zonas meridionales de la América, purificaba a la ciudad de los vapores húmedos y espesos de la noche, que el sol no había logrado levantar aún del lodo de las calles. Porque el invierno de 1840, como si hasta la Naturaleza hubiese debido contribuir en ese año a la terrible situación que comenzaba para el pueblo, había empezado sus copiosas lluvias desde los primeros días de abril. Y aquella brisa, embalsamada con las violetas y los jacintos que alfombran en esa estación las arenosas praderas de Barracas, derramaba sobre la ciudad un ambiente perfumado y sutil que se respiraba con delicia.

Todo era vaguedad y silencio, tranquilidad y armonía.

Al Oriente, sobre el horizonte tranquilo del gran río, el manto celestino de los cielos se tachonaba de nácares y de oro a medida que la aurora se remontaba sobre su carro de ópalo, y las últimas sombras de la noche amontonaban en el Occidente los postrimeros restos de su deshecho imperio.

¡Oh! ¿Por qué ese velo lúgubre y misterioso de las tinieblas no se sostenía suspendido del cielo sobre la frente de esa ciudad, de donde la mirada de Dios se había apartado? Si la maldición terrible había descendido sobre su cabeza en el rayo tremendo del enojo de la Divinidad, ¿por qué, entonces, la tierra no rodaba para ella sin sol y sin estrellas para que el escándalo y el crimen no profanasen esa luz de mayo, cuyo rayo había templado, treinta años antes, el corazón y la espada de los regeneradores de un mundo?... Pero la Naturaleza parece hacer alarde de su poder, rebelde a las insinuaciones humanas, cuanto más la humanidad busca en ella alguna afinidad con sus desgracias. Bajo el velo de una oscura noche, una mano regia abría una ventana de palacio y hacía, en París, la señal de la San Bartolomé, y al siguiente día un sol magnífico quebraba sus rayos de oro sobre las charcas de sangre de las víctimas, cuyo último gemido había demandado de Dios la venganza de tan horrible crimen. ¡Y ante el crepúsculo de una tarde lánguida y perfumada, cuando la luna y las estrellas empezaban a rutilar su luz de plata sobre los cielos de la Italia, y la campana de vísperas llamaba al templo de Dios a las almas cristianas, en las calles de Sicilia, una joven dio la señal tremenda que debía fijar en un río de sangre el recuerdo de una criminal venganza!

Como la Naturaleza, la humanidad también debía aparecer indiferente a las desgracias que se acumulaban sobre la cabeza de ese pueblo inocente que, como fue solo en las victorias y en la grandeza, solo y abandonado debía sufrir la época aciaga de su infortunio. Porque, por una extraña coincidencia de los destinos humanos, ese pueblo argentino que surgió de las florestas salvajes para dar libertad e imprimir el movimiento regenerador en diez naciones, parece destinado a ser tan grande en la victoria como en la derrota, en la virtud como en el crimen; pues que hasta los crímenes por que ha derramado un mar de lágrimas y sangre, tienen una fisonomía original e imponente, que las eleva sobre la vulgaridad de los delitos que conmueven y ensangrentan la vida civil y política de los pueblos.

Solo, abandonado, él comprendía, sin embargo, cuál era su situación actual, y presagiaba por instinto, por esa voz secreta de la conciencia que se anticipa siempre a hablarnos de las desgracias que nos amenazan, que un golpe nuevo y más terrible aún que aquellos que lo habían postrado, estaba próximo a ser descargado sobre su cabeza por la mano de la tiranía; y para contenerla, él, el pueblo de Buenos Aires, no tenía ni los medios ni siquiera el espíritu para procurarlos.

El terror, esa terrible enfermedad que postra el espíritu y embrutece la inteligencia; la más terrible de todas, porque no es la obra de Dios, sino de los hombres, según la expresión de Víctor Hugo, empezaba a introducir su influencia magnética en las familias. Los padres temblaban por los hijos. Los amigos desconfiaban de los amigos, y la conciencia individual, censurando las palabras y las acciones de cada uno, inquietaba el espíritu, y llenaba de desconfianzas el ánimo de todos.

El triunfo de los libertadores era la oración que cada uno elevaba a Dios desde el santuario secreto de sus pensamientos. Pero era tal la idea que se tenía de que los últimos paroxismos de la dictadura serían mortales para cuantos vivían al alcance de su temible mano, que sus mas encarnizados enemigos deseaban que aquel triunfo fuese una obra pronta, instantánea, que hiriese en la cabeza al tirano, con la rapidez y prepotencia del rayo, para no dar lugar a la ejecución de las terribles venganzas que temían. Y cuando, para conseguir esto, se ofrecían a sus ojos los obstáculos de tiempo, de distancia y de cosas, aquéllos, los más concienzudos enemigos del dictador, temblaban en secreto de la hora en que se aproximase el triunfo. ¡Tal era el primer síntoma con que se anunciaba el terror sobre el espíritu!

Así era la situación moral del pueblo de Buenos Aires en los momentos en que comenzamos nuestra historia.

Y en esos instantes en que el alba asomaba sobre el cielo, según el principio de este capítulo, y en que el silencio de la ciudad era apenas interrumpido por el rodar monótono de algunos carros que se dirigían al mercado, un hombre alto, flaco, no pálido, sino amarillo, y ostentando en su fisonomía unos cincuenta, o cincuenta y cinco años de edad, caminaba por la calle de la Victoria afirmándose magistralmente en su bastón; marchando con tal mesura y gravedad, que no parecía sino que había salido de su casa a esas horas para respirar el aire puro de la mañana, o para mostrar al rey del día, antes que ningún otro porteño, el inmenso chaleco colorado con que se cubría hasta el vientre, y las divisas federales que brillaban en su pecho y en su sombrero.

Este hombre, sin embargo, fuera por casualidad o intencionalmente, tenía la desgracia de que la hermosa caña de la India con puño de marfil que llevaba en su mano se le cayera dos o tres veces en cada cuadra, rodando siempre hacia atrás de su persona, cuyo incidente le obligaba a retroceder un par de pasos para cogerla; y, como era natural, a echar una mirada sobre las cuadras que había andado, es decir, en dirección al campo; porque este individuo venía del lado del Oeste, enfilando la calle de la Victoria, con dirección a la plaza.

Al cabo de veinte o veinticinco caídas del bastón, se paró delante de una puerta, que ya nuestros lectores conocen: era aquélla donde Daniel y su criado habían entrado algunas horas antes.

El paseante se reclinó contra el poste de la vereda, quitóse el sombrero y empezó a levantar los cabellos de su frente, como hacen algunos en lo más rigoroso del estío. Pero, por casualidad, por distracción, o no sabemos por qué, sumergió sus miradas a derecha e izquierda de la calle, y después de convencerse de que no había alma viviente en una longitud de diez o doce cuadras a lo menos, se acercó a la puerta de la calle y llamó con el picaporte, desdeñando, no sabemos por qué, hacer uso de un león de bronce que servía de estrepitoso llamador.

Librodot

IX. El ángel o el diablo

No será largo el tiempo que sostengamos la curiosidad del lector sobre el nuevo personaje que acaba de introducirse en nuestros asuntos. Pero entretanto, separándonos algo bruscamente de la calle de la Victoria, y pidiendo a nuestro buen viejo Saturno el permiso de no seguirlo esta vez en su mesurada carrera, daremos un salto desde el alba hasta las doce del día, de uno de esos días del mes de mayo, en que el azul celeste de nuestro cielo es tan terso y brillante que parece, propiamente hablando, un cortinaje de encajes y de raso; y apresurémonos a seguir un coche amarillo, tirado por dos hermosos caballos negros, que dejando la casa del general Mansilla, marcan a gran trote sus gruesas herraduras sobre el empedrado de la calle del Potosí. Y por cierto que no seremos únicamente nosotros los que nos proponemos seguirlo, pues no es difícil que la curiosidad se incite, y las imaginaciones de veinte años florezcan más improvisamente que la primavera, cuando el pasaje fugitivo de ese coche da tiempo, sin embargo, a mirar por uno de los postigos abiertos una mano de mujer, escondida entre un luciente guante de cabritilla color paja, que más bien parece dibujado que calzado en ella, y un puño de encajes blancos como la nieve, que acarician con sus pequeñas ondas aquella mano, cuya delicadeza no es difícil adivinar. Pero la mujer a quien pertenece, reclinada en un ángulo del carruaje, no quiere tener la condescendencia que su mano, y la mirada de los paseantes no puede llegar hasta su rostro.

El coche dobló por la calle de las Piedras, y fue a parar tras de San Juan, en una casa cuya puerta parecía sacada del infierno, tal era el color de llamas rojas que ostentaba.

Entonces, una joven bajó del coche, o más bien salvó los dos escalones del estribo, poniendo ligeramente su mano sobre el hombro de su lacayo. Y su gracioso salto dio ocasión por un momento a que asomase, de entre las anchas faldas del vestido, un pequeño pie, preso en un botín color violeta. Y era esta joven de diez y siete a diez y ocho años de edad, y bella como un rayo del alba, si nos es permitida esta tan etérea comparación. Los rizos de un cabello rubio y brillante como el oro, deslizándose por las alas de un sombrero de paja de Italia, caían sobre un rostro que parecía haber robado la lozanía y colorido de la más fresca rosa. Frente espaciosa e inteligente, ojos límpidos y azules como el cielo que los iluminaba, coronados por unas cejas finas, arqueadas y más oscuras que el cabello; una nariz perfilada, casi trasparente, y con esa ligerísima curva apenas perceptible, que es el mejor distintivo de la imaginación y del ingenio; y por último, una boca pequeña y rosada como el carmín, cuyo labio inferior la hacía parecer a las princesas de la casa de Austria, por el bello defecto de sobresalir algunas líneas al labio superior, completaban lo que puede describirse de aquella fisonomía distinguida y bella, en que cada facción revelaba delicadezas de alma, de organización y de raza, y para cuyo retrato la pluma descriptiva es siempre ingrata.

Agregad a esto un talle de doce pulgadas de circunferencia, sosteniendo un delicado vaso de alabastro en que parecía colocada, como una flor, aquella bellísima cabeza, y tendréis una idea medianamente aproximada de la joven del coche, vestida con un traje de seda color jacinto, y un chal de cachemira blanco, con guardas color naranja.

Había algo de aéreo, de vaporoso en esta criatura, que esparcía en torno suyo un perfume que sólo era perceptible al alma -alma de los que tienen el sentimiento de la belleza-. Fisonomía de perfiles, formas ligerísimamente dibujadas por el pincel delicado de la Naturaleza, más parecía la idealización de un poeta, que un ser viviente en este prosaico mundo en que vivimos. La joven pisó el umbral de aquella puerta y tuvo que recurrir a toda la fuerza de su espíritu, y a su pañuelo perfumado, para abrirse camino por entre una multitud de negras, de mulatas, de chinas, de patos, de gallinas, de cuanto animal ha criado Dios, incluso una porción de hombres vestidos de colorado de los pies a la cabeza, con toda la apariencia y las señales de estar, más o menos tarde, destinados a la horca, que cuajaba en el zaguán y parte del patio de la casa de doña María Josefa Ezcurra, cuñada de don Juan Manuel Rosas, donde la bella joven se encontraba.

No con poca dificultad llegó hasta la puerta de la sala y, tocando ligeramente los cristales, entró a ella esperando hallar alguien a quien preguntar por la dueña de casa. Pero la

Librodot

joven no encontró en esa sala sino dos mulatas, y tres negras que, cómodamente sentadas, y manchando con sus pies enlodados la estera de esparto blanca con pintas negras que cubría el piso, conversaban familiarmente con un soldado de chiripá punzó, y de una fisonomía en que no podía distinguirse dónde acababa la bestia y comenzaba el hombre.

Los seis personajes miraron con ojos insolentes y curiosos a esa recién venida en quien no veían los distintivos de la Federación, de que ellos estaban cubiertos en exuberancia, sino las puntas de un pequeñito lazo de cinta rosa, que asomaba por bajo el ala izquierda de su sombrero.

Un momento de silencio reinó en la sala.

-¿La señora Doña María Josefa está en casa? -preguntó la joven, sin dirigirse directamente a ninguna de las personas que se acaban de describir.

-Está, pero está ocupada -respondió una de las mulatas, sin levantarse de su silla.

La joven vaciló un instante; pero tomando luego una resolución para salir de la situación embarazosa en que se hallaba, llegóse a una de las ventanas que daban a la calle, abrióla, y llamando a su lacayo, dióle orden de entrar a la sala.

El lacayo obedeció inmediatamente, y luego de presentarse en la puerta de la sala le dijo la joven:

-Llama a la puerta que da al segundo patio de esta casa, y di que pregunten a la señora doña María Josefa si puede recibir la visita de la señorita Florencia Dupasquier.

El tono imperativo de esta orden y ese prestigio moral que ejercen siempre las personas de clase sobre la plebe, cualquiera que sea la situación en que estén colocadas, cuando saben sostenerse a la altura de su condición, influyó instantáneamente en el ánimo de los seis personajes que, por una ficción repugnante de los sucesos de la época, osaban creerse, con toda la clase a que pertenecían, que la sociedad había roto los diques en que se estrella el mar de sus clases oscuras, y amalgamádose la sociedad entera en una sola familia.

Florencia -en quien ya habrán conocido nuestros lectores al ángel travieso que jugaba con el corazón de Daniel- esperó un momento.

No tardó, en efecto, en aparecer una criada regularmente vestida, que le dijo tuviese la bondad de esperar un momento.

En seguida anunció a las cinco damas de la Federación allí sentadas, que la señora no podía oírlas hasta la tarde, pero que no dejasen de venir a esa hora. Ellas obedecieron en el acto; pero al salir, una de las negras no pudo menos de echar una mirada de enojo sobre la que causaba aquel desaire que se les acababa de hacer; mirada que se perdió en el aire, porque, desde su entrada a la sala, Florencia no se dignó volver sus ojos hacia aquellas tan extrañas visitas de la hermana política del gobernador de Buenos Aires, o más bien, a aquellas nubes preñadas de aire malsano que hacían parte del cielo rojo oscuro de la Federación.

La criada salió; pero el soldado, que no había recibido orden ninguna para retirarse, y que estaba allí por llamamiento anterior, creyóse bien autorizado para sentarse, cuando menos en el umbral de la puerta del salón, y Florencia quedó al fin completamente sola.

Al instante sentóse en el único sofá que allí había y, oprimiendo sus lindos ojos con sus pequeñas manos, quedóse de ese modo por algunos segundos, como si quisiesen reposar su espíritu y su vista del rato desagradable y violento por que acababan de pasar.

Entretanto, Doña María Josefa se daba prisa en una habitación contigua a la sala, en despachar dos mujeres de servicio con quienes estaba hablando, mientras ponía una sobre otra veinteitantas solicitudes que habían entrado ese día, acompañadas de sus respectivos regalos, en los que hacían no pequeña parte los patos y las gallinas del zaguán, para que por su mano fuesen presentadas a Su Excelencia el Restaurador, aun cuando Su Excelencia el Restaurador estaba seguro de no ser importunado con ninguna de ellas. Y se apresuraba, decíamos, porque la señorita Florencia Dupasquier, que se le había anunciado, pertenecía por su madre a una de las más antiguas y distinguidas familias de Buenos Aires, relacionada desde mucho tiempo con la familia de Rosas; aun cuando en la época presente, con pretexto de la ausencia de monsieur Dupasquier, su señora y su hija aparecían muy rara vez en la sociedad.

El lector querría saber, qué clase de negocios tenía doña María Josefa con las negras y las mulatas de que estaba invadida su casa. Más adelante lo sabremos. Baste decir, por ahora, que en la hermana política de don Juan Manuel de Rosas, estaban refundidas muchas de las malas semillas, que la mano del genio enemigo de la humanidad arroja sobre la especie, en medio de las tinieblas de la noche, según la fantasía de Offmann. Los años 33 y 35 no pueden ser explicados en nuestra historia, sin el auxilio de la esposa de don Juan Manuel de Rosas, que sin ser malo su corazón, tenía, sin embargo, una grande actividad y valor de espíritu para la intriga política; y los 39, 40 y 42 no se entenderían bien si faltase en la escena histórica la acción de doña María Josefa Ezcurra.

Esas dos hermanas son verdaderos personajes políticos de nuestra historia, de los que no es posible prescindir, porque ellas mismas no han querido que se prescinda; y porque, además, las acciones que hacen relación con los sucesos públicos, no tienen sexo.

La Naturaleza no predispuso la organización de la hermana política de Rosas para las impresiones especiales de la mujer. La actividad y el fuego violento de pasiones políticas debían ser el alimento diario del alma de esa señora. Circunstancias especiales de su vida habían contribuido a desenvolver esos gérmenes de su naturaleza. Y la posición de su hermano político, y las convulsiones sangrientas de la sociedad argentina, le abrían un escenario vasto, tumultuoso y terrible, tal cual su organización lo requería. Sin vistas y sin talento, jamás un ser oscuro en la vida del espíritu ha prestado servicios más importantes a un tirano que los que a Rosas la mujer de que nos ocupamos; por cuanto la importancia de los servicios para con Rosas, estaban en relación con el mal que podía inferir a sus semejantes; y su cuñada con un tesón, una perseverancia y una actividad inauditos, le facilitaba las ocasiones en que saciar su sed abrasadora de hacer el mal.

Esta señora, sin embargo, no obraba por cálculo, no; obraba por pasión sincera, por verdadero fanatismo por la Federación y por su hermano; y ciega, ardiente, tenaz en su odio a los unitarios, era la personificación más perfecta de esa época de subversiones individuales y sociales, que había creado la dictadura de aquél. Época que no ha sido estudiada todavía, y que causará asombro cuando se haga conocer en ella todo cuanto puede relajarse la moral de una sociedad joven, cuando esa relajación es impelida por una mano poderosa que se empeña en eso; encontrando por resistencia apenas la moral y la virtud privada, que se dejan arrastrar indefensas y fácilmente en el torbellino de los cataclismos públicos, porque les falta la potencia irresistible de la asociación de ellas mismas. La asociación de las ideas, de las virtudes, de los hombres, en fin, no existía en ese pueblo, que creía, con el candor del niño, que bastaba para ser libre, grande y poderoso, el haber sido valiente en las batallas.

Disociados los hombres, aislados los sentimientos de la justicia y de la moral, de la virtud y del decoro, fueron aniquilados al empuje violento del crimen asociado y organizado por un gobierno, cuyo objeto era éste únicamente, y que explotaba para conseguirlo todos los malos instintos de una plebe ignorante y apasionada, que buscaba el momento de reaccionarse contra un orden de cosas civilizado, que empezaba a oprimir en ella la expansión de sus habitudes salvajes.

La puerta contigua a la sala abrióse al fin, y la mano de la elegante Florencia fue estrechada entre la mano descuidada de doña María Josefa: mujer de pequeña estatura, flaca, de fisonomía enjuta, de ojos pequeños, de cabello desaliñado y canoso, donde flotaban las puntas de un gran moño de cinta color sangre; y cuyos cincuenta y ocho años de vida estaban notablemente aumentados en su rostro por la acción de las pasiones ardientes.

-¡Qué milagro es éste! ¿Por qué no ha venido también doña Matilde? -preguntó sentándose en el sofá a la derecha de Florencia.

-Mamá se halla un poco indispuesta; pero, no pudiendo saludar a Vuesa Merced personalmente, me manda ofrecerle sus respetos.

-Si yo no conociera a doña Matilde y su familia, creería que se había vuelto unitaria; porque ahora se conocen a las unitarias por el encerramiento en que viven. ¿Y sabe usted por qué se encierran esas locas?

Librodot

-¿Yo? No, señora. ¿Cómo quiere usted que yo lo sepa?

-Pues se encierran por no usar la divisa como está mandado, o porque no se la peguen con brea, lo que es una tontería, porque yo se la remacharía con un clavo en la cabeza para que no se la quitasen ni en su casa; y... pero tampoco usted, Florencita, la trae como es debido.

-Pero, al fin, la traigo, señora.

-¡La traigo, la traigo! Pero eso es como no traer nada. Así la traen también las unitarias; y aunque usted es la hija de un francés, no por eso es inmunda y asquerosa como son todas ellas. Usted la trae, pero...

-Y eso es cuanto debo hacer, señora -dijo Florencia interrumpiéndola y queriendo tomar la iniciativa en la conversación para domar un poco aquella furia humana, en quien la avaricia era una de sus primeras virtudes.

-La traigo -continuó-, y traigo también esta pequeña donación que, por la respetable mano de usted, hace mamá al hospital de mujeres, cuyos recursos están tan agotados, según se dice.

Y Florencia sacó del bolsillo de su vestido una carterita de marfil en donde había doblados cuatro billetes de Banco, que puso en la mano de doña María Josefa, y que no era otra cosa que ahorros de la mensualidad para limosnas y alfileres que desde el día de sus catorce años le pasaba su padre.

Desdobló los billetes, y dilató sus ojos para contemplar la cifra 100, que representaba el valor de cada uno; y enrollándolos y metiéndolos entre el vestido negro y el pecho, dijo con esa satisfacción de la avaricia satisfecha, tan bien pintada por Moliére:

-¡Esto es ser federal! Dígale usted a su mamá que le he de avisar a Juan Manuel de este acto de humanidad que tanto la honra; y mañana mismo mandaré el dinero al señor don Juan Carlos Rosados, ecónomo del hospital de mujeres -y apretaba con su mano los billetes, como si temiera se convirtiese en realidad la mentira que acababa de pronunciar.

-Mamá quedaría bien recompensada con que tuviese usted la bondad de no referir este acto, que para ella es un deber de conciencia. Sabe usted que el señor gobernador no tiene tiempo para dar su atención a todas partes. La guerra le absorbe todos sus momentos; y, si no fuesen usted y Manuelita, difícilmente podría atender a tantas cargas como pesan sobre él.

La lisonja tiene mas acción sobre los malos que sobre los buenos, y Florencia acabó de encantar a la señora con esta segunda ofrenda que la hacía.

-¡Y bien que le ayudamos al pobre! -contestó arrellanándose en el sofá.

-Yo no sé cómo Manuelita tiene salud. Pasa en vela las noches, según se dice, y esto acabará por enfermarla.

-Anoche, por ejemplo, no se ha acostado hasta las cuatro de la mañana.

-¿Hasta las cuatro?

-Y dadas ya.

-Pero ahora, felizmente creo que no tenemos ocurrencias ningunas.

-¡Bah! Cómo se conoce que no está usted en la política. Ahora más que nunca.

-Cierto. Yo no puedo estar en unos secretos que sólo usted y Manuelita poseen muy dignamente; pero pensaba que estando tan lejos Entre Ríos, donde es el teatro de la guerra, los unitarios de aquí no molestarían mucho al gobierno.

-¡Pobre criatura! Usted no sabe sino de sus gorras y de sus vestidos; ¿y los unitarios que quieren embarcarse?

-¡Oh, eso no se les podrá impedir! ¡La costa es inmensa!

-¿Que no se les puede impedir?

-Me parece que no.

-¡Bah, bah, bah! -y soltó una carcajada infernal mostrando tres dientes chiquitos y amarillos, únicos que le habían quedado en su encía inferior-. ¿Sabe usted a cuántos se agarraron anoche? -preguntó.

-No lo sé, señora -contestó Florencia, ostentando la más completa indiferencia.

-A cuatro, hija mía.

-¿A cuatro?

-Justamente.

-Pero esos ya no podrán irse, porque supongo que estarán presos a estas horas.

-¡Oh! De que no se irán yo le respondo a usted, porque se ha hecho con ellos algo mejor que ponerlos en la cárcel.

-¡Algo mejor! -exclamó Florencia como admirada, disimulando que sabía ya la suerte de aquellos infelices, pues que acababa de estar con la señora de Mansilla, y sabía ya las desgracias de la noche anterior, aun cuando ni una palabra sobre el que había tenido la dicha de libertarse de la muerte.

-Mejor, por supuesto. Los buenos federales han dado cuenta de ellos; los han... los han fusilado.

-¡Ah, los han fusilado!

-Y muy bien hecho; ha sido una felicidad aunque con una pequeña desgracia.

-¡Oh!, pero usted dice que es pequeña, señora, y las cosas pequeñas no dan mucho que hacer a las personas como usted.

-A veces. Uno logró escaparse.

-Entonces no tendrán mucho que molestarse para encontrarle, porque la policía es muy activa según creo.

-No mucho.

-Dicen que en este ramo el señor Victorica es un genio -insistió la traviesa diplomática, que quería picar el amor propio de doña María Josefa.

-¡Victorica! No diga usted disparates; yo, yo y nadie más que yo lo hace todo.

-Así lo he creído siempre, y en el caso actual casi estoy segura de que será usted más útil que el señor jefe de policía.

-Puede usted jurarlo.

-Aunque, por otra parte, las muchas atenciones de usted le impedirán acaso...

-Nada, nada me impiden. Yo no sé muchas veces cómo me basta el tiempo. Hace dos horas que salí de lo de Juan Manuel, y ya sé más sobre el que se ha fugado que lo que sabe ese Victorica que tanto ponderan.

-¡Es posible!

-Lo que usted oye.

-¡Pero eso es increíble... en dos horas... una señora!

-Lo que usted oye -repitió doña María Josefa, cuyo flaco era contar sus hazañas, criticar a Victorica y procurar que la admirasen los que la oían.

-Lo creeré porque usted lo dice, señora -continuó Florencia, que iba entrando a carrera por la cueva en que aquella fanática mujer guardaba mal velados sus secretos.

-¡Oh! Créame usted como si lo viera.

-Pero habrá puesto usted cien hombres en persecución del prófugo.

-Nada de eso. ¡Qué! Mandé llamar a Merlo que fue quien los delató; vino, pero ese animal no sabe ni el nombre ni las señas del que se ha escapado. Entonces mandé llamar a varios de los soldados que se hallaron anoche en el suceso; y allí está sentado en la puerta de la sala el que me ha dado los mejores informes. Y... ¡verá usted qué dato! ¡Camilo! -gritó, y el soldado entró a la sala y se acercó a ella con el sombrero en la mano-. Dígame usted, Camilo -continuó aquélla-, ¿qué señas puede usted dar del inmundo asqueroso salvaje unitario que se ha escapado anoche?

-Que ha de tener muchas marcas en el cuerpo, y que una de ellas yo sé dónde está -contestó con una expresión de alegría salvaje en su fisonomía.

-¿Y dónde? -preguntó la vieja.

-En el muslo izquierdo.

-¿Con qué fue herido?

-Con sable, es un hachazo.

-¿Está usted cierto de lo que dice?

-¡Cómo no he de estar cierto! Yo fui quien le pegué el hachazo, señora.

Florencia se echó atrás, hacia el ángulo del sofá.

-¿Y lo conocería usted si lo viera? -continuó doña María Josefa.

-No, señora, pero si lo oigo hablar le he de conocer.

-Bien, retírese usted, Camilo. Ya lo ha oído usted -prosiguió la hermana política de Rosas dirigiéndose a la señorita Dupasquier que no había perdido una sola palabra de la declaración del bandido- ¡ya lo ha oído usted, herido en un muslo! ¡Oh, es un descubrimiento que vale algunos miles! ¿No le parece a usted?

-¡A mí! Yo no alcanzo, señora, de qué importancia pueda serle a usted el saber que el que se ha escapado tiene una herida en el muslo izquierdo.

-¿No lo alcanza usted?

-Ciertamente que no; pues supongo que el herido a estas horas estará curándose en su casa o en alguna otra, y no se ven las heridas a través de las casas.

-¡Pobre criatura! -exclamó doña María Josefa riéndose, alzando y dejando caer su mano descarnada y huesosa sobre la rodilla de Florencia-. ¡Pobre criatura! Esa herida me da tres medios de averiguación.

-¡Tres medios!

-Justamente. Oigalos usted y aprenda algo: los médicos que asistan a un herido; los boticarios que despachen medicamentos para heridas, y las casas en que se note asistencia repentina de un enfermo. ¿Qué le parece a usted?

-Si usted los halla buenos, señora, así serán, pero en mi opinión no es gran cosa lo que se podrá adelantar con esos medios.

-¡Oh!, pero tengo otro de reserva para cuando con ésos no logre nada.

-¿Otro medio más?

-¡Por supuesto! Los que he indicado son para las diligencias de hoy y de mañana; pero el lunes ya tendré, cuando menos, una pluma del pájaro.

-Me parece que ni el color de las plumas ha de ver usted, señora -respondióle Florencia con una sonrisa llena de picante y de gracia, calculada para irritar y dar movimiento a aquella máquina de cuchillos que tenía a su lado.

-¡Que no! Ya verá usted el lunes.

-¿Y por qué el lunes y no otro día cualquiera?

-¿Por qué? ¿Usted cree, señorita, que las heridas de los unitarios no vierten sangre?

-Sí, señora, vierten sangre como las de cualquier otro; quiero decir, deben verterla; porque yo no he visto jamás la sangre de ningún hombre.

-Pero los salvajes unitarios no son hombres, niña.

-¿No son hombres?

-No son hombres; son perros, son fieras, y yo andaría pisando sobre su sangre sin la menor repugnancia.

Un estremecimiento nervioso conmovió toda la organización de la joven, pero se dominó.

-¿Conviene usted, pues, en que sus heridas vierten sangre? -continuó doña María Josefa.

-Sí, señora, convengo.

-Entonces, ¿convendrá usted también en que la sangre mancha las ropas con que se está vestido?

-Sí, señora, también convengo en ello.

-¿Que mancha las vendas que aplican a las heridas?

-También.

-¿Las sábanas de la cama?

-Así debe ser.

-¿Las toallas en que se secan las manos los asistentes del enfermo?

-También puede ser.

-¿Cree usted todo esto?

-Sí, señora, lo creo, pero todas esas cosas me intrigan, y lo que más puedo asegurar a usted es que no entiendo una palabra de lo que quiere usted decirme.

Y en efecto, Florencia, con toda la vivacidad de su imaginación, hacía vanos esfuerzos por alcanzar el pensamiento maldito a que precedían aquellos preámbulos.

-¡Toma! Vamos a ver. ¿Qué día reciben la ropa sucia las lavanderas?

-Generalmente el primer día de la semana.

-A las ocho o las nueve de la mañana, y a las diez van con ella al río, ¿entiende usted ahora?

-Sí -contestó Florencia asustada de la imaginación endemoniada de aquella mujer, que le sugería recursos que no habrían pasado por la suya en todo el curso de su vida.

-La lavandera no ha de ser unitaria, y aunque lo fuese, ella ha de lavar la ropa delante de otras, y yo daré mis órdenes a este respecto.

-¡Ah, es un plan excelente -dijo la joven que ya hacía un gran esfuerzo sobre sí misma para soportar la presencia de aquella mujer, cuyo aliento le parecía que estaba tan envenenado como su alma.

-¡Excelente! Y sé que no se le habría ocurrido a Victorica en un año.

-Lo creo.

-Ni mucho menos a ninguno de esos unitarios fatuos y botarates que creen que todo lo saben y que para todo sirven.

-De eso no me cabe la mínima duda -exclamó la señorita Dupasquier, con tal prontitud y alegría, que cualquiera otra persona que doña María Josefa habría comprendido la satisfacción que animó a la joven al hacer esa justicia a los unitarios: a esa clase distinguida a que ella pertenecía por su nacimiento y educación.

-¡Oh! ¡Florencita, no vaya usted a casarse con ningún unitario! Además de inmundos y asquerosos, son unos tontos, que el más ruin federal se puede medir con todos ellos. Y, a propósito de casamiento, ¿cómo está el señor don Daniel, que no se deja ver en parte alguna de algún tiempo a acá?

-Está perfectamente bueno de salud, señora.

-Me alegro mucho. Pero cuidado, abra usted los ojos; mire usted que le doy un buen consejo.

-¡Que abra los ojos! ¿Y para ver qué, señora? -interrogó Florencia, cuya curiosidad de mujer amante no había dejado de picarse un poco.

-¿Para qué? ¡Oh, usted lo sabe bien! Los enamorados adivinan las cosas.

-¿Pero qué quiere usted que yo adivine?

-¡Toma!¿No ama usted a Bello?

-¡Señora!

-No me oculte usted lo que yo sé muy bien.

-Si usted lo sabe...

-Sí, yo lo sé; debo prevenir que hay moros en la costa, que tenga cuidado de que no la engañen, porque yo la quiero a usted como a una hija.

-¡Engañarme! ¿Quién? Aseguro a usted, señora, que no la comprendo -replicó Florencia algo turbada, pero haciendo esfuerzos sobre sí misma para arrancar de doña María Josefa el secreto que le indicaba poseer.

-¡Pues es gracioso! ¿Y a quién he de referirme sino al mismo Daniel?

-¡Oh! eso es imposible, señora; Daniel no me ha engañado jamás -contestó con altivez Florencia.

-Yo he querido creerlo así, pero tengo datos.

-¿Datos?

-Pruebas. ¿No ha pensado usted en Barracas más de una vez? Vamos, la verdad; a mí no me engaña nadie.

Librodot

-Alguna vez habló de Barracas, pero no veo que relación tenga Barracas conmigo.

-Con usted, indirecta; con Daniel, directamente.

-¿Lo cree usted?

-Y mejor que yo, lo sabe y lo cree una cierta Amalia, prima hermana de un cierto Daniel, conocido y algo más de una cierta Florencia. ¿Comprende usted ahora, mi paloma sin hiel? -dijo la vieja riéndose y acariciando con su mano sucia la espalda tersa y rosada de Florencia.

-Comprendo algo de lo que usted quiere decirme, pero creo que hay alguna equivocación en todo esto -contestó la joven con fingido aplomo, pues que su corazón acababa de recibir un golpe para el cual no estaba preparado, aun cuando le era perfectamente conocida la maledicencia de la persona con quien hablaba: ¡qué mujer no está pronta siempre a creerse engañada y olvidada del ser a quien consagra su corazón y sus amores!

-No me equivoco, no, señorita. ¿A quién ve esa Amalia, viuda, independiente y aislada en su quinta? A Daniel solamente. ¿Qué ha de hacer Daniel, joven y buen mozo, al lado de su prima joven, linda y dueña de sus acciones? No han de ponerse a rezar, según me parece. ¿De qué proviene la vida retirada que hace Amalia? Daniel lo sabrá, porque es el único que la visita. ¿Qué se hace Daniel que no se le ve en ninguna parte? Es porque Daniel va todas las tardes a ver a su prima, y a la noche a ver a usted. Esta es la moda de los mozos de ahora: dividir el tiempo con cuantas pueden. Pero, ¿qué es eso? ¡Se pone usted pálida!

-No es nada, señora -dijo Florencia que en efecto estaba pálida como una perla, porque toda su sangre se detenía en su corazón.

-¡Bah! -exclamó doña María Josefa, soltando una carcajada estridente-. ¡Bah, bah, bah! Y eso que no le digo todo. ¡Lo que son las muchachas!

-¡Todo!-exclamó Florencia.

-No, no quiero poner mal a nadie -y seguía riéndose a carcajada tendida, gozando de los tormentos con que estaba torturando el corazón de su víctima.

-Señora, yo me retiro -dijo Florencia levantándose casi trémula.

-¡Pobrecita! Tírele bien de las orejas, no se deje engañar -y, sin levantarse, soltaba de nuevo sus malignas carcajadas, y era la risa del diablo la que estaba contrayendo y dilatando la piel gruesa, floja y con algunas manchas amoratadas, de la fisonomía de esa mujer, que en ese momento hubiera podido servir de perfecto tipo para reproducir las brujas de las leyendas españolas.

-Señora, yo me retiro -repitió Florencia extendiendo la mano a quien acababa de enturbiar en su alma el cristal puro y transparente de su felicidad, con la primera sombra de una sospecha horrible sobre la fidelidad de su amante.

-Bien, mi hijita, adiós. Memorias a mamá, y que se mejore para que nos veamos pronto. Adiós, y abrir los ojos, ¡eh! -y riéndose todavía, acompañó a la señorita Dupasquier hasta la puerta de la calle.

La infeliz joven subió a su carruaje, y tuvo que desprender los broches del vestido que oprimía su cintura de sílfide, para poder respirar con libertad, pues en ese momento estaba a punto de desmayarse. En Florencia había una de esas organizaciones desgraciadas que carecen de esa triste consolación del llanto, que indudablemente arrebata en sus gotas una gran parte de la opresión física en que ponen al corazón las impresiones imprevistas y dolorosas.

La reflexión, esa facultad que levanta al hombre a la altura de la Divinidad, que lo ha creado y que, sin embargo, suele servirnos muchas veces para dar amplificación a los males de que queremos libertarnos con ella, vino a llenar de sombras el espíritu impresionable de aquella joven.

"En efecto -se decía Florencia-, Daniel monta a caballo con frecuencia; nunca he sabido dónde pasa las tardes. Muchas noches, la de ayer por ejemplo, se ha retirado de mi casa a las nueve. Nunca me ha ofrecido la relación de su prima. Por otra parte, esta mujer que lo sabe todo, que tiene a su servicio todos los medios que le sugiere su espíritu perverso para saber

cuanto pasa y cuanto se dice en Buenos Aires. Esta mujer que me ha hablado con tal seguridad; que posee pruebas, según me ha dicho. Esta mujer que no tiene ningún motivo para aborrecerme y engañarme..."

-¡Oh, es cierto, es cierto, Dios mío! -exclamaba Florencia, oprimiendo con una de sus manos su perfilada frente, cuyo color de rosa huía y reaparecía en cada segundo. Y su cabeza se perdía en un mar de recuerdos, de reflexiones y de dudas, sin tener el vigor necesario para sacudirse de esa especie de vértigo que la anonadaba, porque en ella la sensibilidad, el corazón, como se dice vulgarmente, era más poderoso y activo que su viva y brillante inteligencia, y la absorbía toda en las situaciones en que un pesar o una felicidad profunda la conmovían.

Agitada, pálida, no pensando ya sino en las conversaciones de Daniel relativas a Amalia, en que tantas veces había ponderado su belleza, su talento y la delicadeza de sus gustos, Florencia llegó a su casa a la una y media de la tarde, decidida a referir a su madre cuanto acababa de oír, porque Florencia no había tenido en la vida más amor que el de Daniel, ni más amistad que la de su madre. Felizmente, la señora Dupasquier acababa de salir y Florencia se encontró sola en su salón, en tanto que se aproximaba el momento de recibir la visita de Daniel, según la hora que le había anunciado en su carta de la mañana.

Librodot

X. Una agente de Daniel

A las nueve de la mañana, Daniel se vestía tranquilamente ayudado por su fiel Fermín, que había cumplido ya todas las comisiones de que había sido encargado por su señor.

-¿Florencia misma recibió las flores? -le preguntó mientras pasaba la escobilla por su cabello castaño oscuro y por su patilla rala, que se abría artificialmente en la barba, según las prescripciones federales de la época.

-Ella misma, señor.

-¿Y la carta?

-Junto con las flores.

-¿Observaste si estaba contenta?

-Me parece que sí, pero se sorprendió cuando le di la carta. Me preguntó si había ocurrido alguna novedad.

-¡Pobrecita! Vamos a ver: ¿cómo estaba vestida? Cuéntame todo; pero primero, lo que estaba haciendo cuando llegaste.

-Estaba bajo la planta de jazmines que hay en el patio, desenvolviendo los papelitos de los rizos.

-¡De sus rizos de oro, de sus rizos cuyas hebras tienen atado mi corazón al suyo! Continúa -dijo Daniel, acabando de atar con negligencia una corbata de seda negra a su cuello.

-No hacía nada más.

-Pero te he preguntado cómo estaba vestida.

-Con un vestido blanco con listas verdes, todo abierto por delante y atado a la cintura.

-¡Bellísima descripción! Eso se llama un batón de mañana, Fermín. ¡Qué linda estaría! Y bien ¿qué más?

-Nada más.

-Eres un tonto.

-Pero, señor, si no tenía otro vestido.

-Sí, pero tenía zapatos o botines, tenía algún pañuelo, alguna cinta, alguna otra cosa, en fin, que tú has debido ver para contármelo todo.

-¡Y cuándo iba a fijarme en todo eso, señor! -respondió el criado de Daniel, con esa calma y esa expresión burlona en la fisonomía, peculiares al gaucho; porque Fermín lo era por su primera educación, aun cuando los hábitos de la ciudad habían corregido mucho aquellos de su niñez.

-Peor para ti. Vamos a otra cosa. ¿Quiénes están ahí?

-La mujer a quien fui a llamar de parte de usted y don Cándido.

-¡Ah! Mi maestro de palotes; ¡el genio de los adjetivos y de las digresiones! ¿Y qué motivo lo trae por esta casa? ¿Sabes algo de eso, Fermín?

-No, señor. Me ha dicho que tiene precisión de hablar a usted; que hoy a las seis vino y halló la puerta cerrada, que volvió a las siete, y desde esa hora está esperando a que usted se levante.

-¡Diablo! Mi antiguo maestro de escritura no ha perdido la costumbre de incomodarme, y habría querido que me levantase a las seis de la mañana. Hazlo entrar a mi escritorio, pero después que se haya retirado doña Marcelina, y ésta puede entrar ya -dijo Daniel poniéndose una bata de tartán azul, que hacía resaltar la blancura de sus lindas manos, porque eran en efecto manos que podrían dar envidia a una coqueta.

-¿La hago entrar aquí? -preguntó Fermín como dudando.

-Aquí, mi casto señor Don Fermín. Me parece que no hablo en griego. Aquí, a mi alcoba, y ten cuidado de cerrar la puerta del escritorio que da a la sala, y también la de este aposento cuando entre esa mujer.

Un momento después un ruido como el que hace el papel de una pandorga cuando acaba de secarse al sol y el niño lo sacude para ver si está en estado de pegarse al armazón,

anunció a Daniel que las enaguas de doña Marcelina venían caminando a par de ella por el gabinete contiguo.

Ella apareció, en efecto, con un vestido de seda color borra de vino y un pañuelo de merino amarillo con guardas negras, del cual la punta del inmenso triángulo que formaba a sus espaldas la caía regiamente sobre el tobillo izquierdo. Un pañuelo blanco de mano, muy almidonado y tomado por el medio para que las cuatro puntas pudiesen mostrar libremente unos cupidos de lana color rosa que resplandecían en ellas, y un gran moño de cinta colorada en la parte izquierda de la cabeza, completaban la parte visible de los adornos de esa mujer en cuyo semblante moreno y carnudo, donde lo mejor que había eran unos grandes ojos negros que debieron ser bellos cuando conservaban su primitivo brillo, estaban muy claramente definidos y sumados unos cuarenta y ocho inviernos con sus correspondientes tempestades; declaración que se empeñaban en disimular en vano los gruesos rulos que caían hasta la barba, y de un cabello grueso, áspero, y cuyo color estaba apostando a que no lo distinguirían entre el chocolate y el café aguado. Agregando a esto una estatura más bien alta que baja, un cuerpo más bien gordo que flaco, donde lo más notable era un pecho que parecía un vientre, ya se podrá tener una idea aproximada de doña Marcelina, a quien Daniel saludó sin levantarse del sillón, y con esa sonrisa que nada tiene de familiar, aun cuando mucho de animador, que es un atributo de las personas de calidad acostumbradas a tratar con inferiores.

-La necesito a usted, doña Marcelina -le dijo haciéndole señas de que ocupase una silla frente a él.

-Siempre estoy a las órdenes de usted, señor don Daniel -contestó la recién venida, sentándose y estirando el vestido por los lados, tomándolo con la punta de los dedos, como si fuese a bailar el circunspecto y gentil minué de nuestros padres; haciendo que la silla desapareciese bajo tan voluminosa nube.

-Ante todas las cosas ¿cómo va la salud y cómo están en casa? -preguntó Daniel, que era hombre que jamás pisaba fuerte sin haber tanteado antes el terreno, aun cuando sobre él hubiese caminado la víspera.

-Aburrida, señor; hoy se hace una vida en Buenos Aires capaz de purgar todos los pecados que una tenga.

-Eso habrá adelantado usted para cuando pase a la vida eterna -respondió Daniel mirando sus manos y como si ellas solas lo preocupasen.

-Otros tienen más pecados que yo y ganarán el cielo -dijo doña Marcelina meneando la cabeza.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, los que usted sabe.

-Hay ciertas cosas que yo las olvido con facilidad.

-Pues yo no, y si viviera doscientos años no dejaría un día de recordarlas.

-Mal hecho: perdonar a nuestros enemigos es un precepto de nuestra religión.

-¡Perdonarlos! ¿Perdonarlos después del bochorno que me hicieron sufrir, después de haberme hecho perder mi reputación, confundiéndome con las mujeres públicas? Jamás. Yo tengo un corazón de Capuleto.

-¡Bah! -exclamó Daniel conteniendo la risa al oír la comparación de doña Marcelina-, usted exagera siempre cuando habla de esas cosas.

-¿Qué dice usted? ¡Exagerar! Pues no es nada, meterme en una carreta junto con las demás; confundirme con ellas; querer mandarme al Arroyo Azul ¡a mí que jamás había recibido en mi casa sino la flor y nata de Buenos Aires! No, no crea usted que fue por mi conducta; fue una venganza política, porque mis opiniones eran conocidas de todos. Mis primeras relaciones fueron con unitarios. Me visitaban ministros, abogados, poetas, médicos, escritores; lo mejor que había en Buenos Aires; y por eso el tirano de Perdriel me puso en lista, cuando Tomás Anchorena decretó el destierro de las mujeres públicas; ese viejo tartufo y usurero que bien hacían en decirle:

El inmortal macuquino,
Gran sacerdote apostólico,
No gastará un real en vino
aunque reviente de cólico.

-Hermosos versos, doña Marcelina.

-Magníficos. Eran los que le componían el año 33. ¡Ah! Ese insulto lo recibí en tiempo de la primera administración de este gaucho asesino que me hizo víctima de mis opiniones políticas, y quizá también de mi amor a la literatura, porque este salvaje proscribió a todos los que nos dedicábamos a ella. Todos mis amigos fueron desterrados. ¡Ah, época fausta de los Varelas y Gallardos! Pasó, pasó a la nada, como dice... ¡Acuérdese usted, señor Don Daniel, acuérdese usted! -y doña Marcelina, que empezaba a sudar después de su discurso, se pasó el pañuelo con pinos por la frente, y se echó a los hombros el que le cubría el pecho.

-Fue una injusticia atroz -la respondió Daniel con una cara en cuya grave y magistral seriedad estaba pintada la más franca expresión de la risa que estaba agitando su espíritu.

-¡Atroz!

-Y de que sólo las relaciones de usted pudieron salvarla.

-Así fue, ya se lo he referido a usted muchas veces; me salvó uno de mis más respetables amigos, que se condolió de la inocencia ultrajada por la barbarie, que es lo más inhumano, como dice Rousseau -exclamó con énfasis doña Marcelina, cuyo flaco eran las citas literarias, y cuyo fuerte eran las citas de otra especie.

-Rousseau tuvo razón en escribir esa admirable novedad -dijo Daniel conteniendo la risa que le hervía en el pecho al oír aquel nombre y aquella citación en los labios de doña Marcelina.

-Pues eso fue lo que dijo. ¡Oh, si supiese usted la memoria que tengo! Sabía la Argia y la Dido , verso por verso, al otro día de representarse por primera vez.

-¡Admirable memoria!

-Pues así es. ¿Quiere usted que le recite el sueño de Dido , o el delirio de Creón , que tiene unas diez páginas y que empieza así?: "¡Triste fatalidad! Dioses supremos..."

-No, no, gracias -la dijo Daniel interrumpiéndola, temblando de que quisiera continuar hasta el fin aquel eterno delirio, que hace delirar de fastidio en la tragedia del poeta clásico de los unitarios.

-Muy bien, como usted quiera.

-¿Y ahora qué lee usted, señora doña Marcelina?

-Ahora estoy leyendo el Hijo del Carnaval , para luego leer la Lucinda , que está concluyendo mi sobrina Tomasita.

-¡Excelentes libros! ¿Y quién le presta a usted esa escogida colección de obras? -preguntó Daniel, reclinándose en un brazo del sillón y fijando sus ojos tranquilos y penetrantes en la fisonomía de aquella desacordada mujer.

-A mí no me los prestan; es a mi sobrinita Andrea a quien se los lleva el señor cura Gaete.

-¡El cura Gaete! -dijo Daniel no pudiendo ya contener la risa a que dio salida libremente.

-Y yo se lo agradezco mucho; porque las personas que tienen instrucción saben que es necesario que las jóvenes lean lo malo como lo bueno para que no las engañen en el mundo.

-Perfectamente pensado, doña Marcelina; pero lo que no entiendo es cómo una persona, con los principios políticos de usted, acepta la amistad de ese honrado sacerdote que es hoy la más brillante joya de la Federación.

-¡Qué! ¡Si a él mismo le canto "la cartilla" todos los días!

-¿Y la sufre a usted?

-La echa de tolerante. Se ríe, me da la espalda, y se va al cuarto de Gertruditas a leer los libros que lleva.

-¡Gertruditas! También tiene usted otra joven de ese nombre en su casa.

-Es una sobrina mía a quien he recogido hace un mes.

-¡Santa Bárbara! ¡Tiene usted más sobrinas que nietos tuvo Adán por la línea de Seth, hijo de Caín y de Ada! ¿Ha leído usted la Biblia, doña Marcelina?

-No.

-¿Pero habrá leído usted a Don Quijote?

-Tampoco.

-Pues ese Don Quijote, que era un buen hombre, muy parecido en la figura y en otras cosas a Su Excelencia el general Oribe, declaraba que no podía haber una república bien constituida sin cierto empleo, y ese empleo es el que usted ejerce dignamente.

-¿El de protectora de mis sobrinas desgraciadas, querrá usted decir?

-Exactamente.

-Hago por ellas lo que puedo.

-Pero ¿qué haría usted, si el reverendo cura de la Piedad hallase en casa de usted lo que yo encontré el día que por primera vez entré en ella, bajo la recomendación de Míster Douglas?

-¡Oh, Dios mío! ¡Estaría perdida! Pero el cura Gaete no será tan curioso como lo fue el señor don Daniel Bello -dijo doña Marcelina con cierto aire de reconvención cariñosa.

-Tiene usted razón, y yo la tengo también. Fui a su casa para entregarle una carta que debía llevar usted a donde yo se lo indicase. La pedí un tintero para poner la dirección de la carta; a ese tiempo llamaron a la puerta; me dijo usted que me ocultase en la alcoba y que en la mesa hallaría un tintero; lo busqué sin hallarlo, abrí el cajón y...

-Usted no debió haber leído lo que allí había, picaruelo -dijo interrumpiéndolo doña Marcelina, con un tono cada vez más cariñoso, que tomaba siempre cuando Daniel hablaba de este asunto, cosa que sucedía cada vez que se veían.

-¿Y cómo resistir a la curiosidad? ¡Periódicos de Montevideo!

-Que me mandaba mi hijo, como se lo he dicho a usted.

-¡Sí, pero la carta!

-¡Ah, sí, la carta! Por ella me habrían fusilado sin compasión estos bárbaros. ¡Qué imprudencia la mía! ¿Y qué ha hecho usted de esa carta, mi buen mozo, la conserva usted siempre?

-¡Oh! ¡Eso de decir usted que les había de cortar la trenza a todas las mujeres de la familia de Rosas cuando entrase Lavalle, eso es muy grave, doña Marcelina!

-¡Qué quiere usted! ¡El entusiasmo! ¡Las ofensas recibidas! Pero, qué... ¡Yo soy incapaz de hacerlo! ¿Y la carta la conserva usted, tunante? -preguntó de nuevo doña Marcelina, haciendo un notable esfuerzo para sonreírse.

-Ya le he dicho a usted que tomé esa carta para librarle de un peligro.

-Pero usted debió romperla.

-Y habría hecho una inaudita bestialidad.

-¿Pero para qué la conserva usted?

-Para tener un documento con que hacer valer el patriotismo de usted, si alguna vez sufren un cambio las cosas. Yo quiero que los servicios que suele prestarme sean bien recompensados más tarde.

-¿Para ese solo objeto la guarda usted?

-No me ha dado usted motivos hasta ahora de mudar la idea -respondió Daniel marcando pausadamente sus palabras.

-¡Ni los daré jamás! -exclamó la pobre mujer descargando sus pulmones de una inmensa columna de aire que se había comprimido en ellos durante la conversación de la carta, que era su pesadilla diaria.

-Así lo creo. Y ahora vamos a lo que tenemos que hacer. ¿Ha visto usted a Douglas?

Librodot

-Hace tres días que lo vi. Anteanoche embarcó a cinco individuos, de los cuales dos le fueron proporcionados por mí.

-Muy bien. Hoy tiene usted que volver a verlo.

-¿Hoy?

-Ahora mismo.

-Iré en el acto.

Daniel pasó a su escritorio, levantó su tintero de bronce, tomó la carta que había escrito y guardado debajo de él la noche anterior, púsole en seguida una nueva cubierta y, tomando una pluma, volvió a su aposento.

-Ponga usted el sobre de esta carta.

-¿Yo?

-Sí, usted; a míster Douglas.

-¿Nada más?

-Nada más.

-Ya está -dijo la tía de todas las sobrinas, después de haber escrito aquel nombre, sirviéndole de mesa su maciza rodilla.

-Irá usted a lo de míster Douglas, le hablará a solas y le entregará esa carta de mi parte.

-Así lo haré.

-Guarde usted la carta en el seno.

-Ya está. No tenga usted el mínimo cuidado.

-A otra cosa.

-Lo que usted ordene.

-Necesito estar solo en casa de usted, mañana o pasado mañana a la tarde, por media hora solamente.

-Por el tiempo que usted quiera. Saldré con las muchachas a pasear; pero ¿y la llave?

-Hoy mismo hará usted hacer otra igual, y me la mandará mañana temprano determinándome el día y la hora en que saldrá usted; prefiero que sea a la oración, porque quiero evitar que me vean.

-¡Oh, la calle de mi casa es un desierto! Sólo en verano, como está la casa a media cuadra del río, suele pasar alguna gente a bañarse.

-Quiero también que deje usted abiertas las puertas interiores.

-Hay poco que robar.

-Algún día habrá más. No exijo de usted sino discreción y silencio; la menor imprudencia, sin costarme a mí un cabello, le costaría a usted la cabeza.

-Mi vida está en manos de usted hace mucho tiempo, señor Don Daniel; pero aunque así no fuera yo me haría matar por el último de los unitarios.

-Aquí no se habla de unitarios, ni yo le he dicho a usted nunca lo que soy. ¿Está usted informada de todo?

-No hay dos que tengan la memoria que yo -respondió doña Marcelina, que se hallaba algo turbada por el tono tan serio con que Daniel acababa de hablarle.

-Bien, hágase usted cargo de que le he enseñado un trozo de versos, y despidámonos.

Y Daniel, entrando a su gabinete, abrió su escritorio y sacó un billete de quinientos pesos.

-Ahí tiene usted para la llave y para comprar dulces en el paseo que hará con las sobrinas.

-¡Vale usted un Perú! -exclamó la recitadora de la Argia -. En sola una vez, y sin interés, es usted más generoso -continuó- que el fraile Gaete en todo un mes con mi sobrina Gertrudis.

-Sin embargo, guárdese usted de indisponerse con él; y hasta más ver.

-Hasta siempre, señor Don Daniel -y haciendo un saludo que no dejaba de tener cierto airecillo de buen tono, salió doña Marcelina moviéndose como una polacra hamburguesa cuando navega con viento en popa.

Librodot

XI. Donde aparece el hombre de la caña de la India

Apenas doña Marcelina estuvo fuera de la sala, cuando Fermín introdujo al hombre del paseo matinal, en el gabinete de su señor.

Con el sombrero en la mano izquierda y la caña de la India en la derecha, entró con paso magistral, poniendo luego sombrero y bastón en una silla, y dirigiéndose a Daniel con la mano estirada.

-Buenos días, mi Daniel querido y estimado. Por ser el día en que más he necesitado hablarte parece que se me han puesto mayores dificultades para conseguirlo, ¡a mí, a tu primer maestro! Pero en fin, ya estoy a tu lado, y, con tu permiso, me siento.

-Sabe usted, señor, que yo me levanto tarde generalmente.

-Siempre tuviste esa costumbre "intrínseca", ese instinto innato; más de una vez te puse en penitencia severa por haber faltado a las horas improrrogables de clase.

-Y con todas las penitencias, no logró usted enseñarme a escribir, que es lo peor que pudo sucederme, mi querido señor Don Cándido.

-De lo que yo me lisonjeo mucho.

-¡Es posible! Mil gracias, señor.

-En los treinta y dos años que he ejercido la noble, ardua y delicada tarea de maestro de primeras letras, he observado que sólo los tontos adquieren una forma de escritura hermosa, clara, fácil, limpia, en poquísimo tiempo; y que todos los niños de grandes y brillantes esperanzas, como tú, no aprenden jamás una escritura regular, mediana siquiera.

-Gracias por la lisonja, pero declaro a usted que yo me avendría mucho con tener menos talento y mejor letra.

-Pero eso no obsta a que me tengas cariñoso y sincero afecto, ¿no es verdad?

-Cierto que no, señor; respeto a usted como a todas las personas que dirigieron mi infancia.

-¿Y me prestarías un servicio el día que tuviese necesidad de ti?

-En el acto, si estaba en mi mano. Háble me usted con franqueza.

-¿Sí?

-Hoy los quebrantos en la fortuna, por ejemplo, son casi generales. Nada más común que los apuros de dinero en épocas como la que atravesamos. Háble me usted con franqueza -le repitió Daniel, cuya delicadeza había querido ahorrar a su maestro el disgusto de amplificar la situación pública en cuanto al estado de las fortunas, por si acaso era asunto de dinero el que le traía a su casa.

-No, no es dinero metálico, ni en papel moneda lo que necesito; felizmente con mis ahorros junté un pequeño capital de cuya renta vivo pasablemente, cómodamente. Es otra cosa de mayor importancia la que quiero de ti. Hay épocas terribles en la vida. Épocas de calamidad, de trastornos, cuando las revoluciones nos ponen en peligro a inocentes y a culpables. Porque las revoluciones son como las tormentas desatadas, furiosas, que al bajel que toman en alta y procelosa mar lo ponen a pique de zozobrar con todos los hombres que lleva adentro, buenos o malos, judíos o cristianos. Recuerdo un viaje que hice a las Vacas. ¡Qué viaje! Iba con nosotros un padre franciscano. ¡Excelente hombre! Porque mira, Daniel, por más que se diga de los sacerdotes, los hay ejemplares; los hemos tenido aquí mismo que eran un modelo de caridad y de virtud. Hay otros malos, es verdad; pero todo es así en la vida, y...

-Perdone usted, señor, creo que usted se ha distraído de su asunto especial -le dijo Daniel, que conocía prácticamente ser el hombre con quien hablaba uno de aquellos que no acabarían jamás sus digresiones, si no se les cortase el discurso.

-A eso voy.

-Lo mejor de este mundo, señor, es empezar las cosas por el principio y marchar de prisa en línea recta para llegar pronto a donde vamos. Al asunto, pues -insistió Daniel, que a pesar de que solía divertirse algunas veces con la multitud de adjetivos, extravagantes los

más, con que amenizaba las digresiones su antiguo maestro de escritura, ese día no tenía su espíritu para juegos, ni tiempo para perder.

-Bien; voy a hablarte como a un hijo tierno, cariñoso, discreto y racional.

-Con lo último, basta, señor; adelante.

-Yo sé bien que tú estás a buenas anclas -prosiguió don Cándido, en quien los circunloquios formaban, juntos con los adjetivos, el carácter distintivo de su oratoria.

-No entiendo.

-Quiero decir que tus relaciones encumbradas, tus amigos distinguidos, tus lazos estrechos y continuamente rozados por el trato frecuente, familiar y poderoso de tus asuntos propios, y las recomendaciones de tu señor padre...

-Por el amor de Dios, señor: créame usted que no está en mi organización el resistir mucho tiempo a ciertas situaciones. ¿Qué es lo que quiere usted decirme?

-A eso iba, genio de pólvora. Lo mismo, lo mismo eras cuando te sentabas a mi derecha con tus rizos hasta los hombros y tu polaquita azul. En cuanto te mandaba escribir, si encontrabas la puerta abierta, dejabas la gorrita y echabas a correr hasta tu casa. Decía pues, que tu posición distinguida a que te han abierto camino dilatado, llano y florido las amistades de tu padre honrado, generoso y patriota, como a la vez tu talento exquisito y tu gusto extremado por el trato franco y cordial de los hombres...

-Muy bueno, ¿y qué puedo hacer por usted?

-Oyeme.

-Oigo.

-Yo sé que a medida que los sucesos apuran, que las circunstancias apremian, es mejor...

-¿Pero no es mucho mejor que me diga usted lo que quiere?

-A ello voy.

-¡Paciencia! -dijo Daniel entre sí mismo, dominándose como era su costumbre después de algunos años.

-¿Tú tienes relaciones?

-Muchas, adelante.

-Y entre ellas la del señor jefe de policía don Bernardo Victorica. ¿No es verdad?

-Es cierto, y ¿qué es lo que usted quiere?

-Oyeme, Daniel. Yo te he enseñado a escribir, yo te quise como a un hijo por lo vivo, alegre, travieso, inteligente, activo...

-Gracias, gracias, señor.

-Tú eres casi el único de mis discípulos cuya amistad cultivo al presente; a este desgraciado presente que envuelto en la nube iracunda, tormentosa y fosfórica de las convulsiones ocultas, de las pasiones desencadenadas, hace o está para hacer la desgracia completa, irremisible y fatal de mi existencia.

-Conque ¿qué es lo que usted deseaba? -preguntóle Daniel mordiéndose los labios, pero sin dejar asomar a su fisonomía la más leve señal de la impaciencia que le agitaba.

-Deseaba, pues, que me hicieras un grande y no menos importante servicio, Daniel.

-Pero eso es lo mismo que me dijo usted al empezar la conversación, señor.

-Despacio, vamos por partes.

-Vamos como usted quiera, vamos.

-¿Tú tienes relaciones?

-Sí, señor.

-¿Poderosas?

-Sí, señor.

-¿Y con Victorica también?

-Sí, señor.

-Entonces Daniel, hazme...

-¿Qué?

-Daniel, en nombre de tus primeras planas que yo corregía con tanto gusto, hazme... ¿estamos solos?

-Perfectamente solos -le contestó Daniel algo sorprendido al ver que don Cándido se ponía pálido a medida que hablaba.

-Entonces, Daniel querido y estimado, hazme...

-¿Qué?, por todos los santos del cielo.

-Hazme poner en la cárcel, Daniel -dijo don Cándido, pegando su boca a la oreja de su discípulo, que se dio vuelta, y con toda la fuerza de su alma, clavó los ojos en su fisonomía para ver si descubría algo que le convenciera que realmente su maestro estaba loco.

-¿Te sorprendes? -continuó don Cándido-. Sin embargo, yo exijo de ti ese servicio eminente, como el más valioso, importante y caro que puedo recibir de hombre nacido.

-Y ¿qué objeto se propone usted con estar en la cárcel? -interrogó Daniel, que no podía formarse una idea que lo calmase sobre el estado moral de su interlocutor.

-¿Qué objeto? Vivir con seguridad, tranquilo, descansado, mientras pasa la tormenta espantosa y horrísona que nos amenaza.

-¿La tormenta?

-Sí, joven, tú no comprendes nada todavía de las terribles y sangrientas revoluciones de los hombres, y sobre todo, de las equivocaciones fatales que hay comúnmente en ellas. El año 20, en aquel terrible año en que todos parecían locos en Buenos Aires, yo fui preso dos veces por equivocación; y estoy temblando de que en el año 40, en que todos parecen demonios, me corten la cabeza por equivocación también. Yo sé lo que hay, sé lo que va a suceder, y quiero estar en la cárcel por alguna causa civil, por alguna causa que no sea política.

-¿Pero qué hay? ¿Qué va a suceder? -preguntó Daniel empezando a traslucir alguna cosa de importancia en el pensamiento de don Cándido.

-¡Qué hay!¿No lees la Gaceta? ¿No lees todos los días esas terríficas amenazas del furor popular, de sangre, de exterminio, de muerte?

-Pero eso es contra los unitarios, y según creo, usted no ha contraído compromisos políticos.

-Ninguno, pero esas amenazas aterrantes, fulmíneas e incendiarias, no son contra los unitarios, sino contra todos y, además, yo tiemblo de las equivocaciones.

-¡Aprensiones, señor!

-¡Aprensiones! ¡No ves esos hombres de aspecto tremebundo y sangriento, que de algunos meses acá han salido creo que de los infiernos, y que se encuentran en los cafés, en las calles, en las plazas, en las puertas sacras y purificas de los templos, con sus inmensos puñales a la cintura, afilados como el perfil de la A mayúscula!

-¿Y bien? ¿Usted no sabe que el puñal ha sido y será siempre la espada de la Federación?

-Pero ésos son los síntomas primeros, atronadores y centellantes de la tempestad que he profetizado. El momento faltaba, pero el momento va a llegar.

-¿Y por qué va a llegar ese momento? Hable usted, señor.

-¡Oh! Ese es el secreto que traigo en el pecho como una rueda de puñales desde hoy a las cuatro de la mañana.

-Señor, confieso a usted que si no me habla con claridad y sin secretos en el pecho, no podré entenderle una palabra, y tendré el disgusto de decirle que tengo una forzosa diligencia que hacer a estas horas.

-No, no te irás, oye.

-Oigo, pues.

Don Cándido se levantó, fue a la puerta del gabinete que daba a la sala, miró por la bocallave, y después de convencerse de que no había nadie al otro lado de la puerta, volvió a Daniel y le dijo al oído con tono misterioso.

-¡Lamadrid se ha declarado contra Rosas!

Librodot

Daniel dio un salto en la silla, un relámpago de alegría brilló en su semblante, pero que súbitamente apagóse al influjo de la poderosa voluntad de ese joven, que se ejercía especialmente sobre las revelaciones con que el semblante humano hace traición con frecuencia a las situaciones del espíritu.

-Usted delira, señor -le respondió volviendo a sentarse tranquilamente.

-Cierto, Daniel, cierto como que los dos estamos ahora conversando juntos y solos. ¿No es verdad que estamos solos?

-Y tanto, que si usted no me refiere cuanto dice saber, creeré que todavía me reputa como a un niño y que se burla de mí.

Y los ojos de Daniel bañaron con su lumbre activa toda la fisonomía de aquel hombre que iba a ser observado hasta en lo más secreto de su pensamiento.

-No te incomodes, mi Daniel querido y estimado. Oyeme y te convencerás de lo que digo. Tú sabes que después que dejé la clase de escritura, es decir, hace cuatro años, me retiré a mi casa a vivir tranquilamente del fruto de mi pequeño capital. Y, para que cuidase de la casa y de mi ropa, conservé a mi servicio una mujer de edad, blanca, arribeña; muy buena mujer, aseada, prolija, económica.

-Pero, señor, ¿qué tiene que ver esa mujer con el general Lamadrid?

-Ya lo verás. Esa mujer tiene un hijo, que después de diez años trabajaba de peón en Tucumán, ¡hijo excelente, jamás deja de mandarle una parte de sus ahorros a su madre! Habiéndote dicho esto, ¿lo has oído bien?

-Demasiado bien, señor.

-Entonces vamos a lo que hace a mí. Mi casa tiene una puerta de calle. ¡Ah! Se me olvidaba decirte que el hijo de la mujer que me sirve vino de chasque a mediados del año pasado, ¿estás?

-Estoy.

-Mi casa, pues, tiene una puerta de calle, y el cuarto de mi sirvienta una ventana sin reja que da a la calle. Después de estos últimos meses, en que todos vivimos temblando en Buenos Aires, el sueño ha huido fugitivo de mis ojos, y no es dormir, sino estar en pesadilla lo que yo hago. Yo concurría a una tertulia de malilla, en casa de unos amigos antiguos, honrados, leales, que no hablan jamás de la recóndita política de nuestro tiempo adverso, desgraciado y calamitoso; pero ya no concurro, y desde la oración me encierro en mi casa.

-¡Válgame Dios, señor! Pero ¿qué tiene que ver la tertulia de malilla con...?

-A eso voy.

-¿Adónde? ¿A la tertulia de malilla?

-No, al acontecimiento.

-Al de Lamadrid.

-Sí.

-¡Gracias a Dios!

-Anoche, a las cuatro de la mañana, estaba yo desvelado como de costumbre, cuando de repente siento que un caballo para a la puerta, y que el ruido de un latón decía claramente que el hombre que se desmontaba era un oficial o un soldado. Yo no soy hombre de armas; tengo horror a la sangre, y te lo confesaré todo, mi cuerpo se puso a temblar y un sudor frío me bañó de los pies a la cabeza, la cosa no era para menos, ¿no es verdad?

-Prosiga usted, señor.

-Prosigo. Me tiré de la cama, abrí sin hacer ruido el postigo de la ventana: después una rendija de ésta. La noche estaba oscura, pero distinguí que al otro lado de la puerta, en la ventana de Nicolasa, mi sirvienta, el hombre de a caballo estaba llamando sin mucho ruido, y que, en seguida, y después de cambiadas algunas palabras que no oí, la ventana se abrió y el hombre entró en el cuarto. Mis ideas se confundieron, mi cabeza era un horno volcanizado y ardiente, me creí vendido, y sin perder un momento salí descalzo al patio, y fui a mirar por el ojo de la llave en el cuarto de Nicolasa. Y ¿a quién te parece que reconocí?

-Dígalo usted, y lo sabré con más propiedad.

-Al hijo obediente, sumiso y cariñoso de Nicolasa, que la estaba abrazando. Sin embargo, yo no me retiré por eso; quise convencerme bien de que no me amenazaba ningún peligro eminente, y escuché atento. Nicolasa ofreció hacerle una cama, pero él rehusó, diciéndole que tenía que volver en el acto a la casa del gobernador, que venía de chasque de la provincia de Tucumán, y hacía un momento que había entregado los pliegos.

-Prosiga usted, pero sin olvidar cosa alguna -le dijo Daniel, a quien ya no importunaban los adjetivos, los episodios, ni los circunloquios.

-Todas las palabras las tengo en la memoria como grabadas con candente fierro. Le dijo que los pliegos eran de unos señores muy ricos de Tucumán, en que le anunciarían al gobernador, probablemente, lo que había hecho el general Lamdrid. Nicolasa, curiosa, indagadora, como toda mujer, le hizo preguntas a este respecto, y el hijo, conjurándola a que guardase el más profundo silencio, le refirió que luego de llegar Lamadrid a Tucumán se pronunció públicamente contra Rosas, que todo el pueblo lo había recibido en fiesta, y que el gobierno lo había nombrado, y hecho reconocer, general en jefe de todas las tropas de línea y milicia de la provincia, como también por jefe del estado mayor al coronel don Lorenzo Lugones, y jefe de coraceros del Orden al coronel don Mariano Acha. ¡Imagínate, hijo mío, la impresión que todo esto me causaría, desnudo como estaba yo en la puerta de Nicolasa!

-Sí, sí, prosiga usted -dijo Daniel, que estaba devorando palabra por palabra cuantas salían de la boca de don Cándido, que hubiese querido pagar con toda su fortuna, y que, sin embargo, no obraban la menor alteración en su exterior, pues que estaba oprimiendo los movimientos de su fisonomía, con la potencia irresistible de su voluntad.

-¿Qué he de proseguir, qué más necesitamos saber? Todo lo que en seguida contó a su madre no fue sino sobre fiestas, sobre alegría y sobre movimientos militares en las provincias, declarándose casi todas contra Rosas.

-Pero pronunciaría algún otro nombre, alguna cosa especial.

-Ninguna. Estuvo apenas diez minutos con su madre; y se fue después de darle algún dinero y de besarle la mano, prometiéndole que hoy volvería, si no lo despachaban de madrugada; porque ese hijo, ¡oh!, te voy a contar toda la historia...

-¿Qué edad tiene ese hombre?

-Es joven, veintidós o veintitrés años a lo más; alto, rubio, nariz aguileña, buen mozo, gallardo, fuerte, varonil.

"A los veintidós años un hombre no es comúnmente malo. Un hijo que atiende a su madre desde lejos, es un hombre de corazón. No tenía interés ninguno en engañar a su madre. Don Cándido no ha mentido en una palabra de cuanto me ha dicho, luego el suceso es cierto. ¡Providencia divina!" dijo Daniel para sí mismo, sin dar atención a los últimos adjetivos de don Cándido.

-Y bien -continuó-, será muy cierto cuanto usted me dice del general Lamadrid, pero no alcanzo la consecuencia personal que saca usted para sí mismo.

-¿Para mí? Para todos, debes decir. Mira, hablemos con franqueza: a pesar de todas las apariencias, es imposible que seas amigo del gobierno, que quieras los desórdenes y la sangre. ¿No es verdad?

-Señor, yo tendré mucho honor en recibir todas las confianzas que quiera usted hacerme, dando a usted la más completa seguridad en mi secreto, pero no es esta una ocasión que me inspire la necesidad de hacer confidencias sobre mis opiniones políticas.

-Bien, bien, esa es prudencia, pero yo sé lo que me digo; y te decía también, o quería decirte, que el suceso del general Lamadrid va a irritar excesivamente al señor gobernador; que su irritación sanguínea va a comunicarse rápida y sutilmente a todos esos caballeros a quienes, ni tú ni yo, tenemos el honor de conocer, y que no debes tener la menor duda de que han sido mandados por el diablo. Quiero decir también, que todas las amenazas de la Gaceta van a cumplirse; que van a herir y matar a diestra y siniestra; y que aunque tenga yo la convicción profunda, religiosa y santa de mi inocencia, no tengo la seguridad de que no me

Librodot

maten por equivocación cuando menos. Y es esto lo que es preciso evitar; lo que es preciso que evites tú, mi Daniel querido y estimado. ¿Estás ahora?

-Lo único que pienso es que, con tales temores, lo mejor que podrá usted hacer, será no salir de su casa mientras llega y se acaba la tormenta horrísona, como usted la llama.

-Y ¿qué sacamos con eso? Se entrarán a mi casa por entrarse a la del vecino, y por matar a Juan de los Palotes, matarán a don Cándido Rodríguez, antiguo maestro de primeras letras, hombre honrado, pacífico, caritativo y moral.

-¡Oh! ¡Pero eso sería una cosa horrible!

-Sí, señor, horrible para mí, espantosa, cruel, pero que no por eso dejaría yo de sufrirla inocente y doloridamente.

-¿Pero qué hacer entonces?

-Evitarla, impedirla, estorbarla, repelerla, escaparla, huirla.

-¿Y cómo?

-Escucha. Entrando en la cárcel, no por orden del señor gobernador, sino por alguna otra orden subalterna, el gobernador, que no me conoce y que no sabrá nada, porque no se me pondrá preso por causas políticas, no dará orden ninguna contra mi persona. La cárcel no ha de ser invadida, y si lo fuese, el alcalde tendrá tiempo de informar sobre los motivos de mi prisión. Viviré en la cárcel tan felizmente como en mi casa, una vez que viva tranquilo. Los soldados no me asustarán, al contrario, ellos serán mi garantía contra todo asalto de la Sociedad Popular, sobre todo contra toda equivocación.

-Todo eso no pasa de ser un desatino, pero suponiendo que fuese una cosa muy racional, ¿cómo quiere usted, señor don Cándido, que lo haga yo poner en la cárcel?, ¿de qué pretexto valerme?

-¡Pero eso es lo más fácil! Yo te lo diré: te vas a ver ahora mismo a Victorica y le dices que yo te acabo de insultar groseramente, y que mientras entablas tu acción criminal, pides mi prisión en el día; me llevan preso, yo no reclamo, tú no das paso alguno, y heme aquí en la cárcel, hasta que yo te pida que me saques de ella.

-Pero señor, no es costumbre entre nosotros que los hombres de mi edad vayan a quejarse a las autoridades cuando reciben un insulto privado. Sin embargo la situación de usted me interesa -continuó Daniel, cuya cabeza, preocupada por la noticia importante que acababa de recibir tan accidentalmente, no dejaba, empero, de calcular el partido que podría sacarse de aquel hombre enfermado por el terror, que a todo se prestaría con la mayor docilidad, a cambio de adquirir un poco de confianza sobre los peligros que su imaginación le creaba.

-¡Oh! Yo bien sabía que te interesarías por mí, tú el más noble, bondadoso y fino de mis antiguos discípulos. Me salvarás ¿no es verdad?

-Creo que sí. ¿Se contentaría usted con un empleo privado al lado de una persona cuya posición política en la actualidad es la mejor recomendación de federalismo para los individuos que la sirven?

-¡Ah! Eso sería el colmo de mis deseos. Yo nunca he sido empleado, pero lo seré. Y además, seré empleado sin sueldo. Cedo desde ahora mis emolumentos al objeto que quiera mi noble y distinguido patrón, a quien desde ahora también profeso el más íntimo, profundo y leal respeto. ¡Tú me salvas, Daniel!

Y don Cándido se levantó y abrazó a su discípulo, con una efusión de cariño a que él habría llamado entusiástica, ardiente, espontánea y simpática.

-Retírese usted tranquilo, señor don Cándido, y tenga usted la bondad de volver a verme mañana.

-¡Sin falta, sin falta!

-No siendo a las seis de la mañana, bien entendido.

-No, vendré a las siete.

-Tampoco. Venga usted a las diez de la mañana.

-Bien; vendré a las diez, seré exacto y puntual a la cita.

-Una palabra: guarde usted el más profundo silencio sobre el asunto del general Lamadrid.

-He determinado no dormir esta noche para no hablar de él soñando. Te lo juro a fe de honrado y pacífico ciudadano.

-Nada de juramentos, señor, y hasta mañana -dijo Daniel sonriendo, dando la mano, y acompañando a su maestro hasta la puerta del gabinete.

-Hasta mañana, mi Daniel querido y estimado, el más bueno y generoso de mis antiguos discípulos. Hasta mañana.

Y don Cándido Rodríguez salió de la casa de Daniel, con su caña de la India bajo el brazo, sin tomar las precauciones que a su entrada en ella, por cuanto pocas horas faltaban para que fuese empleado cerca de un gran señor de la Federación de 1840.

-Son las doce, Fermín. Pronto, un frac o una levita, cualquier cosa -dijo Daniel a su criado, que entró al gabinete en el momento de salir don Cándido.

-Han venido de casa del coronel Salomón -le dijo Fermín.

-¿Han traído una carta?

-No, señor. El coronel Salomón mandó decir a usted que no le contestaba por escrito porque no hallaba el tintero en ese momento, pero que hoy a las cuatro de la tarde se iba a reunir la Sociedad, y que esperaba a usted a las tres y media.

-Bien, dame la ropa.

Librodot

XII. Florencia y Daniel

Pocos minutos faltaban para que el gran reloj del Cabildo marcase las dos horas de la tarde, cuando Daniel Bello dejó la casa del señor ministro de Relaciones Exteriores, don Felipe Arana, en la calle de Representantes, por la cual siguió en dirección al Sur, hasta encontrarse con la calle de Venezuela, que cruza la ciudad de Este a Oeste, y doblando por ella en dirección al Bajo, caminó hasta la calle de la Reconquista.

Daniel no había adelantado nada en aquella visita sobre lo que hacía relación con su amigo Eduardo, o más bien, mucho había ganado en contentamiento desde que se impuso de que el señor ministro Arana no sabía una palabra de los sucesos de la noche anterior, aun cuando, al llegar Daniel, el señor ministro venía de dejar la casa de Su Excelencia el gobernador, y puesto de su parte todos los medios que estaban a su alcance para saber, antes que Victorica, lo que había ocurrido en el Bajo de la Residencia, según las propias palabras del señor ministro.

Y era esto precisamente cuanto Daniel deseaba sobre todo lo demás, es decir, una ignorancia completa, o una confusión de relaciones en todos aquellos a quienes se había dirigido, y cuyos informes debía recoger en el resto de ese día.

Ya sabía que el ministro estaba ajeno de cuanto había pasado. Iba a saber, por la linda boca de su Florencia, lo que hablaban doña Agustina Rosas de Mansilla y doña María Josefa Ezcurra sobre aquel incidente, cuya relación que de él hiciesen, debía provenir directamente de la casa de Rosas, adonde habrían convergido los informes de Victorica y sus agentes, y adonde esas señoras concurrían todas las mañanas; y, por último, esa tarde sabría lo más o menos informada que estaba la Sociedad Popular y su presidente, sobre las ocurrencias de la noche anterior, con lo cual habría tomado entonces todos los caminos oficiales y semioficiales por donde podía andar, más o menos oculta, en la capital de Buenos Aires, una noticia de la clase de aquella que tanto le interesaba saber.

Entretanto, él no había perdido el tiempo en su ministerial visita, pues había conseguido que el señor ministro Arana se envolviese en una red, primorosamente tejida por las manos de ese joven que, casi solo, sin más armas que su valor, y sin más auxiliares que su talento, en una época en que todos los vínculos y todas las consideraciones de honor y de amistad empezaban a ser relajadas prodigiosamente por el terror en ese pueblo sorprendido por la tiranía; pero en el cual, es preciso decirlo, no había desenvuéltose nunca ese espíritu de asociación que sus necesidades morales reclamaron siempre; por ese joven, decíamos, que era una especie de conspiración viva contra Rosas, admirable por su temeridad, aun cuando reprensible por su petulancia al querer trastornar, con la sola potencia de su espíritu, un orden de cosas constituido más bien por la educación social del pueblo argentino, que por los esfuerzos y los planes del dictador.

Don Felipe Arana, que tenía grande respeto a los talentos de Daniel, a quien más de una vez consultaba sobre alguna redacción de fórmula, o alguna traducción del francés, cosas ambas de muy grave importancia y de no menor dificultad para el señor ministro de Relaciones Exteriores, había consentido en aceptar un consejo de Daniel, con la candidez que le era característica, y con aquella inocencia que empezó a revelarse en él desde el año de 1804, en que se afilió en la Hermandad del Santísimo Sacramento, y cubierto con su pelliza de terciopelo punzó, y con la campanilla en la mano, marchaba delante de la custodia, cuando en el primer domingo de cada mes salía de la Santa Iglesia Catedral la procesión que se llamaba de la Renovación, por ser el día en que se renovaba la hostia consagrada.

Y aquella aceptación de aquel consejo iba a convertirse en un árbol de excelentes frutos para aquel joven, a quien sólo faltaba apoyo para ser uno de los actores principales del drama revolucionario por que pasaba el pueblo de Buenos Aires, y en cuya cabeza, a pesar de su aislamiento, se desenvolvía, después de algunos meses, un plan todo él de conspiración activa contra Rosas, que irá conociéndose más tarde, a medida que los acontecimientos sobrevengan; como dentro de poco habrá ocasión también de saberse algo sobre esa tan importante concesión que acababa de conseguir de don Felipe Arana.

Y entretanto, diremos que Daniel había doblado por la calle de la Reconquista, y caminaba con ese aire negligente, pero elegante, que la Naturaleza y la educación regalan a los jóvenes de espíritu y de gustos delicados, y que los elegantes por artificio no alcanzan a reproducir jamás. Con su levita negra abotonada, y sus guantes blancos, en la edad más bella de la vida de un hombre, y con su fisonomía distinguida, y ese color americano que sirve a marcar tan bien las pasiones del alma y la fuerza de la inteligencia, Daniel era acreedor muy privilegiado a la mirada de las mujeres y a la observación de los hombres de espíritu, que no podían menos de reconocer un igual suyo en aquel joven en cuyos hermosos ojos chispeaba el talento, y que revelaba la seguridad y la confianza en sí mismo, propiedad exclusiva de las organizaciones privilegiadas, en su aire medio altanero y medio descuidado.

Llegado a la calle de la Reconquista, nuestro joven no tardó mucho en pisar la casa de la bien amada de su corazón.

De pie, junto a la mesa redonda que había en medio del salón, y sus ojos fijos en un ramo de flores que había en ella colocado en una hermosa jarra de porcelana, Florencia no veía las flores, ni sentía la impresión de sus perfumes, aletargada por la influencia de su propio pensamiento, que le estaba repitiendo, palabra por palabra, cuantas acababa de oír salir de boca de doña María Josefa; al mismo tiempo que dibujaba a su capricho la imagen de esa Amalia a quien creía estar viendo bajo sus verdaderas formas.

La abstracción de su espíritu era tal, que sólo conoció que habían abierto la puerta del salón, a la que daba la espalda, y entrado alguien en él, cuando la despertó de su enajenamiento el calor de unos labios que imprimieron un tierno beso sobre su mano izquierda, apoyada en el perfil de la mesa.

-¡Daniel!- exclamó la joven volviéndose y retrocediendo súbitamente.

Y ese movimiento fue tan natural, y tan marcada la expresión, no de enojo, sino de disgusto, que asomó a su semblante, y tan notable la palidez de que se cubrió, en vez de esos ramos de rosas con que asoma el pudor de las mejillas de una joven en tales casos, que Daniel quedó petrificado por algunos instantes.

-Caballero, mi mamá no está en casa- dijo luego Florencia con un tono tranquilo y lleno de dignidad.

-¡Mi mamá no está en casa, caballero!- repitió Daniel como si fuera necesario decirse él mismo esas palabras para creer que salían de los labios de su querida-. Florencia -continuó-, juro por mi honor, que no comprendo el valor de esas palabras, ni cuanto acabo de ver en ti.

-Quiero decir, que estoy sola, y que espero querrá usted usar para conmigo de todo el respeto que se debe a una señorita.

Daniel se puso colorado hasta las orejas.

-Florencia, por el amor de Dios, dime que estás jugando conmigo, o dime si es verdad que yo he perdido la cabeza.

-La cabeza no, pero ha perdido usted otra cosa.

-¿Otra cosa?

-Sí.

-¿Y cuál, Florencia?

-Mi estimación, señor.

-¡Tu estimación! ¿Yo?

-¡Y qué le importa a usted el cariño, ni la estimación mía! -dijo Florencia con una fugitiva sonrisa, y marcando ese gesto de desdén que era el más bello juguete de su pequeña boca.

-¡Florencia! -exclamó Daniel dando un paso hacia ella.

-¡Quieto, caballero! -dijo la joven sin moverse de su puesto, y alzando su cabeza y extendiendo su brazo hacia Daniel, que casi tocaba con sus labios la palma de la linda mano de su amada. Pero fue tal la dignidad y la resolución que acompañaron la palabra y acción de la señorita Dupasquier, que Daniel quedó como clavado en el lugar que pisaba. Y en seguida

retrocedió algunos pasos, y afirmó su brazo izquierdo sobre el respaldo de una silla, mientras Florencia apoyaba su mano sobre la mesa redonda.

Los dos amantes se estuvieron mirando algunos segundos, creyendo tener cada uno el derecho de esperar explicaciones. La escena empezaba a cambiar.

-Creo, señorita -dijo Daniel rompiendo el silencio-, que si he perdido la estimación de usted, a lo menos me queda el derecho de preguntar por la causa de esa desgracia.

-Y yo, señor, si no tengo el derecho, tendré la arbitrariedad de no responder a esa pregunta -repuso Florencia con esa altanería regia que es una peculiaridad de las mujeres delicadas cuando están, o creen estar, ofendidas por su amado, mientras poseen la conciencia de no tener él nada que reprocharlas.

-Entonces, señorita, me tomaré la libertad de decir a usted, que si en todo esto no hay una burla que ya se prolonga demasiado, hay una injusticia que está ofendiendo a usted en el concepto mío -replicó Daniel con seriedad.

-Lo siento, pero me conformo.

Daniel se desesperaba.

Otro momento de silencio volvió a reinar.

-Florencia, si anoche me retiré a las nueve, fue porque un asunto importante reclamaba mi presencia lejos de aquí.

-Señor, es usted muy libre para entrar a mi casa y retirarse de ella a las horas que mejor le plazca.

-Gracias, señorita -dijo Daniel mordiéndose los labios.

-Gracias, caballero.

-¿De qué, señorita?

-De vuestra conducta.

-¡De mi conducta!

-¿Se ha levantado usted sordo, caballero? Repite usted mis palabras como si las estuviera aprendiendo de memoria -dijo Florencia riéndose y bañando a Daniel con una mirada la más desdeñosa del mundo.

-Hay ciertas palabras que yo necesito repetirlas para entenderlas.

-Es un trabajo inútil esa repetición.

-¿Puedo saber por qué, señorita?

-Porque bien tiene obligación de oír lo que se le dice, y comprender las cosas, aquel que tiene dos oídos, dos ojos y dos... ¡almas!

-¡Florencia! -exclamó Daniel con voz irritada- aquí hay una injusticia horrible, y yo exijo una explicación ahora mismo.

-Exijo, ¿ha dicho usted?

-Sí, señorita, lo exijo.

-¿Me hace usted el favor de volver a repetirlo?

-¡Florencia!

-¿Señor?

-¡Oh! Basta, esto ya es demasiado.

-¿Le parece a usted?

-Me parece, señorita, que esto o es una burla indigna, o es buscar un pretexto de rompimiento, bien incompatible con personas de nuestra clase; y tres años de constancia y de amor me dan derecho a interrogar por la causa de un procedimiento semejante; y a pedir la razón del modo por que así se me trata.

-¡Ah! Ya no exige usted, pide, ¿no es verdad? Eso es otra cosa, mi apreciable señor -dijo Florencia midiendo a Daniel de pies a cabeza con una mirada la más altiva y despreciativa posible.

Toda la sangre de Daniel subió a su rostro. Su amor propio, su honor, la conciencia de su buena fe, todo acababa de ser herido por la mirada punzadora de Florencia.

-Exijo o pido, como usted quiera; pero quiero ¿entiende usted, señorita? quiero una explicación de esta escena -dijo volviendo a apoyar su mano en el respaldo de la silla.

-Calma, señor, calma: necesita usted mucho de su voz, y hace mal en gastarla alzándola tanto. ¿Supongo no querrá usted olvidar que es a una mujer a quien está hablando?

Daniel se estremeció. Esa reconvención le era más amarga todavía que las anteriores palabras de Florencia.

-¡Yo estoy loco, debo estar loco, Dios mío! -exclamó bajando la cabeza y apretando sus ojos con la mano.

Un momento de silencio volvió a reinar en la sala.

Daniel lo interrumpió al fin.

-Pero, Florencia, el proceder de usted es injusto, inaudito; ¿me negará usted el derecho que tengo para solicitar una explicación?

-¡Una explicación! ¿Y de qué, señor? ¿De mi proceder injusto?

-Eso es lo que pido, señorita.

-¡Bah! Eso es pedir una necedad, caballero. En la época en que vivimos no se piden explicaciones de las injusticias que se reciben.

-Sí, pero eso será muy bueno cuando se trate de asuntos de política, pero creo que ahora...

-¿Qué cree usted?

-Que no tratamos de política.

-Usted se engaña.

-¡Yo!

-Cierto. Creo que conmigo son los únicos asuntos que le conviene a usted tratar; a lo menos, tengo mis razones de creer que son los únicos para que le sirvo a usted.

Daniel comprendió que Florencia le echaba en cara el servicio que la había pedido en su carta de la víspera, y este golpe dado en su delicadeza agitó visiblemente sus facciones, mientras que Florencia lo miraba con una expresión más bien de lástima que de resentimiento.

-Yo pensaba que la señorita Florencia Dupasquier -dijo Daniel con sequedad- tenía algún interés en el destino de Daniel Bello, para tomarse alguna incomodidad por él cuando algún peligro amenazaba la existencia de sus amigos, o la suya propia quizá.

-¡Oh! Esto último, caballero, no puede inquietar mucho a la señorita Dupasquier.

-¡De veras!

-Desde que la señorita Dupasquier sabe perfectamente que si algún peligro amenaza al señor Bello, no le faltará algún lugar retirado, cómodo y lleno de felicidad, donde ocultarse y evitarlo.

-¡Yo!

-Me parece que es con usted con quien estoy hablando.

-¡Un paraje lleno de felicidad donde ocultarme! -repitió Daniel cada vez más extraviado en aquel laberinto.

-¿Quiere usted que hable en francés, señor, ya que en español parece que hoy no entiende usted una palabra? He dicho en muy buen castellano, y lo repito, un paraje lleno de felicidad, una gruta de Armida, una isla de Ednido, un palacio de hadas: ¿no sabe usted dónde es esto, señor Bello?

-Esto es insufrible.

-Por el contrario, señor, esto es muy ameno. Le estoy a usted hablando de lo que más le interesa en este mundo.

-¡Florencia, por Dios!

-¡Ah! ¿No le ha parecido a usted bien la comparación de la gruta de Armida y la isla de Ednido? Vamos, compararé entonces su lugar encantado por la isla de Calipso; usted será su Telémaco ¿le parece a usted bien?

-Por el cielo, o por el infierno, ¿dónde es ese paraje a que está usted haciendo esas alusiones insoportables?

Librodot

-¿De veras?

-¡Florencia, esto es horrible!

-No tal; es bien divertido.

-¿Qué?

-Hablo de la gruta. ¿Son muy bellos los jardines, señor?

-¿Pero dónde, dónde?

-En Barracas, por ejemplo -y diciendo estas palabras la joven dio la espalda a Daniel y empezó a pasearse por la sala con el aire más negligente del mundo, mientras en su inexperto corazón ardía la abrasadora fiebre de los celos; esa terrible enfermedad del amor cuyos mayores estragos se obran a los diez y ocho años y a los cuarenta años en la vida de las mujeres.

-¡En Barracas! -exclamó Daniel dando precipitadamente algunos pasos hacia Florencia.

-Y bien ¿no estaría usted perfectamente allí? -continuó la joven volviéndose a Daniel-. Además -continuó moviendo la cabeza y repitiendo su gesto favorito-, usted tendría cuidado de que no lo hiriesen, para evitar el que su retiro fuese descubierto por los médicos, los boticarios o las lavanderas.

-¡En Barracas! ¡Herido! Florencia, me matas si no te explicas.

-¡Oh! No se morirá usted; a lo menos hará usted lo posible por no morirse en la época más venturosa de su vida. Ni siquiera temo que se deje usted herir en el muslo izquierdo, que debe ser una terrible herida cuando es hecha por un sable enorme.

-¡Somos perdidos, Dios mío! -exclamó Daniel cubriéndose el rostro con sus manos.

Un momento de silencio reinó entre aquellos dos jóvenes que, amándose hasta la adoración, estaban, sin embargo, torturándose el alma, al influjo del genio perverso que había soplado la llama de los celos en el corazón de una mujer joven y sin experiencia.

Pero ese silencio cesó pronto. Sin dar tiempo a que Florencia lo evitase, Daniel se precipitó a sus pies, y de rodillas, oprimió entre sus manos su cintura.

-Por el amor del cielo, Florencia -le dijo alzando los ojos hacia ella, pálido como un cadáver-, por ti, que eres mi cielo, mi dios y mi universo en este mundo, explícame el misterio de tus palabras. Yo te amo. Tú eres el primer amor, el último amor de mi existencia. Ella te pertenece como tu alma, luz de mi vida, encanto angelicado de mi corazón. Mujer ninguna es en el mundo más amada que tú. Pero, ¡oh, Dios mío! No es el amor lo que debe ocuparnos en este momento solemne en que está pendiente la muerte sobre la cabeza de muchos inocentes, y quizá yo entre ellos, alma del alma mía. Pero no es mi vida, no, lo que me inquieta; hace mucho tiempo que la juego en cada hora del día, en cada minuto; mucho tiempo que sostengo un duelo a muerte contra un brazo infinitamente superior al mío; es la vida de... Oye, Florencia, porque tu alma es la mía, y yo creo hacerlo en Dios cuando deposito en tu pecho mis secretos y mis amores; oye: es la vida de Eduardo y la de Amalia la que peligra en este momento; pero la sangre de ellos no puede correr sino mezclada con la mía, y el puñal que atraviese el corazón de Eduardo ha de llegar también hasta mi pecho.

-¡Daniel! -exclamó Florencia inclinándose sobre su amante y oprimiéndole la cabeza con sus manos, como si temiera que la muerte se lo arrebatase en ese momento. La espontaneidad, la pasión, la verdad estaban reflejándose en la fisonomía y en las palabras de Daniel, y el corazón de Florencia empezaba a regenerarse de la presión de los celos.

-Sí -continuó Daniel teniendo siempre oprimida con sus manos la cintura de Florencia-, Eduardo ha debido ser asesinado anoche; yo pude salvarlo moribundo, y era preciso ocultarlo porque los asesinos eran agentes de Rosas. Pero ni mi casa ni la de él podían servirnos.

-¡Eduardo asesinado! ¡Dios mío! ¡Qué día espantoso es este para mi corazón! ¿Pero no morirá, no es cierto?

-No, está salvado. Oye; oye todavía: era necesario conducirlo a alguna parte y lo conduje a lo de Amalia. Amalia, que es el único resto de la familia de mi madre; Amalia, la única mujer a quien después de ti quiero en el mundo, como se quiere a una hermana, como se

Librodot

debe querer a una hija. ¡Gran Dios, yo la habré precipitado a su ruina, a ella que vivía tan tranquila y feliz!

-¿Su ruina? ¿Y por qué, Daniel? ¿Por qué? -y Florencia agitaba con sus manos los hombros de Daniel, porque su palidez y sus palabras imprimían el miedo en su corazón.

-Porque para Rosas la caridad es un crimen. Eduardo está en Barracas, y tú has nombrado ese lugar, Florencia; Eduardo está herido en el muslo izquierdo, y...

-¡Nada saben, nada saben! -exclamó Florencia radiante de alegría, y palmeándose sus pequeñitas manos-, nada saben, pero pueden saberlo todo. ¡Oye!

Y Florencia, que ya no se acordaba de sus celos desde que tantas vidas estaban pendientes de sus palabras, levantó ella misma a su querido, y sentándolo, y ella a su lado, en las primeras sillas que encontró, refirióle en cinco minutos su conversación con la señora de Mansilla y doña María Josefa. Pero a medida que iba llegando al punto de la conversación sobre Amalia, su semblante se descomponía, y sus palabras iban siendo más marcadas.

Daniel la oyó hasta el fin sin interrumpirla, y en su semblante no apareció la mínima alteración al escuchar el episodio sobre sus visitas a Barracas, lo que no escapó a la penetración de la joven.

-¡Infames! -exclamó luego que aquélla había concluido su narración-. Toda esa familia es una raza del infierno. Toda ella, y todo el partido que pertenece a Rosas tiene veneno en vez de sangre, y cuando no mata con el puñal, habla y mata el honor con el aliento. ¡Infame! ¡Complacerse en torturar el corazón de una criatura! ¡Florencia! -continuó Daniel volviéndose a ésta-, yo te insultaría si creyese que puedes poner en competencia mis palabras con las de esa mujer. Cuanto te ha dicho no es más que una calumnia con que ha querido martirizarte; porque el martirio de los demás es el placer de cuantos componen la familia de Rosas. Es una calumnia, lo repito; y yo creo que no puedes poner en balanza la palabra de esa mujer y la mía.

-Así es en general; pero en este caso, Daniel, lo más que puedo hacer es suspender mi juicio.

Florencia no dudaba ya; pero ninguna mujer confiesa que ha procedido con ligereza en una acusación hecha a su amante.

-¿Dudas de mí, Florencia?

-Daniel, yo quiero conocer a Amalia, y ver las cosas por mis propios ojos.

-La conocerás.

-Quiero frecuentar su relación.

-Bien.

-Quiero que sea en esta semana el primer día en que nos veamos.

-Bien ¿quieres más? -contestó Daniel con seriedad.

-Nada más -respondió Florencia, y extendió su mano a Daniel, que la conservó entre las suyas. En cualquier otra ocasión habría impreso un millón de besos en esa mano tan querida, pero en ésta, fuerza es decirlo, su espíritu estaba preocupado con los peligros que amenazaban a sus amigos de Barracas.

-¿Estás segura que el bandido no dio ninguna seña particular de Eduardo? -la preguntó Daniel.

-Cierto; ninguna.

-Necesito retirarme, Florencia mía y, lo que es más cruel, hoy no podré volver a verte.

-¿Ni a la noche?

-Ni a la noche.

-¿Acaso irá usted a Barracas?

-Sí, Florencia, y no regresaré hasta muy tarde. ¿Crees tú que no debo estar al lado de Eduardo, velar por su vida y por la suerte de mi prima, a quien he comprometido en este asunto de sangre? ¿Que debo abandonar a Eduardo, a mí único amigo, a tu hermano, como tú le llamas?

-Anda, Daniel -contestó Florencia levantándose de la silla y bajando los ojos, cuyo cristal acababa de empañarse por una lágrima fugitiva, cosa rarísima en esa joven.

-¿Dudas de mí, Florencia?

-Anda, cuida de Eduardo; es cuanto hoy puedo decirte.

-Toma, no nos veremos hasta mañana y quiero que quede en ti lo que jamás se ha separado de mi pecho -y Daniel se quitó del cuello una cadena tejida con los cabellos de su madre y que Florencia conocía bien. Este rasgo de la nobleza de su amante hizo vibrar la cuerda más delicada de la sensibilidad de su alma; y cubriéndose el rostro mientras Daniel le colocaba la cadena, las lágrimas aliviaron al fin las angustias que acababan de oprimir su tierno corazón. Ya no dudaba; ya no tenía sino amor y ternura por Daniel; porque un instante después de haber llorado en una tierna reconciliación, una mujer ama doblemente a su querido.

Dos minutos después, Florencia, sentada en un sofá, besaba la cadena de pelo, y Daniel volvía a tomar la calle de Venezuela.

Librodot

XIII. El presidente Salomón

En la acera de enfrente al costado derecho de la pequeña iglesia de San Nicolás, donde se cruzan las calles de Corrientes y del Cerrito, se encontraba una casa antigua, de pequeñas ventanas muy salientes, puerta de calle de una sola hoja, con umbral de madera a media vara del nivel del suelo, donde todas las tardes a la oración era cosa segura que se hallaría sentado en él al habitante y propietario de aquella casa, en mangas de camisa, con los calzones levantados hasta más arriba de las botas, con un cigarro de papel en la mano derecha, y en la izquierda un mate cuya agua se renovaba cada dos minutos por el espacio de una hora. Era este hombre como de cincuenta y ocho a sesenta años de edad, alto y de un volumen que podría muy bien poner en celos al más gordo buey de los que se presentan en las exposiciones anuales de los Estados Unidos: cada brazo era un muslo, cada muslo un cuerpo y su cuerpo, diez cuerpos.

Hijo de un antiguo español pulpero de Buenos Aires, él y su hermano Jenaro recibieron por herencia de su padre la pulpería contigua a la casa que se acaba de conocer, y el oscuro apellido de González.

Jenaro, que era el mayor de los dos hermanos, se puso al frente del establecimiento de pulpería, y la tradición no cuenta por qué ocurrencia los muchachos del barrio le daban el sobrenombre de Salomón. Pero lo que hay de positivo es que a este nombre nuestro don Jenaro se ponía furioso como una pantera, y que en sus arrebatos hizo prodigios de puño y de leñazos con aquellos que, por más o menos vino o aguardiente, le daban en su cara aquel ilustre nombre de la Biblia.

Este don Jenaro era, al mismo tiempo que pulpero, capitán de milicias, y tuvo la desgracia de morir fusilado allá por los años 22 ó 23, por complicación en un motín militar, dejando en prematura viudedad a su esposa, doña María Riso, y en orfandad a su hija Quintina.

A su muerte, quedó dueño de la pulpería su hermano menor, Julián González. Y por un rasgo de filosofía popular o acaso porque el nombre de Salomón sonaba mejor a su oído que el de González, desde la muerte de su hermano Jenaro, el don Julián empezó a firmarse y hacerse llamar por todos sus amigos Julián González Salomón.

Y he ahí desde entonces adherido a su nombre de bautismo el nombre ilustre que solía fermentar la bilis de su hermano mayor, el padre de Quintina.

Este don Julián empezó a crecer en volumen como en nombre, y en dignidades como en nombre y volumen, pues que de pulpero empezó a elevarse con diferentes grados en la milicia cívica, sin que las ocupaciones de uno y otro destino le impidiesen por las tardes su rato de solaz en el umbral de la puerta de su casa; pues don Julián González Salomón, y el hombre en mangas de camisa que hemos descrito tomando mate, era un solo viviente verdadero e indivisible.

La ráfaga que levantó el polvo argentino a la entrada del general Rosas en el gobierno fue demasiado fuerte para que encontrase pesado aquel enorme terrón de carne y barro, y desde el umbral de su puerta, lo levantó a la altura de coronel de milicias, y más tarde a la de presidente de la Sociedad Popular Restauradora, de quien la unión de sus miembros fue simbolizada por una mazorca de maíz, a imitación de una antigua sociedad española, cuyo símbolo era aquél, y cuyo objeto era la propaganda de Más-horca: equívoco de pronunciación que servía para determinar el símbolo y la idea, y que fue aplicado también a la Sociedad Popular de Buenos Aires.

A las cuatro de la tarde del día en que han ocurrido los anteriores sucesos, toda la cuadra de la casa del coronel Salomón estaba obstruida por caballos vestidos de federales, es decir, con sobrepuestos punzóes; testeras de pluma o de lana color rosa, y baticolas con borlas del mismo color, con lucientes sobrepuestos de plata en las cabezadas del recado y en el pretal, y riendas y cabezadas del freno con pasadores de ese mismo metal. Y a pesar de ser este un espectáculo muy común en aquel paraje, todo el vecindario de San Nicolás estaba como de fiesta en las azoteas y ventanas.

Librodot

La sala de la casa de Salomón estaba cuajada por los jinetes a quienes pertenecían aquellos caballos, y todos ellos uniformemente vestidos en lo más ostensible de su traje, es decir, sombrero negro con una cinta punzó de cuatro dedos de ancho, chaqueta azul oscuro con su correspondiente divisa de media vara, chaleco colorado, y un enorme puñal a la cintura, cuyo mango salía por sobre la chaqueta un poco hacia el costado derecho: espada de la Federación, como lo llama Daniel. Y, del mismo modo que el traje, las caras de aquellos hombres parecían también uniformadas: bigote espeso; patilla abierta por bajo de la barba, y fisonomía de esas que sólo se encuentran en los tiempos aciagos de las revoluciones populares, y que la memoria no recuerda haberlas encontrado antes en ninguna parte de la tierra.

Sentados unos en las sillas de madera y de paja que había desordenadamente colocadas en la sala, otros en el vano de las ventanas, y otros, en fin, sobre la mesa de pino cubierta con una bayeta punzó, donde solía echar su firma el señor presidente Salomón, haciendo traer antes un tarrico de pomada que servía de tintero en la heredada pulpería, cada uno de esos señores era un incensario de tabaco que estaba despidiendo una densa nube, a través de cuyos celajes se descubrían sus tostados y repulsivos semblantes. Pero su ilustre presidente no estaba entre ellos. Estaba en la pieza contigua a la sala, sentado a los pies de un gran catre que le servía de cama, aprendiendo de memoria una especie de discurso en veinte palabras que le repetía por la vigésima vez un hombre que era precisamente el antítesis en cuerpo y alma del coronel Salomón: y este hombre era Daniel y el diálogo el siguiente:

-¿Cree que ya estoy?

-Perfectamente, coronel. Tiene usted una memoria prodigiosa.

-Pero mire: usted me hará el favor de sentarse a mi lado, y cuando se me olvide algo, me lo dice despacio.

-Ya había pensado pedirle a usted eso mismo. Pero usted no se olvide, coronel, que tiene que presentarme a nuestros amigos, y advertirles lo que le he dicho.

-Eso corre de mi cuenta. Vamos a entrar.

-Espere usted un momento. Luego que usted se siente, haga que el secretario lea la lista de los presentes, porque es preciso, coronel, que demos a nuestra sociedad federal el mismo orden que hay en la sala de representantes.

-Sí, ya se lo he dicho a Boneo, pero es un haragán que no sabe más que hablar.

-No importa, vuelva usted a decírselo, y lo hará.

-Bueno, entremos.

Y el presidente Salomón y Daniel Bello, vestido con su misma levita negra abotonada, pero con una divisa algo más larga y sin sus guantes blancos, entraron en la sala de la sesión.

-Buenas tardes, señores -dijo Salomón con el tono más serio y magistral del mundo, encaminándose a ocupar la silla que había delante de la mesa de pino.

-Buenas tardes, presidente, coronel, compadre, etcétera -contestó cada uno de los presentes, según el título que acostumbraba a dar a don Julián Salomón; lanzando todos a la vez una mirada sobre aquel hombre que acompañaba al presidente y en el que echaban de menos los principales atributos federales en el vestido, y hallaban de más una cara y unas manos demasiado finas.

-Señores -dijo Salomón-, el señor es don Daniel Bello, hijo del hacendado don Antonio Bello, patriota federal, a quien yo le debo muchos servicios. El señor, que es tan buen federal como su padre, quiere entrar en nuestra Sociedad Restauradora, y está esperando que llegue su padre para incorporarse con él, y entretanto quiere venir algunas veces a participar de nuestro entusiasmo federal. ¡Viva la Federación! ¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! ¡Mueran los inmundos asquerosos franceses! ¡Muera el rey guarda-chanchos Luis Felipe! ¡Mueran los salvajes asquerosos unitarios, vendidos al oro inmundo de los franceses! ¡Muera el pardejón Rivera!

Y esas exclamaciones, lanzadas por la atronadora voz del presidente Salomón, fueron repetidas en coro por todos los asistentes que, a la par que gritaban, hacían círculos por sobre

su cabeza con el puñal que desenvainaron desde el primer grito de su presidente; y esta grita, que se oía en cuatro cuadras a la redonda, fue repetida por la turba que transitaba la calle, no cuidándose mucho en decir ¡Viva! cuando Salomón gritaba ¡Muera!, y viceversa.

Calmado el huracán, Salomón se sentó en su silla, su secretario Boneo a su izquierda y nuestro joven Daniel a su derecha.

-Señor secretario -dijo Salomón echándose hacia atrás en el respaldo de su silla-, lea usted la lista de los señores presentes.

Boneo tomó el primer papel de unos que había sobre la mesa, y leyó en voz alta los nombres que había apuntado antes con un lápiz; y dijo así:

-Presentes: Los señores presidente, Cuitiño, Parra, Parra (hijo), Maestre, Alem, Alvarado, Moreno, Gaetano, Larrazábal, Merlo, Moreira, Díaz, Amoroso, Viera, Amores, Maciel, Romero, Boneo.

-¿No hay más? -preguntó Salomón.

-Son los presentes, señor presidente.

-Lea usted la lista de los ausentes.

-¿De toda la Sociedad?

-Sí, señor. ¿Pues qué, somos menos que los representantes? Somos tan buenos federales como ellos y debemos saber los que están y los que no están, como se hace en la sala de representantes. Lea usted la lista.

-Socios ausentes -dijo Boneo, y leyó la lista de la Sociedad Popular Restauradora, que constaba de 175 individuos de todas las jerarquías sociales.

-¡Bravo! Ahora ya nos conocemos todos, aun cuando en esa lista hay hombres por fuerza -dijo Daniel para sí mismo, luego que el secretario concluyó la lectura de los socios; y en seguida dio un tironcito de los anchos calzones de Salomón.

-Señores -dijo entonces el presidente de la Sociedad Popular-, la Federación es el Ilustre Restaurador de las Leyes; luego nosotros nos debemos hacer matar por nuestro Ilustre Restaurador, porque somos las columnas de la santa causa de la Federación.

-¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes! -gritó uno de los socios federales, a quien todos los demás hicieron coro.

-¡Viva su digna hija la señorita Manuelita de Rosas y Ezcurra!

-¡Viva el héroe del desierto, Restaurador de las Leyes, nuestro padre, y padre de la Federación!

-¡Mueran los franceses inmundos y su rey guarda-chanchos!

-Señores -continuó el presidente-, para que nuestro Ilustre Restaurador pueda salvar la Federación del... pueda salvar la Federación del... para que nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes pueda salvar la Federación del...

-Del eminente peligro -le dijo Daniel casi al oído.

-Del eminente peligro en que se halla, debemos perseguir a muerte a los unitarios, luego todo unitario debe ser perseguido a muerte por nosotros.

-¡Mueran los inmundos salvajes asquerosos unitarios! -gritó otro de los socios populares que se llamaba Juan Manuel Larrazábal, a cuyas palabras todos los socios hicieron coro con el puñal en la mano. -Señores, es preciso que persigamos a todos sin compasión.

-Hembras y machos -grita el mismo Juan Manuel Larrazábal, que parecía el más entusiasta de los concurrentes.

-Nuestro Ilustre Restaurador no puede estar contento de nosotros porque no le servimos como debemos -continuó Salomón.

-Ahora entra lo de anoche -le dijo Daniel haciendo que se limpiaba el rostro con el pañuelo.

-Ahora entra lo de anoche -repitió Salomón, como si esa advertencia fuera parte de su discurso.

Daniel le pegó un fuerte tirón de los calzones.

Librodot

-Señores -continuó Salomón-, ya sabemos todos que anoche han querido escaparse unos salvajes unitarios, y no lo han conseguido porque el señor comandante Cuitiño se ha portado como buen federal; pero entretanto, uno se ha escondido no sé en dónde, y así ha de ir sucediendo todos los días, si no nos portamos como defensores de la santa causa de la Federación. Yo he llamado a ustedes para que juremos otra vez perseguir a los inmundos salvajes unitarios que quieren fugar para Montevideo y unirse al pardejón Rivera y venderse al oro asqueroso de los franceses. ¡Esto es lo que quiere nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes! He dicho, y ¡Viva el Ilustre Restaurador de las Leyes!, ¡Y mueran todos los enemigos de la santa causa de la Federación!

-¡Mueran a puñal los salvajes inmundos unitarios! -gritó otro de los entusiastas federales, y este grito y todos los de costumbre se repitieron por diez minutos tanto en la sala de sesión, como en la calle, donde había apiñada a las ventanas una multitud tan entusiasta y honrada como la que daba la fiesta en la casa del coronel Salomón.

-Pido la palabra -dijo el comandante Cuitiño, levantándose.

-Tiene la palabra -contestó Salomón, deshaciendo el tabaco de un cigarrillo en la palma de su inmensa mano.

-Yo, anoche he cenado con el Restaurador de las Leyes y su hija doña Manuelita Rosas y Ezcurra. El Restaurador es más que Dios porque es el padre de la Federación, y cuantos unitarios caigan en mis manos les ha de suceder lo mismo que a los que agarré anoche. Es verdad que uno se me escapó, pero va bien marcado, y ya esta mañana le mandé un hombre a doña María Josefa que le ha de dar buenas señas, porque hombres y mujeres, siendo federales, todos debemos ayudar a Su Excelencia, que es el padre de todos. Para ser un buen federal, es preciso mostrar esto.

Y Cuitiño sacó su puñal, y con el dedo índice de la mano izquierda señalaba en la lámina de acero, algunas manchas de sangre, de aquella en que se había empapado la noche anterior.

A esta acción todos los mazorqueros contestaron desenvainando el puñal y prorrumpiendo en alaridos espantosos contra los unitarios, contra los franceses, contra Rivera y especialmente contra Luis Felipe, el rey guarda-chanchos, según lo llamaban, por inspiración de Rosas.

En toda esta escena, Daniel era el único de los personajes en cuya fisonomía no hubiera podido distinguirse por nadie la mínima alteración, la mínima expresión, ni de entusiasmo, ni de miedo, ni de afección, ni enojo. Frío, tranquilo, imperturbable, él observaba hasta lo íntimo del pensamiento y la conciencia de cuantos le rodeaban, sin dejar de calcular las ventajas que podría sacar del frenesí de los otros.

Apagada la tormenta de gritos, Daniel pidió la palabra al presidente con el aire más resuelto del mundo, y obtenida, dijo:

-Señores, yo no tengo todavía el honor de pertenecer a esta ilustre y patriótica sociedad, aun cuando espero incorporarme a ella dentro de poco tiempo; pero mis opiniones y amistades son conocidas de todos, y espero con el tiempo poder prestar a la Federación y al Ilustre Restaurador de las Leyes servicios tan distinguidos como los que le prestan los miembros de la Sociedad Popular Restauradora, que ya son conocidos tanto en la república como en toda la América.

Nuevos aplausos y nuevos gritos siguieron a este tan lisonjero exordio.

-Pero, señores -continuó Daniel-, es a las personas presentes a las que yo debo dar las enhorabuenas que se merecen de todo buen federal, porque, sin querer negar a los demás socios su entusiasmo por nuestra santa causa, yo veo que sois vosotros los que dais la cara de frente para sostener al Ilustre Restaurador de las Leyes, mientras que los demás no asisten a las sesiones federales. La Federación no reconoce privilegios. Abogados, comerciantes, empleados, todos aquí somos iguales, y cuando haya sesión, o cuando haya algo que hacer en beneficio de Su Excelencia, todos deben concurrir al llamamiento del presidente, o adonde haya peligros, sin dejar a unos pocos los compromisos y los trabajos. Todos serán muy

buenos federales, pero a mí me parece que los que están aquí no son unitarios para que se desdeñen de juntarse con ellos. Esto lo digo, porque yo creo que ésta debe ser la opinión de Su Excelencia el Ilustre Restaurador, la cual debemos hacer que sea más respetada en adelante.

Daniel no dio su golpe en falso. El entusiasmo producido por este discurso sobrepasó a lo que él mismo había osado esperar. Todos los miembros de la sociedad allí presentes gritaron, juraron y blasfemaron contra todos aquellos que no habían asistido a la sesión y cuyos nombres había leído el secretario Boneo. Empezaron a circular nombres de los inasistentes, no ya como tales, sino como unitarios disfrazados, y Daniel aprobaba estas clasificaciones con sonrisas maliciosas o movimientos de cabeza.

-Así, así; más os he de azuzar en adelante, mis lebreles, para que os devoréis unos a otros -decía Daniel para sí mismo.

El presidente Salomón volvió a proclamar a los socios para que vigilasen mucho a los unitarios, y sobre todo los lugares del río por donde era presumible que se embarcasen; y después de nuevo entusiasmo y de nuevos gritos, dio por concluida la sesión a las cinco y media de la tarde.

Daniel recibió apretones de mano y abrazos federales, y se despidió de todos, siendo acompañado hasta la puerta de la calle por el presidente Salomón, que no cabía en la inmensa epidermis que lo cubría, después de su portentoso discurso, cuya satisfacción le inspiraba los mas amables comedimientos por el hijo de don Antonio Bello.

Nada sabían sobre Eduardo. Daniel salió contento; dobló por la calle de las Artes, y en la esquina de la de Cuyo encontró a Fermín, que lo esperaba con un caballo de la brida. La calle estaba llena de gente, y sin mirar al criado, Daniel le dijo al montar estas solas palabras:

-A las nueve.

-¿Allá?

-Sí.

Y el magnífico caballo blanco en el que acababa de montar Daniel tomó el trote por la plaza de las Artes en dirección a Barracas. Llegó luego a la calle del Buen Orden, que es la prolongación de aquélla, y llegó a la barranca de Balcarce en el momento en que empezaban a apagarse los últimos crepúsculos del día.

El joven, cuyo espíritu había pasado por tantas impresiones en el curso de ese día como en la noche que había precedido, no pudo menos de hacer parar su caballo y extasiarse desde aquella altura en contemplar aquel bellísimo panorama que se desenvolvía a sus pies, matizado con los últimos rayos de la tarde. Porque a los veinticinco años de la vida el corazón del hombre se encadena mágicamente a los espectáculos poéticos de la Naturaleza, que descubren en su imaginación fértil y robusta todo el poder de atracción que Dios le ha impreso ante lo que se muestra bello y armónico a sus ojos. Porque los valles floridos de Barracas, al fin de ellos el gracioso riachuelo, y a la izquierda la planicie esmeraltada de la Boca, son una de las más bellas perspectivas que se encuentran en los alrededores de Buenos Aires, contemplada desde la alta barranca de Balcarce.

Ya Daniel empezaba a descender por esa barranca cuando sintió hacia atrás una voz que lo llamaba por su nombre, y dando vuelta la cabeza conoció a veinte pasos de él a su benemérito maestro de escritura, que venía a gran carrera, faltándole ya las fuerzas para proseguir en ella, con su caña de la India en una mano y su sombrero en la otra.

Llegado que fue al estribo, se agarró del muslo de su discípulo y permaneció así dos o tres minutos sin poder hablar, tal era la opresión de sus pulmones.

-¿Qué hay, qué le pasa a usted, señor Don Cándido? -le preguntó al fin Daniel, alarmado de la palidez de su semblante.

-Es una cosa horrible, bárbara, atroz, sin ejemplo en los anales del crimen.

-Señor, estamos en un camino público, dígame usted lo que quiere, pero que sea pronto.

-¿Recuerdas del bueno, del noble y generoso hijo de mi antigua y hacendosa sirvienta?

-Sí.

Librodot

-Recuerdas que vino anoche y...

-Sí, sí, ¿qué le ha sucedido al hijo?

-Lo han fusilado, mi Daniel querido y estimado, lo han fusilado.

-¿A qué hora?

-A las siete. Tan luego como se supo que había salido anoche de casa del gobernador. Temieron, sin duda...

-Que revelase o que hubiera revelado lo que sabía; le ahorro a usted las palabras.

-Pero yo estoy perdido, sentenciado. ¿Qué hago, mi Daniel querido? ¿Qué hago?

-Preparar sus plumas para entrar mañana a ocupar el empleo de copista privado del señor ministro de Relaciones Exteriores.

-¿Yo, Daniel? -y en su arrebato de alegría Don Cándido llenó de besos la mano de su discípulo.

-Ahora, tome usted cualquier otra calle y retírese a su casa.

-Sí, yo fui a la tuya a tiempo que salía Fermín con tu caballo, le seguí, después te seguí a ti y...

-Bien, otra cosa: ¿tiene usted alguna persona de su íntima confianza, hombre o mujer, donde alguna vez haya usted pasado la noche?

-Sí.

-Pues ahora mismo vaya usted a convenir con ella en que usted ha pasado en su compañía la noche de ayer, por lo que pueda suceder. Adiós, señor.

Y Daniel picó el caballo y, corriendo un gran riesgo, bajó a galope la barranca de Balcarce, y tomó la calle Larga cuando ya estaba oscura por la sombra de los edificios o de los árboles, en cuyas copas morían desmayadas las últimas claridades de la tarde.

Era ese el mismo camino por donde diez y ocho horas antes había pasado con el cuerpo exangüe de su amigo; y era a la casa de la hermosa Amalia, en que había recibido hospitalidad y vuelto a la vida, donde ahora se dirigía el valiente y generoso Daniel.

Librodot